

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Pan de Azúcar, vol. 1 y 2

Llega a Washington un tal profesor Nelson Silveira, respetado científico brasileño… que comete unos cuantos crímenes y desaparece. Como quiera que entre sus víctimas hay dos «simones», Brigitte se pone tras la pista de este desconcertante personaje para darle su merecido.

Lou Carrigan

Pan de Azúcar, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 264

Brigitte en acción - 265

ePub r1.0

Titivillus 01-09-2019

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Brigitte
EN ACCION



Crímenes en la fiesta

Cuando la fiesta estaba en todo su apogeo, dos de los invitados optaron por apartarse del resto. Hasta entonces, habían estado departiendo cada uno por su lado, como si no se conociesen, o, cuando menos, como si se ignorasen. Pero, justo cuando el ambiente estaba más grato y animado, cambiaron una mirada, los dos asintieron con la cabeza, y, primero uno y después otro, abandonaron el gran salón de la quinta de Walter Bruckner, el anfitrión.

No fueron hacia el jardín, que se extendía ante la salida a la terraza, un poco más elevada. Fueron hacia el interior de la casa. El que parecía guiar llegó sin dificultades a la biblioteca; era evidente que conocía la casa de Walter Bruckner. El otro se había limitado a seguirlo. Y lo siguió también hasta el interior de la biblioteca Afuera quedaron las voces, las risas, el descorchar de botellas de champaña, la música…

En la biblioteca, dos hombres silenciosos, mirándose con curiosidad, frente a frente. Uno de ellos, el que ya conocía la acogedora quinta de Walter Bruckner, era a todas luces norteamericano: de buena estatura, grueso, ojos claros, calvo… Debía de tener unos cincuenta años. Vestía impecablemente de esmoquin. Lo más evidente en él era que, ciertamente, los baños de sol no eran de su agrado; toda su tez era blanca, fina…, casi sonrosada, más bien. Rebosaba energía, inteligencia, personalidad.

El otro era más menudo, y desde luego tenía más de cincuenta años. Alrededor de sesenta. También vestía de esmoquin, pero muy desmañadamente, y el traje se veía un tanto arrugado. Tenía, en cambio, una abundantísima y notable cabellera de color paja que parecía una gran escoba vieja puesta al revés, desparramándose a todos lados. Rubio, pecoso, de facciones delgadas, expresión tímida tras los gruesos cristales de sus gafas de miope avanzado, era lo más

opuesto al hombre que lo había conducido hasta la biblioteca.

El hombre que ahora sonreía, tendiéndole la diestra.

—¡Por fin, profesor Silveira…! ¡No sabe usted cuántos deseos tenía de conocerle personalmente, de conversar con usted!

—Es usted muy amable, señor Doncaster —sonrió el miope—. ¿Estaremos bien aquí?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Nadie nos molestará?

Denis Doncaster, investigador científico bajo el patrocinio del Gobierno de los Estados Unidos de América, sonrió amablemente, contemplando al preocupado hombrecillo. Un hombrecillo que era nada más y nada menos que el famosísimo científico brasileño Nelson Silveira, residente en Rio de Janeiro. Conseguir que aquel hombrecillo famoso en el mundo entero se hubiese trasladado a Washington había sido, sin duda alguna, todo un éxito personal en las gestiones privadas de mediador que había realizado Walter Bruckner.

—Nadie nos molestará. Sobre todo, teniendo en cuenta que mi persona está siempre custodiada por el servicio secreto, como ya debe de saber usted. No tiene por qué preocuparse: simplemente, dos hombres un tanto aburridos de la fiesta hemos venido aquí a fumar en paz un cigarro. ¡No puedo creerlo…! Si hace una semana me hubiesen dicho que iba a conseguir conversar con usted me habría parecido una fantasía descabellada.

—¿Le importa que eche un vistazo? —preguntó el preocupado e inquieto Nelson Silveira.

Por un instante. Denis Doncaster frunció el ceño, pero su sonrisa amable y tendente a la adulación volvió a florecer en el acto.

—Haga lo que considere usted conveniente para asegurarse de que podemos estar tranquilos.

—Gracias. Le ruego que tenga un poco de paciencia conmigo, señor Doncaster.

—Proceda a su gusto —insistió Doncaster, sentándose en un sillón, y sacando dos cigarros—… ¿Quiere fumar?

—Dentro de un momento. ¿Me perdona unos instantes?

—A su gusto, profesor.

Nelson Silveira asintió, se dirigió hacia la puerta, la abrió, y salió, para asombro de Denis Doncaster. Afuera, en el amplio

pasillo, un hombre que estaba fumando pareció abstraerse intensamente en la contemplación de un cuadro. Pero, en cuanto Nelson Silveira ya no estuvo a la vista, abrió rápidamente la puerta de la biblioteca, y miró al interior… Desde la butaca que ocupaba, Doncaster le miró a través del humo, con sorpresa y una cierta irritación.

—¿Qué ocurre, Ramsay? —refunfuñó.

—¿Todo está bien aquí, señor Doncaster?

—Claro.

—Perdone.

El llamado Ramsay se retiró, cerrando de nuevo la puerta de la biblioteca. Pareció dispuesto a quedarse allí, pero, tras breve titubeo, se fue en pos del profesor Silveira. Apareció en el salón cuando Silveira, lentamente, salía a la terraza. Para Aldo Ramsay, el profesor Silveira no era nadie. No le conocía, no sabía que era un científico famoso. Todo lo que sabía era que había estado en la biblioteca con Denis Doncaster, el hombre que él y su compañero de la CIA Burt Douglas tenían que vigilar y custodiar en todo momento. Apenas unos segundos, pero aquel hombrecillo miope había estado con el señor Doncaster. Claro que este se encontraba bien, pero…

Ramsay localizó enseguida con la mirada a su compañero Douglas, que le estaba mirando. Con un simple intercambio de miradas se comprendieron, y Douglas salió a la terraza, en pos del hombrecillo que su compañero Ramsay le había señalado.

Cuando Douglas salió a la terraza, Silveira estaba descendiendo los tres peldaños, hacia el jardín. Era una hermosa noche de primavera; recién estrenada primavera. El ambiente estaba lleno de música, de alegría, de risas, de voces amables.

«¿Quién es ese sujeto y adónde demonios va?», pensó Burt Douglas. Silveira estaba caminando por el senderillo flanqueado por adelfas. Se detuvo, y encendió un cigarrillo. Douglas bajó al jardín, y se quedó a discreta distancia, como contemplando las estrellas.

—Psssstt… ¡Psssstt!

El agente de la CIA volvió la cabeza, para mirar declaradamente al hombrecillo, y se sorprendió al ver que le hacía señas. Miró a derecha e izquierda, y de nuevo al hombrecillo.

—¿Yo?

—Sí, por favor, venga.

Douglas se acercó, tranquilo.

—¿Qué desea?

—Tengo un recado para usted, de parte del señor Doncaster. —Silveira lo tomó de un brazo, y lo apartó de la luz, llevándolo hacia las matas de adelfas—… ¿Nos ve o nos oye alguien?

—No —se desconcertó Douglas—… No creo, no.

—Magnífico.

Burton Douglas alcanzó a ver la pistola. Es decir, vio aquel destello en la mano derecha del hombrecillo. Justo en el momento en que, sobresaltado, bajaba la mirada y veía que, en efecto, era una pistola, sonaban los disparos.

Plop, plop, plop.

Tres balazos mortales. Douglas recibió uno en el vientre y dos en el corazón, casi juntos. Fue empujado hacia atrás no solo por las balas, sino por la mano izquierda de Nelson Silveira, que se apoyó en su cara cuando el agente de la CIA se inclinó. Douglas desapareció entre las matas de adelfas.

Entonces, tranquilamente, Silveira emprendió el regreso al salón, tras guardar la pistola en la funda axilar. Precisamente su desaliño en el vestir impedía que nadie reparase en arrugas o bultos: había demasiados.

En el pasillo que conducía a la biblioteca, el agente de la CIA Aldo Ramsay cumplía su cometido de custodiar a Doncaster, que continuaba dentro de la biblioteca, y, con cierta impaciencia, esperaba noticias de su compañero Douglas. Cuando apareció el hombrecillo, Ramsay miró por encima de él, hacia atrás, esperando ver a Douglas haciéndole alguna seña.

Pero no.

Douglas no aparecía…

—¿Usted es Ramsay? —preguntó el hombrecillo.

—Sí —casi respingó Ramsay—… Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Venga conmigo. No alarme al señor Doncaster, pero algo le ha ocurrido a su compañero.

—¿Cómo sabe usted…?

—Vamos, no sea estúpido: no tenemos tiempo para perder ahora con tonterías, Ramsay. ¡Hay que ayudar a Douglas!

—¿Qué le ha ocurrido? —jadeó Ramsay, caminando ya hacia el

salón. Silveira le dirigió una mirada de disgusto, y Douglas calló. Cruzaron rápidamente el salón, salieron a la terraza, y descendieron al jardín. Sí, una hermosa noche de primavera, pero todavía fresca, así que los invitados preferían el interior de la hermosa quinta de Walter Bruckner. Silveira señaló hacia las matas de adelfas, y los dos apresuraron el paso. Debido a la diferente envergadura de ambos hombres, Nelson casi tuvo que correr para mantenerse junto al agente de la CIA.

Fue este quien apartó las adelfas señaladas por Silveira, y lanzó una exclamación al ver el cuerpo de su compañero caído cara al estrellado cielo.

—¡Burt! —Casi gritó, arrodillándose a su lado.

En el mismo momento en que notaba en su mano derecha la viscosidad de la sangre de su compañero, Aldo Ramsay notaba en su nuca un punto caliente. Ni siquiera llegó a saber que era la punta del silenciador de la pistola de Silveira, tan recientemente utilizada.

Plop.

Bastó una sola bala en la nuca para asesinar a Ramsay, que cayó de bruces sobre el cadáver de Douglas. Silveira retrocedió, las adelfas se cerraron ocultando a los dos agentes de la CIA asesinados, y el hombrecillo emprendió de nuevo el regreso a la casa. Entró en el salón, salió de este camino de la biblioteca, y segundos después abría la puerta de esta.

Todavía sentado en el sillón, fumando con cierta impaciencia, Denis Doncaster se quedó mirando con una chispa de irritación a Nelson Silveira.

—¿Tiene alguna dificultad? —preguntó—. ¿Puedo hacer algo por usted, profesor?

Nelson Silveira sonrió fríamente, se acercó un poco, sacó la pistola, y apuntó a Doncaster, que se quedó con la boca abierta, pasmado, atónito.

Plop. Plop, plop, plop.

Denis Doncaster fue rebotando en el sillón, emitiendo entrecortados gemidos de dolor, como si estuviese recibiendo latigazos. De pronto, rebotó en el mullido asiento, y cayó de bruces, quedando sobre su bien desarrollado vientre, con las manos hacia delante.

Nelson Silveira se guardó la pistola, dio media vuelta, y

abandonó la biblioteca, dejando allá un cadáver…, y un cigarro habano, que, muy pronto, comenzó a quemar la alfombra, desprendiendo un olor diferente, ya no tan aromático… Era poca cosa. Muy poca.

La música llegaba amortiguada, atravesando la gruesa puerta de la biblioteca muy difícilmente. La mano derecha de Doncaster se movió. Solo un poco. El ojo derecho, que había quedado visible, ya que la cabeza descansaba sobre la alfombra por el lado izquierdo, parpadeó. Luego, la pupila se fue desplazando, con miradas rápidas, con movimientos bruscos. Como si fuese el objetivo de una cámara extraña que estuviese dispuesta a fotografiarlo todo. Eran movimientos velocísimos, los de aquella clara pupila… que se iba dilatando.

De improviso, la puerta se abrió, y aparecieron dos mujeres, conversando animadamente.

—¡Te vas a convencer! —decía una de ellas—. Espero que en la enciclopedia de Walter haya…

Se dio cuenta de la expresión de la otra, y miró hacia el centro y hacia el suelo de la biblioteca. Lanzó un respingo, pero se serenó rápidamente.

—Es Denis, el amigo de Walter —susurró—… ¡Espero que no esté borracho! ¡Ve a buscar al doctor Hopkins, lo he visto antes por el salón! ¡Corre!

Una de las mujeres salió, y la otra se acercó a Doncaster, y se arrodilló junto a él. Vio el ojo abierto, fijo en ella…

—No se preocupe —sonrió animosamente—: el doctor Hopkins viene enseguida, Denis.

—Pan… de azúcar… Pan de… pan de… de azúcar… ya solo… Silveira… destruirá… azúcar…

La mujer se asustó. Entonces, con su mejor voluntad de ayudar a Doncaster, le dio la vuelta, para colocarlo boca arriba, y desabrocharle la corbata y la camisa, a fin de que respirase mejor.

Fue entonces cuando vio la sangre. Y cuando comenzó a gritar. En Washington eran las doce y media de la noche.

Capítulo primero

En la zona del Mediterráneo correspondiente a la isla de Malta, eran las siete y media de la mañana. De una hermosa mañana de primavera, que los dos ciclistas aprovechaban alegremente.

Eran un hombre y una mujer.

Cada uno de ellos conduciendo sosegadamente su bicicleta, bajo el reciente sol, por la carretera que discurría junto a la rocosa costa. El hombre llevaba un chándal negro y zapatillas deportivas. La mujer llevaba un chándal idéntico, pero de color azul, que era el mismo color de las zapatillas. El hombre era atractivo, viril, serio como una piedra, impresionante. Sus ojos parecían dos piedras negras. Sus cabellos color cobre ondeaban suavemente al viento de la marcha.

La mujer también era impresionante, pero en otro sentido. Todo cuanto el hombre inspiraba de fuerza, de seguridad, de masculinidad, lo inspiraba la mujer de belleza, de dulzura, de amor. Sus cabellos eran negros, largos, suavemente ondulados. Sus ojos eran azules, más hermosos que el cielo, y se podía decir que casi tan grandes, Era tan hermosa que solo con mirarla uno sentía que se le sobrecogía el ánimo, que se le paralizaba el corazón. En aquellos momentos, la mujer iba pedaleando y silbando Barras y Estrellas con un aire tan gracioso que el hombre serio como una piedra tenía que hacer grandes esfuerzos para no sonreír siquiera…

De pronto, ella volvió la cabeza hacia él, y fue como si él quedase inundado de luz azul, radiante.

—¡Es bonito madrugar, ¿verdad?! —exclamó. El hombre alzó una ceja.

—¿Bonito? ¿Por qué?

—Pues porque… porque… ¡porque es bonito! Parece que todo está más limpio, que es más nuevo y más amable, que el mundo es maravilloso… ¿A ti no te da esa impresión cuando madrugas?

—No acostumbro madrugar —refunfuñó él.

Ella sonrió, miró de nuevo hacia delante, y continuó silbando Barras y Estrellas. No se oía nada, solo su silbido, y el rumor del mar en la costa rocosa. Ni un automóvil, ni una motocicleta, ni una persona, nada… Solo ellos dos, circulando por la tranquila carretera. Desde hacía algunos días, aquel hombre tenía la sensación casi dolorosa de que su corazón era más grande y latía con más fuerza. Hacía algunos días, cuando estaba en Roma organizando su grupo de amigos en la capital italiana, su ama de llaves le había llamado por teléfono a su hotel, desde Malta, y le había dicho que tenía en casa una postal en la que la *signorina* parecía decir que iba a visitarlo el día de la llegada de la primavera. Nada más oír esto el *signore* Angelo Tomasini había acelerado la solución de sus asuntos en Roma, y, en su avioneta privada, había regresado a Malta, a Villa Tartaruga, donde, en efecto, le esperaba una postal enviada desde un país suramericano llamado Zamora.

El texto de la postal era el siguiente:

El próximo día 21 entramos en la primavera. Ese día, quisiera estar contigo en el más bello lugar del mundo.

Brigitte

¿El más bello lugar del mundo?

Angelo Tomasini había comprendido enseguida. Para él y para Brigitte, el más bello lugar del mundo era Villa Tartaruga, donde habían vivido sus mejores momentos de amor. Y había acertado… El día veintiuno de marzo, Brigitte había llegado a Villa Tartaruga, donde él la estaba esperando. Y llevaban ya varios días juntos. Varios días durante los cuales el *signore* Tomasini se sentía realmente vivo, lleno de sangre, de amor no solo por Brigitte, sino por todo, por la vida misma…

—Sí acostumbras madrugar —dijo ella, dejando de silbar de nuevo—… ¡Sé perfectamente que todos los días te levantas muy temprano para atender a tus palomas!

—Pero eso es cuando tú no estás.

—Pero madrugas.

—¿Quieres tener la razón? Pues tuya es.

—No entiendo por qué has de negar que eres madrugador y que te gusta ver salir el sol.

—Aclaremos las cosas —gruñó él—: me gusta madrugar, es cierto; pero cuando tú estás en casa prefiero permanecer un poco más de tiempo en la cama contigo.

Ella parpadeó. Luego, sonrió, y continuó pedaleando, ya sin silbar. De pronto, desvió la bicicleta hacia el borde de la carretera, y comenzó a descender por el desigual terreno hacia la pequeña playita que había visto… No llegó a la playa en bicicleta, sino volando: la bicicleta chocó contra una de las rocas, y la hermosísima ciclista salió volando hacia la arena. Una mujer corriente habría sufrido un serio percance, sin duda alguna, pues la caída se iba a producir de cabeza… Pero ella, en el momento justo, encogió la cabeza, giró sobre la nuca y la espalda, y fue a quedar sentada a la orilla del mar.

—¡Me he llenado la cabeza de arena! —exclamó con disgusto.

Angelo Tomasini consiguió descender en bicicleta y sin perder el dominio de esta, que dejó apoyada sobre unas rocas. Luego, bajó a la playita, y se sentó junto a Brigitte, que le empujó y se abrazó a él.

—Yo también prefiero lo que tú prefieres —susurró.

—Pero hemos salido a pasear en bicicleta.

—En compensación, podemos dormir la siesta.

—Trato hecho —aceptó él en el acto.

Brigitte Montfort, alias «*Baby*», la espía más peligrosa del mundo, se inclinó, y besó la boca dura y hostil de Angelo Tomasini, alias Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos.

Los dos quedaron inmersos en su profundo silencio interior. No oían nada. Si acaso, el circular de la sangre por sus venas o el latir del corazón propio y del otro. Arriba, entre el cielo y el mar, pasaban unas cuantas gaviotas, en dirección a La Valetta. Aves blancas y gris-dorado como suspendidas del cielo…

¡Graaaccc, graaacccc, gracccccc…!, graznaron.

Los azules ojos se abrieron. Luego, los sonrosados labios de Brigitte se estiraron en una sonrisa. Número Uno la asió por los cabellos, y la separó.

—Ahí tienes a tus amigas —dijo.

Brigitte rio. Fue a su bicicleta, y descargó el paquete del pequeño transportín de atrás. Volvió a sentarse junto a Número

Uno, deshizo el paquete, y comenzó a tirar comida hacia la arena, a poca distancia de ellos.

—*Mamma* Maria conoce bien a las gaviotas —dijo—: sabe lo que les gusta.

—No entiendo por qué te son tan simpáticas esas buscadoras de carroña.

—¿Has olvidado que una vez fui gaviota, y que tú fuiste un simio horrendo[5]? Además, simplemente me gustan las gaviotas quizá por eso, porque son aves comedoras de carroña. Yo también soy una comedora de carroña. O cuando menos, digamos que limpio al mundo de toda la carroña que puedo. Precisamente en aquella ocasión de la metamorfosis me parece que los dos hicimos algo meritorio, ¿no te parece?

—Psé.

—Y además, me gustan las gaviotas porque son bonitas a la vista. Y sobre todo, porque pueden volar. ¿No te gustaría poder volar?

—Ya vuelo.

—¡Pero en una avioneta! Yo hablo de volar solo, en silencio, y subir hacia el cielo, y ver desde allá arriba el mar… ¿No te gustaría?

—¿Vendrías tú conmigo allá arriba?

—¡Claro!

—Entonces, me gustaría.

—¡Oh! ¡Oh, mi amor, qué cosas más hermosas dices!

Se besaron de nuevo.

Cuando dejaron de hacerlo, las gaviotas habían descendido a la pequeña playita, y devoraban la comida, sin perderlos de vista, con sus ojos redondos y desconfiados de color ámbar, de color gris, de color azul. Hubo un pequeño revuelo entre las aves cuando Brigitte se puso en pie y procedió a quitarse el chándal, diciendo:

—¿Vienes al mar? ¡Es primavera!

El primero en salir de la bañera fue él, perseguido por las salpicaduras de agua que ella le tiraba, riendo.

—Lo vas a dejar todo encharcado —protestó Angelo—. Y luego, la pobre *Mamma* Maria tiene que pasarse el día limpiando.

—¡Yo lo limpiaré! —rio ella, tirándole más agua.

—¿Sí? ¡Pues vas a ver…!

Número Uno abrió el grifo del lavabo, puso la mano debajo, conteniendo la presión del agua, y esta salió en forma de fino chorro hacia la cara de Brigitte, que dando grititos agarró la ducha-teléfono, y tras apuntar a Angelo dio toda la presión al agua. Así estaban cuando, casi a la vez, siempre ella antes, pues su oído era de una finura privilegiada, oyeron el zumbido de un helicóptero. Los dos cerraron los grifos, y entonces lo oyeron mejor, con más fuerza.

Sin decir palabra, Angelo salió del cuarto de baño, colocándose una toalla en la cintura. Cruzó el amplísimo dormitorio, y salió a la terraza… El helicóptero estaba allí, suspendido sobre Villa Tartaruga. Un objeto salió volando, impulsado desde el aparato, que comenzó a alejarse…, mientras el objeto se convertía en paracaídas diminuto y comenzaba a descender hacia el césped.

—Cuando menos, nos han dejado hacer la siesta —oyó el susurro.

Se volvió. Brigitte estaba junto a él, desnuda completamente, reluciente de agua.

—Iré a buscar tu mensaje —musitó Uno.

—¿Y si fuese para ti?

—No. Es para ti.

—Está bien. —Ella se colgó del cuello de él—… Hagamos un trato: tanto si es para ti como si es para mí, iremos los dos juntos a atender el asunto que sea.

Angelo Tomasini estuvo a punto de lanzar una exclamación de alegría.

A los dos les constaba que el mensaje era para la agente *Baby*, pues aquel no era el sistema de comunicaciones de los amigos de Número Uno. Los dos lo sabían perfectamente. Por lo tanto, si ella hacía ese trato era porque, simplemente, quería permanecer con él, fuese como fuese. Hasta entonces, cada uno había preferido correr los riesgos por su cuenta, por temor a que al otro le ocurriese algo.

Ahora, era mayor el temor a separarse… Y esto, para Número Uno, era el mayor triunfo y sobre todo la mayor alegría de su vida. Sin embargo, se limitó a decir, impávido:

—Trato hecho.

—Oh, por Dios… ¡qué antipático eres!

—¿Por qué?

—En realidad, acabo de decirte que no me siento capaz de separarme de ti.

—No se me había ocurrido.

—¡Entonces, eres tonto!

—Pues soy tonto.

Tomó el rostro de ella entre sus manos, y la besó en los labios. Ella musitó:

—No eres tonto, ¿verdad, mi amor?

—Claro que no. Vuelvo enseguida.

Número Uno salió del dormitorio y descendió a la planta baja. Cuando salió de la casa, *Mamma* Maria regresaba ya procedente de la zona de césped que rodeaba la piscina, sosteniendo el pequeño paracaídas, del cual pendía una caja metálica cerrada.

—¡*Signore*, un helicóptero…!

—Lo hemos visto, María. ¿Querrá subir a limpiar el cuarto de baño? Brigitte dice que va a hacerlo ella.

—¡De ninguna manera! *Cosa…!* Entonces ¿qué hago yo en esta casa? Uno hizo un amable gesto a la gordísima y simpatiquísima *Mamma* María, y abrió la pesada cajita metálica que daba peso al pequeño paracaídas.

Dentro de la cajita, por supuesto, había un mensaje, que Uno leyó rápidamente:

> DOS SIMONES BRUTALMENTE ASESINADOS EN WASHINGTON JUNTO CON SU PERSONAJE CUSTODIADO. HÁGANOS SABER SI PODEMOS CONTAR CON SU COLABORACIÓN.

—¿Malas noticias, *signore*?

—Sí. Brigitte y yo nos vamos, Maria.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Angelo regresó al dormitorio. Brigitte se había secado, y esperaba fumando un cigarrillo, sentada en el borde de la alborotada cama donde habían dormido la siesta.

Angelo se sentó a su lado, y le entregó el mensaje. Ella lo leyó, y palideció. Él le pasó un brazo por la cintura.

—Podemos partir hacia Roma en mi avioneta esta misma tarde.

—Es en Washington —recordó ella.

—Me tiene sin cuidado. He aprendido a prescindir de las personas que hay allí. No me interesan. Si me interesasen sería porque todavía me estaría devorando el rencor [6]. De modo que no siento interés por nadie. Solo por ti. Y hemos hecho un trato.

—Sí… Sí, mi amor. Gracias.

—Gracias —dijo él también, besándola.

Capítulo II

Veinticinco horas más tarde, Brigitte y Número Uno llegaban a Washington en vuelo directo desde Paris, en uno de los reactores de la TWA. Naturalmente, desde Paris habían avisado a la Central de la CIA de que la agente *Baby* había avisado en la capital francesa, por medio de la radio de bolsillo, de que partía hacia Estados Unidos, de modo que a su llegada la estaban esperando.

Y no un simple agente o un jefe de segunda o tercera categoría, sino el propio Mr. Cavanagh, jefe del Grupo Mundial de Acción de la CIA. Estaba en el vestíbulo del John Foster Dulles Airport, y, en cuanto apareció Brigitte Montfort, comenzó a caminar hacia ella, con su característica cojera que le producía la rigidez de su cadera herida por una bala años atrás. Ni siquiera había dado un par de pasos cuando, por detrás de Brigitte y a un lado, vio al hombre. Al hombre de ojos negrísimos y cabellos color cobre, de mandíbula agresiva y boca de cepo. Al verlo, Cavanagh tuvo una leve oscilación en su marcha, como si fuese a detenerse. Luego, continuó caminando, como si no hubiese experimentado emoción alguna.

Brigitte le vio, y alzó una manita en dirección a él. Cavanagh correspondió con un gesto de la mano, que tendió a la divina espía cuando llegó ante ella.

—Espero que haya tenido buen viaje —murmuró.

—Sí, gracias.

Cavanagh desvió la mirada hacia el hombre de la negra mirada, y le tendió también la mano.

—Bien venido a Estados Unidos, Coleman.

Número Uno no dijo nada. Solo asintió con un gesto, aceptando la mano de Mr. Cavanagh. Eso fue todo.

—Podemos ir al depósito de cadáveres o podemos ir directamente a la Central, donde tenemos detenido a Walter Bruckner. ¿Qué prefiere? —Se quedó mirando Cavanagh a Brigitte.

—Iremos al depósito de cadáveres.

Cavanagh señaló hacia la salida del aeropuerto. Les estaba esperando un coche, con un agente de la CIA al volante. El hombre casi sonrió a Brigitte, miró a Número Uno, parpadeó como impresionado, y a una indicación de Cavanagh puso el coche en marcha.

—¿Quién va a ponerme al corriente de todo? —preguntó Brigitte.

—Yo mismo —dijo Cavanagh—… ¿Hablamos ahora?

Brigitte movió negativamente la cabeza. Iban los tres en el asiento de atrás, ella en medio, Cavanagh a un lado y Número Uno al otro. Uno aún no había despegado los labios. Y Cavanagh sabía que no sería fácil conseguir que lo hiciera. Pero eso no importaba. Tenía sentados junto a él a los dos personajes más fabulosos de la historia norteamericana del espionaje. Cualquiera que hubiese asesinado a los agentes de la CIA Burton Douglas y Aldo Ramsay, es decir, a dos de los queridos Simones de la agente *Baby*, estaban condenados a muerte. Nada podría salvarlos.

Aunque en realidad estaba todo tan claro…

Llegaron al depósito de cadáveres, donde Brigitte estuvo unos minutos contemplando los cuerpos de Ramsay y Douglas. Luego, hizo lo mismo con el cadáver de Denis Doncaster.

—¿Los tres con la misma pistola?

—Sí. Sabemos quién lo hizo: Nelson Silveira.

—¿Ha escapado?

—Ha desaparecido.

Baby miró sorprendida un instante a su jefe. Luego, volvió junto a los cadáveres de Ramsay y Douglas, y de nuevo se quedó mirándolos. El rostro de Douglas se veía bien, porque las balas no se lo habían alterado, pero el de Ramsay estaba horrendo, pese al maquillaje, ya que la bala que le había entrado por la nuca le había salido por un lado de la boca. Horrendo.

—Vámonos.

Poco después, estaban de nuevo en el coche, que emprendió ruta hacia la Central.

—¿Quién es Walter Bruckner? —preguntó Brigitte.

—El propietario de la quinta donde se dio la fiesta.

—¿Tiene algo que ver en esto?

—En cierto modo: fue él quien escribió a Nelson Silveira a Rio de Janeiro pidiéndole que viniese a Washington para entrevistarse con Denis Doncaster.

—Empecemos desde el principio.

—Bien. Denis Doncaster era uno de nuestros científicos genéricos de relativa valía… Ya sabe: gente que destaca bastante, y que, en ocasiones merced a influencias, consiguen una subvención del Gobierno que les permite dedicarse exclusivamente a la investigaciones científicas, sin agobios económicos. Denis Doncaster era amigo de Walter Bruckner. Hace unos días. Doncaster le pidió a Bruckner un favor personalísimo: Bruckner tenía que escribir a Nelson Silveira, en Rio de Janeiro, citándolo en Washington. El momento óptimo para que Silveira viniese era el día de la fiesta de Bruckner, esto es, anteayer.

—Si Doncaster recurrió a Bruckner para esa cita quiere decir que no quería que el Gobierno supiese que se entrevistaba con Silveira, ¿no es así?

—Exactamente. Nosotros teníamos a dos hombres custodiando a Denis Doncaster. Casi siempre es pura rutina, pero se hace. Los dos hombres eran Burton Douglas y Aldo Ramsay…, ya los ha visto usted. Naturalmente, Doncaster tuvo que llevarlos a la fiesta de Bruckner. Y allá fue donde Silveira los mató, y después mató a Doncaster.

—¿Es seguro que fue Silveira quien lo hizo?

—Parece que no podemos tener ninguna duda al respecto. Lo vieron salir al jardín, y detrás de él fue uno de los nuestros. Luego, varios invitados vieron a Silveira entrar solo en busca del otro, y salir con él al jardín. Primero Douglas, luego Ramsay. A este lo encontraron caído sobre Douglas. Finalmente, Silveira entró en la casa, fue a la biblioteca, y mató a Doncaster.

—¿No pudo ser que antes matase a Doncaster?

—No. El asunto ha sido analizado… Primero engañó a Douglas y Ramsay, y luego, ya seguro de que no podrían molestarle, fue a matar tranquilamente a Doncaster en la biblioteca. Luego, desapareció.

—Desapareció —murmuró Brigitte—… Bien, ¿qué más?

—Naturalmente, a quien primero presionamos fue a Walter Bruckner, el dueño de la quinta donde había sido citado Nelson

Silveira, cosa que aún no sabíamos. Pero Bruckner se apresuró a explicarnos lo que sabía, sin que tuviésemos que presionarlo. Estaba… y está asustadísimo. Dijo que no sabía nada de nada, que él solo había hecho un favor a su amigo Denis Doncaster invitando allá a Silveira. En síntesis, parece que eso es todo lo que sabe Bruckner.

—¿Podemos pensar que miente?

—Es difícil tomar una postura sobre eso; usted y yo… y Número Uno, sabemos que se puede mentir sin que nadie en el mundo sea capaz de recelar lo más mínimo. En principio, nos inclinamos a pensar que Brukner no miente, que ha sido utilizado, y que simplemente es víctima de las circunstancias, de una situación que le tiene tan desconcertado como a nosotros. Él jura una y mil veces que todo lo que sabe es que Doncaster le pidió que arreglase un encuentro con el brasileño Silveira en su quinta, y nada más. Silveira vino, mató a nuestros dos hombres y a Doncaster, y desapareció. Bruckner se tira de los pelos, y eso es todo.

—¿Tenemos alguna idea del porqué de esos tres asesinatos? Es decir, los asesinatos de los Simones ya sabemos que fueron cometidos para seguridad de Silveira. Pero ¿por qué podía querer matar Silveira a Doncaster?

—Lo ignoramos.

—¿Se conocían de antes?

—Nuestras indagaciones hasta el momento indican que no.

—¿Qué estaba haciendo últimamente en el terreno científico Denis Doncaster?

—Lo ignoramos. Lo ignoran incluso en Washington. Los últimos estudios que presentó Doncaster fueron sobre una especie de… injerto de carne de buey en heridas de importancia en las personas. Algo así como un remiendo. Esos estudios están siendo analizados, aunque parece que los han tomado un poco a broma. Mientras esperaba, es evidente que Doncaster debía de estar dedicado a alguna otra cosa…

—A la misma que Nelson Silveira en Rio.

—Sí —asintió Cavanagh—. Hemos pensado en eso. Teóricamente se puede admitir que ambos científicos hubiesen coincidido en los estudios sobre determinada materia, y que, sea como sea, se hubiesen detectado el uno al otro. Entonces, Doncaster

tomó la iniciativa: pidió a Bruckner que invitase a su quinta al brasileño Silveira, es de suponer que para cambiar impresiones. Impresiones que, evidentemente, ambos hombre, querían que fuesen secretas, ya que Doncaster estaba ocultando sus intenciones de entrevistarse con nadie en la fiesta de Walter Bruckner. En cuanto a Silveira, nuestro personal en Rio de Janeiro se está ocupando de él. Por el momento, sabemos que no está en su alojamiento. Y sabemos también que Silveira vivía de un modo… libre y despreocupado, sin vigilancia alguna. No estaba considerado como un científico gubernamental, sino independiente.

—Ya. Y viene aquí, invitado por Doncaster, y lo que hace es matarlo y desaparecer.

—Esas son las evidencias.

—¿Tiene alguna fotografía de Silveira?

—Desde luego —sacó un sobre Cavanagh—. Su fotografía ha aparecido frecuentemente en periódicos corrientes y en revistas especializadas.

Brigitte tomó el sobre, lo abrió, y sacó las fotografías que la CIA había preparado para ella, colocándolas de tal modo que Número Uno pudo mirarlas al mismo tiempo.

—¿Qué te parece? —murmuró la divina.

—Parece simpático —dijo Uno.

Brigitte asintió, y devolvió las fotos a Cavanagh, que asentía con la cabeza.

—Sí, es cierto, Silveira resulta simpático. Pero eso no significa nada.

Tenemos su currículum en la Central… No hay nada en él que resulte antipático o ligeramente desagradable en la vida conocida de Nelson Silveira.

—Y de pronto, lo invitan a venir aquí, y como agradecimiento, mata a tres hombres.

Cavanagh encogió los hombros. ¿Qué podía decir que no fuese repetir lo ya dicho?

—Debemos entender, entonces —dijo de pronto Brigitte—, que Silveira se fue de la casa de Bruckner sin llevarse nada, que dejó allí todas sus cosas.

—Ah, no. Bueno, Silveira no estaba alojado en la quinta de Walter Bruckner. Solo fue Invitado a la fiesta. Pero él estaba alojado

en el De Vries Hotel. Había llegado a Washington el día antes, se fue directo al hotel, y al día siguiente fue a la fiesta. Todas sus cosas se han quedado en el hotel… Está claro que su fuga fue muy precipitada. El misterio está en qué pudo suceder que impulsase repentinamente a Silveira a matar a Doncaster.

—Ya lo sabremos. ¿No ha salido del país?

—Por las vías controlables, no. Quiero decir que no, al menos, con el nombre de Nelson Silveira.

—Ya. Parece un poco absurdo, ¿verdad? Nelson Silveira está viviendo en Rio, lo invitan a venir, acepta en el acto, y todo lo que hace es matar precipitadamente a Doncaster y a dos agentes de la CIA y desaparecer.

—Así están las cosas. Queda un detalle, que he preferido dejar para el final: Doncaster fue hallado tendido en el suelo por una de las invitadas a la fiesta. Es decir, por dos. Entraron en la biblioteca para consultar algo sobre cuestiones sexuales en la enciclopedia, y lo vieron en el suelo. Una de ellas fue a buscar al doctor Hopkins, uno de los invitados a la fiesta. Cuando el médico, Bruckner y otros llegaron a la biblioteca, la mujer que se había quedado con Doncaster estaba gritando, y Doncaster había muerto. La pobre mujer, al verlo boca abajo, creyó que solo estaba desmayado, y como Doncaster le habló, le dio la vuelta, dispuesta a desabrocharle la camisa. Estaba convencida de que tenía un infarto, o algo así. Cuando vio la sangre…

—¿Qué le habló Doncaster a esa mujer?

—La hemos interrogado al respecto docenas de veces, y ella ha dicho siempre más o menos lo mismo. Lo he apuntado, a fin de que usted lo capte a su manera. Si hay alguna variación entre lo apuntado y la verdad, tiene que ser pequeñísima, porque la testigo insiste en lo mismo siempre.

Brigitte tomó el papel. Ponía:

PAN… DE AZÚCAR… PAN… PAN DE… DE AZÚCAR… SoLO… SILVEIRA… DESTRUYA… AZÚCAR…

—¿Esto es todo?

—Sí.

Brigitte miró a Uno, que asintió. Devolvió el papel a Cavanagh.

Tanto ella como Número Uno no necesitarían jamás el papel, ni la fotografía de Nelson Silveira: ambas cosas habían quedado impresas para siempre en sus memorias.

—¿Y por qué tenemos detenido a Walter Bruckner? —preguntó de pronto Brigitte.

—Quizás ha sido una arbitrariedad por nuestra parte. Pero el hombre no protesta por ello. En realidad, está colaborando de la mejor voluntad. Y está tan asustado que ni siquiera menciona el hecho de hallarse «alojado» en un cuarto de la Central de la CIA.

—¿A qué se dedica el señor Bruckner?

—A millonario. Tiene algunas partes mayoritarias de Acciones en algunas empresas de producción de acero. Hace viajes a Pittsburgh, Suecia y Alemania. Por el momento, todo parece limpio. Un industrial de altos vuelos, simplemente.

—Veamos… Pan de Azúcar… ¿Se referiría quizá Denis Doncaster a ese monte que hay en Rio de Janeiro? Pan de azúcar… solo… Silveira… destruirá… ¿Podemos entender que Silveira se propone volar el Pan de Azúcar, o, para hablar más propiamente, el Pão de Açucar de la ciudad carioca?

—No es posible saber lo que se propone Nelson Silveira.

Brigitte volvió la cabeza hacia Número Uno.

—¿Qué dices tú, mi amor?

—Si Silveira quería volar el Pan de Azúcar de Rio de Janeiro, no creo que lo consiguiese viniendo a Washington. ¿Para qué molestarse en tan largo viaje?

—¿Qué crees que pasaría si alguien volase el Pão de Açucar?

—¿Aparte de un número considerable de muertes?

—Sí, claro. Toda acción de ese tipo conlleva un número considerable de víctimas. Aparte de las víctimas… ¿qué crees que podría pasar?

—Quizá podría quedar cerrada la entrada a la Bahía de Guanabara… Y la salida, consiguientemente. Claro que para conseguir eso la explosión tendría que ser tremenda. Hoy día, esta potencia de explosión está al alcance de cualquier granuja bien organizado.

Brigitte volvió a mirar a Cavanagh, que estaba súbitamente interesado.

—¿Hay algo que deba entrar o salir de la Bahía de Guanabara?

Algo importante. Muy importante.

—Me enteraré. Tenemos hombres trabajando en Rio, pero podemos enviar más, para…

—No. Yo iré a Rio, con Uno. Usted haga las indagaciones habituales desde su despacho…, si le parece bien, señor.

Cavanagh se limitó a sonreír.

—Volvamos a Silveira —musitó Brigitte—… ¿Tenemos constancia de que en algún momento se haya dedicado a investigaciones relacionadas con bombas, o cualquier clase de explosivos?

—Según los informes reunidos hasta el momento, Silveira ha estado dedicado a todo lo contrario.

—¿Qué es *todo lo contrario*?

—Tiene varios premios de certámenes científicos brasileños y no menos de una docena en toda Suramérica. Siempre, todos sus estudios han versado sobre… inventos favorecedores para la vida mejor del ser humano.

—Entonces —parpadeó Brigitte—… debemos considerar como absurdo que ese hombre quiera dinamitar, o algo parecido, el Pão de Açucar… ¿No le parece?

—No lo sé, Brigitte.

—¿Mi amor? —Miró la divina a Uno.

Clark Coleman, Angelo Tomasini, Número Uno en fin, frunció pensativamente el ceño.

—¿Cómo podemos saber qué camino ha elegido Nelson Silveira para llegar adónde? —preguntó a su vez—. Dicen que las serpientes fascinan a los pajarillos con su mirada y su silbido antes de devorarlos.

Quedaron silenciosos los tres.

El silencio se prolongó tanto que, más bien por romperlo, Cavanagh comentó:

—Supongo que han reservado alojamiento en…

—No —cortó Brigitte—: habíamos pensado ahorrarnos unos dólares y dormir en la Central. Quiero leer todo lo que se haya escrito hasta el momento sobre esto. Supongo que dispondré de una lista de invitados a esa fiesta, a qué se dedican, si hay alguno que tuviese antecedentes de alguna clase, quiénes eran los músicos, a qué hora se cometieron los crímenes, qué marca de champaña se

bebía… En fin, todo.

—Se le proporcionará todo cuanto sea necesario.

—Cena incluida.

—Por supuesto. Y si lo desea, sabe muy bien que tendrán una botella de Perignon 55.

—No —negó secamente Brigitte—… El champaña lo dejaremos para cuando Nelson Silveira nos haya explicado por qué ha asesinado a dos agentes de la CIA.

Cuando llegaron a la Central de la CIA estaba anocheciendo. Cavanagh, Brigitte y Número Uno fueron directamente al despacho del primero, que tras poner en manos de ambos todo lo reseñado hasta entonces sobre el asunto, se ocupó de pedir cena para los tres.

Eran más de las dos de la mañana cuando Brigitte *Baby* Montfort alzó la cabeza, miró a Número Uno y se pasó las manos por los ojos. Se puso en pie, se acercó a él, y le besó en una oreja.

—Voy a dormir —susurró.

—Yo lo recogeré todo —asintió él.

Brigitte se tendió en el sofá, y segundos después dormía tranquila y profundamente. Número Uno recogió todos los papeles, los colocó bien ordenados sobre la mesa de Cavanagh, que les había cedido su despacho, y apagó la luz de la lámpara de pie que habían estado utilizando. Luego, se sentó en un sillón, de modo que podía ver a Brigitte a la luz lunar que se reflejaba en el gran ventanal, se acomodó, y cerró los ojos.

El silencio era total.

Capítulo III

Eran las nueve de la mañana.

Walter Bruckner estaba verdaderamente atónito ante la pareja que había llegado esta vez acompañando a Mr. Cavanagh. Eran el hombre y la mujer más impresionantes que había visto en su vida. Él era alto y atlético, delgado, de cuello fibroso. Ella era rubia, de ojos verdes, exquisita, y tan solo cuatro pulgadas más baja que él; claro que ella llevaba zapatos de tacón alto…

Mr. Cavanagh había presentado a sus acompañantes como Central-1 y Central-2. Central-1 era la hermosísima rubia de ojos verdes, y, en contra de lo que instintivamente supuso Bruckner, fue ella quien tomó el mando de la conversación.

—Ante todo, señor Bruckner, el señor Cavanagh ha convenido en que no hay necesidad alguna de que usted permanezca aquí por más tiempo —la rubia tenía una sonrisa deliciosa—, de modo que podemos marcharnos en cuanto guste.

—La verdad es que estoy deseando volver a casa —admitió el millonario—. Y no creo poder decir nada nuevo sobre lo sucedido. Seguramente, a ustedes va a parecerles una tontería, pero, de pronto, se me ha ocurrido pensar que mi estancia aquí parece indicar que estoy… detenido por la CIA.

—De ninguna manera —protestó Central-1—… ¿Acaso no ha sido usted tratado en todo momento como un invitado al que se agradece su colaboración?

—Sí… Sí, es cierto. De todos modos, si realmente puedo volver ya a casa…

—En cuanto usted quiera. En realidad, eso es lo que veníamos a proponerle, con el fin de que nos proporcione usted el último eslabón de sus declaraciones.

—No comprendo.

—Me refiero a la carta. Supongo que conserva usted una copia…

Le estoy hablando de la carta que escribió usted a Nelson Silveira a Rio de Janeiro, citándolo por petición de Denis Doncaster. ¿Tiene una copia, señor Bruckner?

—Así es. En mi archivo de correspondencia personal.

—Magnífico. ¿Podremos verla?

—Bueno… Francamente, en mi archivo privado hay correspondencia que…

—Solo nos interesa esa carta, señor Bruckner. No tenemos intención de fisgar lo más mínimo en su vida privada.

—Está bien.

—Muchas gracias. Si le parece bien, mi compañero y yo le vamos a esperar afuera. Tiene usted tiempo de afeitarse y arreglarse un poco, si lo desea. Se le proporcionará todo cuanto necesite… ¿Prefiere que alguien de nosotros vaya a su casa a buscarle la afeitadora, o una camisa, quizás otro traje…?

—Creo que será suficiente que alguien me preste una afeitadora. Es usted muy amable.

Central-1 sonrió, y se dirigió hacia la puerta, acompañada por el silencioso Central-2 y por Cavanagh. Los tres se fueron a un cuarto vacío. Es decir, había un cuadro en una de las paredes, y eso era todo. Cavanagh lo abrió como si fuese la tapa de un libro y apareció un cristal, a través del cual vieron un amplio cuarto de baño, confortable, casi lujoso…, en el cual entró un par de minutos más tarde Walter Bruckner, acompañado por un agente de la CIA.

—Si necesita algo, señor Bruckner, estoy ahí fuera —dijo el espía.

—Muchas gracias.

Bruckner se acercó precisamente al cristal tras el cual le contemplaban los tres espías; por supuesto, el cristal era al otro lado un gran espejo, y Bruckner no podía verlos. El millonario se quitó la chaqueta y la arrugada corbata, y procedió a afeitarse… El zumbido de la afeitadora era perfectamente audible para Brigitte, Uno y Cavanagh, que le contemplaban con toda atención.

Bruckner terminó de afeitarse, vaciló un instante, y acabó por quitarse la camisa, tras dirigir una mirada a la ducha.

Pero no se duchó. Simplemente, se lavó la cara y se refrescó la nuca y parte del pecho. Luego, se secó, se puso la camisa, la corbata, la chaqueta…

—¿Qué opinas de él? —musitó Brigitte.

—No me gusta —replicó Número Uno.

—A mí tampoco. Pero eso puede no significar nada. Seguramente es un ave de presa en los negocios, y habrá cometido cientos de estafas y acciones aproximadas en su vida. Es el clásico sujeto que para enriquecerse pasa por encima de todo. Ahora bien, de eso a haber tomado parte en tres asesinatos perpetrados en su propio domicilio…

—Razonablemente, debemos pensar que no puede haber nadie tan cretino como para complicarse la vida de ese modo —intervino Cavanagh—. Por otra parte, todo el expediente personal del señor Bruckner es impecable hasta ahora. De todos modos, insisto en que a ninguno de nosotros tres nos va a engañar una cara o un expediente, ¿no les parece?

Ni Brigitte ni Número Uno contestaron. Estuvieron unos segundos más mirando con gran atención a Walter Bruckner. Luego, se volvieron hacia la puerta, y Cavanagh comprendió. Colocó el cuadro en su sitio, y fue también hacia la puerta, que Uno había abierto. Brigitte había salido ya al amplio pasillo, y Uno, para asombro de Cavanagh, le cedió el paso también a él.

—¿Tenemos algunos Simones en la casa de Bruckner? —preguntó Brigitte.

—Dos. ¿Quiere que los retire?

—Después de que me orienten —asintió Central-1.

—¿Han conseguido huellas dactilares de las que Silveira dejó en la casa de Bruckner? —preguntó Central-2.

Cavanagh lo miró asombrado.

—¿Para qué las queremos? La personalidad de Silveira era indiscutible para Bruckner, y los invitados a la fiesta lo identificaron cuando se les mostró las fotografías de Nelson Silveira. También ha sido identificado en el hotel, donde quedó su pasaporte, que naturalmente hemos retenido. Era una pérdida de tiempo y un trabajo absurdamente difícil recoger las huellas que Nelson Silveira hubiese podido dejar en la casa de Bruckner. ¿No está de acuerdo?

Número Uno se limitó a encoger los hombros, mientras Brigitte le dirigía una mirada de curiosidad, que él ignoró.

Minutos después salían del edificio de la CIA. Les estaba esperando un coche, dentro del cual estaba ya Walter Bruckner, y

un agente de la CIA, ante el volante.

—Le tendremos al corriente de todo —dijo Brigitte, mirando a Cavanagh.

—¿No les acompaño? —musitó este.

—Un hombre como usted no debe perder el tiempo, señor. Ya hizo usted su parte. Ahora, déjenos a nosotros hacer la nuestra…, a nuestra manera, viendo con nuestros ojos y oyendo con nuestros oídos.

—Tiene razón.

Brigitte le sonrió, y pasó al interior del coche, sentándose atrás, junto a Walter Bruckner. Número Uno se sentó junto al agente de la CIA que conduciría el coche. Era el mismo hombre que la tarde anterior había acudido con Cavanagh a recogerlos al aeropuerto.

—Adelante, Simón —pidió amablemente Brigitte.

—¿Conoce bien el camino hacia Cheverly? —preguntó Walter Bruckner.

—Sí señor —miró el espía por el retrovisor—. Además, conozco el emplazamiento de su casa, señor Bruckner.

—Ah… Está bien.

—¿Para qué quieres las huellas que haya podido dejar en la casa el científico brasileño? —preguntó Brigitte en alemán.

Simón y Bruckner la miraron desconcertados, el primero por el retrovisor, mientras conducía por la zona ajardinada de la Central de la CIA.

—Se me ocurrió que las acciones del científico brasileño en la casa del hombre que está a tu lado no concuerdan con la personalidad reconocida del brasileño.

—Tienes razón.

Número Uno se limitó a encender un cigarrillo. Simón miraba con frecuencia por el retrovisor a *Baby*, a la que la tarde anterior había visto morena y con ojos azules y ahora veía rubia y con ojos verdes…, pero igualmente preciosa. Naturalmente, el hombre que estaba sentado a su derecha, fumando, era ni más ni menos que Número Uno, el espía más fabuloso de todos los tiempos. ¿Y se habían reunido *Baby* y Número Uno para cazar a un viejo chiflado? Porque, evidentemente, aquel Silveira debía de haberse vuelto loco…

—Todavía no comprendo qué pudo impulsar a Nelson Silveira a

comportarse así —musitó Bruckner, recogiendo telepáticamente las ideas de Simón—… ¡Parecía un hombrecillo tan insignificante! ¡Y tan amable e inofensivo!

—Debió de volverse loco —expuso Simón sus pensamientos anteriores.

Ni *Baby* ni Número Uno contestaron. El coche había dejado ya atrás Langley y rodaba hacia el sur por la estrecha carretera local, hacia Cheverly, donde Bruckner tenía su quinta. Había grandes zonas de verde césped y altos álamos. Ya eran casi las diez de la mañana, y el sol comenzaba a estar alto, ofreciendo un día espléndido, luminoso. Un día que los agentes de la CIA Aldo Ramsay y Burton Douglas no verían. Nunca más verían el campo en primavera. Nunca más, nunca… Nunca, nunca, nunca…

Disimuladamente, Brigitte retiró con la punta de un dedo las dos lágrimas que se formaron en sus ojos, sin molestarla con las lentillas de contacto, por el momento. Ya era bastante malo, bastante duro e ingrato tener una profesión en la que la vida estaba en constante riesgo, para que, encima, lo asesinasen a uno. Brutalmente, en efecto…

Se había abstraído, pero de pronto se dio cuenta de que el coche estaba frenando, y alzó la mirada. En el acto, vio, delante de ellos, ocupando casi la totalidad de la carretera, el otro coche, cruzado. Lo vio perfectamente a través del parabrisas. Tenía la rueda izquierda trasera pinchada. Era un viejísimo Ford, y junto a él se veía a un viejo negro, en mangas de camisa. El capó del maletero estaba alzado, y el viejo negro acababa de sacar el «gato».

Junto a la rueda pinchada se veía ya la rueda de recambio.

Simón frenó, a unos diez metros del coche del negro, a una seña de Número Uno. El viejo estaba vuelto hacia ellos, y les hacía señas con un brazo. Los cristales de las puertas delanteras del coche estaban bajados, así que los cuatro ocupantes oyeron perfectamente la voz del negro:

—¡Hey! ¡Échenme una mano, amigos! ¡Es solo un pinchazo!

Simón frunció el ceño, pero apretó de nuevo el pedal de su coche, de mandos automáticos. La seca voz de Central-2 pareció impactar en su mejilla derecha:

—Le he dicho que frene aquí.

—Sí señor… Lo siento.

Volvió a frenar. Número Uno metió el cigarrillo en el cenicero. El viejo negro les miraba, ahora sorprendido. Tenía el cabello completamente blanco, muy rizado. Parecía una peluca de algodón.

—¡Hey! —volvió a gritar—. ¿Qué pasa, no quieren ayudarme?

—Es un impertinente —gruñó Bruckner.

—Cuanto antes arregle su rueda, antes podremos seguir —opinó Simón. Brigitte se mantuvo en silencio. El negro seguía haciendo señas. Número Uno se apeó, de pronto, sin dar tiempo a nadie a hacer siquiera un comentarlo. Cerró la portezuela, y se acercó al viejo negro, lentamente. Este acudió a su encuentro, sonriendo, mostrando una dentadura completa y blanquísima. Sus ojos se desviaron hacia detrás de Uno, y este volvió la cabeza un instante. Vio a Brigitte fuera del coche, y frunció el ceño.

—Vuelve adentro —ordenó.

Brigitte vaciló, mientras el negro la saludaba alegremente, ya delante de Número Uno.

—¡Buenos días, señora! El «gato» de mi coche está estropeado, y solo necesito que me presten el suyo, para cambiar la rueda. ¡Venga, por fav…!

—Cállese —le interrumpió Uno—. Deje caer ese cacharro y ponga las manos sobre su cabeza.

—¿Qué… qué…?

—No lo repetiré.

Los saltones ojos del negro se volvieron de nuevo hacia Brigitte, que continuaba de pie junto al coche. Rápidamente, alzó las manos, y entrelazó los dedos cuando las tuvo sobre la cabeza. Número Uno lo palpó a toda prisa, con la mano izquierda. Le hizo dar la vuelta, le pasó las manos por la espalda, y lo empujó, sin rudeza, simplemente para hacerle caminar hacia el coche Ford.

—Recoja el «gato» y colóquelo en el alvéolo.

—Pe-pero señor, está… está estropeado…

—Ya lo veremos.

—Pero señor…

—Haga lo que le digo.

—Sí… Sí señor.

El negro se inclinó, recogió la herramienta, y se dirigió hada su coche. Número Uno iba tras él, mirando a todos lados…

—¿Qué pasa? —Se asomó por la portezuela Bruckner—. ¿Por

qué su compañero está tratando así a ese negro?

Brigitte Montfort ni siquiera contestó. Movía los ojos hacia todos lados, vigilando los márgenes de la estrecha carretera. El silencio era total, el paisaje bucólico. Número Uno y el negro llegaban ya junto al coche. El negro se inclinó, para introducir el pivote del «gato» en el hueco, pero, de pronto, todavía inclinado, se volvió hacia Número Uno, y manejando la herramienta, la descargó con terrible fuerza en el estómago del mejor espía del mundo.

—¡Uno! —exclamó Brigitte, moviendo la mano derecha y mostrando entonces la pistolita, que había mantenido oculta.

El golpe había sido verdaderamente tan fuerte que Número Uno retrocedió, llevándose ambas manos al vientre, tambaleándose. Pero se irguió enseguida, lívido el rostro, buscando con la mirada al negro, que corría hacia la parte de atrás del coche… Por detrás de Número Uno, sonó el suave «plof» de la pistolita de *Baby*, pero el negro continuó corriendo, y al pasar bajó el capó y cerró el maletero.

Brigitte volvió a disparar, pero el negro estaba ya al otro lado del coche… Número Uno sí podía verlo perfectamente. Sacó su pistola, y disparó, sin apuntar siquiera.

Plop, plop, plop…

El negro continuó corriendo, alejándose, pero, de pronto, saltó fuera de la carretera, tirándose de cabeza entre unas matas. Número Uno no vaciló ni un instante: se volvió hacia el coche de la CIA, y echó a correr hacia Brigitte, gritando:

—¡Atrás, atrás, atrás…!

Baby no vaciló. Se metió dentro del coche, exclamando:

—¡Marcha atrás, Simón!

El espía no se hizo repetir la orden. El coche salió disparado hacia atrás, mientras el conductor, Bruckner y Brigitte veían a Central-2 saltar también fuera de la carretera, en un salto cuya longitud y potencia dejó atónito a Walter Bruckner… Apenas había caído Central-2 fuera de la carretera cuando el otro coche explotó. Es decir, hubo en él un fuerte estampido, el capó se abrió violentamente, y apareció una nube de humo blanco, denso, que rodeó el viejo Ford Inmediatamente.

—¡Pare! —gritó *Baby*.

Simón obedeció, la espía saltó del coche, y corrió hacia donde

había saltado Número Uno. Llegó junto a él en pocos segundos, y se dejó caer a su lado. Los dos se miraron vivamente, intensamente, a los ojos, y enseguida se relajaron. Los dos se quedaron mirando el Ford, que casi no había sufrido desperfectos: el capó estaba alzado y retorcido, se había roto el cristal de atrás y de una ventanilla… Ya no había humo, había desaparecido rápidamente.

Los dos espías cambiaron una mirada, mostrando Brigitte una divertida perplejidad.

—¿Qué querría hacernos ese negro con un petardito como ese? —musitó.

—No te muevas de aquí.

—Pues tú tampoco.

—Yo voy a…

—Yo también.

—No he dicho a donde voy ni a qué.

—No importa: yo también.

Número Uno miró hacia el coche Ford, y estuvo así no menos de un minuto, inmóvil, inexpresivo. No reaccionó hasta que oyó la voz de Brigitte:

—¿Cuántas veces le has disparado? ¿Tres?

—Sí.

—Yo, dos. Se diría que nuestro pulso está fallando, mi amor.

—Yo no fallo nunca —aseguró Uno—. Y tú tampoco.

—Entonces, ese negro era un fantasma.

Uno encogió los hombros, y volvió a mirar hacia el coche. Se irguió, y regresó a la carretera. Brigitte iba un poco más atrás, y a su derecha. Simón salió del coche de la CIA, y corrió hacia el otro lado de la carretera, inclinado, pistola en mano, para proteger también la marcha de Número Uno.

Este llegó al viejo Ford, y miró en el maletero. Junto a él, Brigitte soltó un fuerte respingo, y señaló el cable que sobresalía de una caja metálica, frente a la cual se había producido la explosión de lo que ellos habían considerado un petardo. Y no había sido mucho más, en realidad: lo que había explotado había sido una carga inicial, conectada al extremo del cable, y que debía de haber provocado, por el otro extremo, la explosión de una mayor cantidad de explosivo que debía de contener la caja metálica.

—Es mejor que no lo toquemos —murmuró Brigitte.

Número Uno asió con dos dedos el cable, y tiró suavemente de él. Si ofrecía resistencia, tendrían que salir de allí a toda prisa… Pero no. El cable salió por el orificio. Número Uno lo dejó suelto a un lado, y entonces abrió la caja metálica, atestada de una carga explosiva que habría convertido en añicos el viejo Ford y todo lo que se encontrase a diez metros a la redonda. En la conexión del cable, el pequeño tornillo estaba más suelto de lo debido, de modo que los dos comprendieron que allí estaba el fallo: el cable se había soltado de su conexión dentro de la caja, de modo que no había accionado el detonador introducido en la carga plástica…

—Parece que el negro se ha esfumado.

Los dos miraron a Simón, que estaba junto a ellos, contemplando la carga, guardando en la axila su pistola.

—Tenemos que sacar este coche de aquí —dijo Uno.

El procedimiento más sencillo fue cambiar la rueda, y empujar el coche a un lado de la carretera. Habían pasado varios coches más, mientras tanto, pero nadie se preocupó por lo que ocurría. Brigitte había llamado a la Central utilizando su radio de bolsillo, y un coche con personal especializado en explosivos estaba ya camino de aquel lugar, para hacerse cargo de la caja metálica. El coche sería examinado, a su vez, en busca de cualquier pista. Todo normal, prácticamente rutinario.

Lo único no rutinario fue la llegada de Cavanagh, quien tras asegurar que se haría cargo de todo, miró de uno a otro, a Uno y a Brigitte.

—¿Le dispararon cinco veces entre los dos?

—Así es.

—¿Y no le acertaron ni una sola?

—No.

—Fantástico —sonrió Cavanagh—… Supongo que hay una explicación razonable.

—Todos la conocemos —dijo Número Uno.

—Sin duda —sonrió Brigitte—. Lo que no conocemos es la carta que el señor Bruckner escribió a Nelson Silveira. ¿Vamos para allá, mi amor?

Capítulo IV

La carta decía:

Washington D. C. 20 marzo 1976

Profesor Doctor NELSON SILVEIRA Av. João Luiz Alves, 66

RIO DE JANEIRO (Gb) — BRASIL

Admirado Doctor Silveira:

Ante todo, el ruego de que acepte mi propia presentación. Soy Walter Bruckner, amigo íntimo del profesor Denis Doncaster, del cual, sin duda, habrá usted leído algunos estudios, y, en consecuencia, sabrá que es uno de los mejores científicos investigadores norteamericanos. Actualmente, Denis Doncaster está subvencionado por el Gobierno de los Estados Unidos para que prosiga sus investigaciones, sobre las cuales, honradamente, no entiendo nada. Mi dirección la puede usted ver en el membrete de esta carta. Aquí, en mi domicilio, tengo proyectada una fiesta para el día 26 del corriente, a la que acudirán amigos personales y personas con las que me relaciono debido a mis negocios. Una de esas personas será mi buen amigo Denis, el cual me ha dicho «que es una magnífica ocasión para que ustedes puedan entrevistarse». Denis tiene la esperanza de que usted comprenda sus dificultades para viajar él a Rio de Janeiro con la discreción que, según entiendo, tanto les conviene a ustedes dos. Discreción que incluso le impide escribirle personalmente, pues piensa que, más que estar custodiado por los servicios secretos de seguridad, está «vigilado». Así pues, en simple conversación conmigo, me ha pedido que le cite a usted en mi casa el día mencionado. Me pide que le indique que la similitud de sus estudios actuales

convierte esa entrevista en algo de vital necesidad y mutua conveniencia.

En mi opinión, esta carta, así por las buenas, es increíble, pero Denis me asegura que usted la atenderá. Debo suponer que entre científicos se entienden muy bien, y, en cuanto a mí, solo me resta ofrecerle mi casa y esperar sus noticias, a fin de traspasarlas a Denis.

Mientras tanto, reciba usted mi expresión de admiración y respeto,

Suyo afectísimo,

Walter Bruckner

Brigitte y Número Uno terminaron de leerla a la vez, y Uno preguntó:

—¿Cuál fue la primera noticia que tuvo usted de Nelson Silveira?

—Me llamó el día veinticinco por la tarde, diciéndome que estaba en el De Vries Hotel, y que al día siguiente acudiría a mi fiesta. Le dije que era a partir de las nueve de la noche, estuvo de acuerdo, y eso fue todo.

—Naturalmente, el profesor Silveira habla inglés.

—Ah, sí… ¡Yo no entiendo una sola palabra de portugués!

—Ya. Bien, Silveira le llamó a usted. ¿Qué hizo usted? ¿Llamó a su amigo Denis Doncaster para decirle que el brasileño estaría en la fiesta?

—Le llamé, pero no se lo dije así de claramente. Sin embargo, él lo comprendió, naturalmente.

—Naturalmente. Y todo lo que hizo Denis Doncaster fue esperar al día siguiente y presentarse tranquilamente en la fiesta de usted.

—Pues sí… Bueno, al menos yo no creo que hiciese nada especial. Simplemente, se mostró muy satisfecho, y al día siguiente vino a la fiesta. Nada más.

—¿Qué hicieron entonces Silveira y Doncaster? Ya sé que lo ha explicado muchas veces, señor Bruckner. Una más, por favor.

—No hicieron nada —suspiró Bruckner—. Denis había llegado acompañado de sus dos vigilantes…

—Agentes de seguridad —corrigió Brigitte, un tanto secamente —… De su propia seguridad, señor Bruckner.

—Sí, claro —enrojeció Bruckner—. Bueno, Denis llegó con los dos agentes de seguridad, y se dedicó a disfrutar de la fiesta, conversando con todos nuestros amigos comunes, conociendo a otras personas… Yo comprendí que no deseaba que sus acompañantes le viesen cuando yo le presentase a Silveira, así que no los presenté. La verdad es que no presenté a Silveira a nadie.

El brasileño estuvo yendo de un lado a otro, charlando con todo el mundo… Era muy amable y risueño. Parecía simpático. Tenía… un aspecto… gracioso, como de niño travieso. Las mujeres reían cuando él hablaba…

—Al parecer, él no se presentó a nadie.

—No… Simplemente, parecía divertirse… En algunos momentos… Bueno…

—Siga.

—Pues… Bien, en algunos momentos me pareció que Nelson Silveira se consideraba como el visitante de un divertidísimo zoológico. Quiero decir que hablaba con todos, los estudiaba, los miraba con gran atención, sonreía… Pero no parecía… digamos tenerlos en muy alta consideración, precisamente. No se presentó a nadie…, igual que a ninguno de nosotros se nos ocurriría ir al zoológico y presentarnos a los micos, por ejemplo.

—¿Quiere decir —rio Brigitte— que los consideraba a todos unos micos?

—Esa es la impresión que me dio. Pero muy amable y cortés, entiéndalo.

—Claro. Y por fin, hacia las doce, Doncaster y Silveira fueron hacia la biblioteca, etcétera.

—Sí. Eso es.

—Muchas gracias, señor Bruckner. Ya no le molestamos más, Mi compañero y yo vamos a dar una vuelta por el jardín, después de echar un vistazo a la biblioteca, y ya no le molestaremos más. Tengo la impresión de que está cansado.

—Si he de ser sincero, sí, empiezo a estar cansado, francamente. Y esta tarde, por fin, será el sepelio de Denis. Como no tenía familia, y yo era uno de sus buenos amigos, me pareció que debía atender todas las formalidades.

—Nadie más indicado que usted. Creo que hasta entonces será mejor que descanse. Repito nuestro agradecimiento. Y hasta la

vista, señor Bruckner.

—Les acompañaré a la biblioteca…

—Por favor, olvídenos. Ya ha hecho demasiado.

—Tengo que pasar por delante de la biblioteca para subir a los dormitorios —sonrió Bruckner.

—Ah. Bueno, en ese caso —sonrió también Central-1 de un modo encantador—, todavía aprovecharé la circunstancia para hacerle otra pregunta más.

—Las que guste —abrió Bruckner la puerta del despacho.

Salió Brigitte, luego Número Uno, y el último Bruckner, señalando hacia la biblioteca, hacia la cual se dirigieron los tres. Delante de la doble puerta les estaba esperando uno de los agentes de la CIA. El otro, junto con Simón-Chófer, estaba en el jardín.

—La pregunta es respecto al Pan de Azúcar.

—¿El Pan de…? —Bruckner se había detenido, asombrado, pero de pronto comprendió—. ¡Ah, sí! Bueno, lo que Sheila oyó que Denis dijo antes de morir. Realmente extraño.

—¿No se le ocurre a usted por qué su amigo Denis pudo mencionar el Pan de Azúcar?

—En absoluto. Como no fuese porque Silveira vive en Rio de Janeiro…

—Al parecer —intervino Central-2—, el señor Doncaster dio a entender que Nelson Silveira podía destruir el Pan de Azúcar.

—Bueno… Podría ser eso. Quizás ellos hablaron antes de que Silveira le disparase. Podría ser que el brasileño tenga proyectado destruir el Pan de Azúcar, claro.

—Nosotros nos permitimos dudarlo —dijo Central-1, detenidos los tres delante de la biblioteca—… ¿Conoce usted Rio de Janeiro, señor Bruckner?

—He estado algunas veces allí, desde luego.

—¿Sabe dónde está la Avenida de João Luiz Alves, es decir, el domicilio de Nelson Silveira?

—No… No.

—Está justamente al pie del Pan de Azúcar, frente a la Ensenada de Botafogo, a espaldas de Praia de Fora, una diminuta playa también al pie del Pão. Seguramente, desde su domicilio, Nelson Silviera se ha pasado años viendo el Pan de Azúcar. Algo así como si usted viviese en una choza junto al Capitolio de Washington. Al

decir choza, estoy hablando de proporciones, no de ambiente, entiéndame.

—Sí, sí… Bueno, no sé. Entiendo que Silveira es vecino del Pan de Azúcar… Quizás está cansado de verlo. Caramba, no sé qué decirles al respecto.

—Me parece que es usted quien merece que nosotros le digamos algo.

Mi compañero y yo vamos a ir a Rio, y quizás encontremos alguna pista interesante. Naturalmente, señor Bruckner, usted será de las primeras personas en ser puesto al corriente de la solución, si es que la encontramos. Nos consideramos obligados a ello.

Bruckner agradeció las intenciones de los agentes de la CIA, y se retiró por fin, dispuesto a descansar unas horas antes de dirigir el entierro de Denis Doncaster. Brigitte y Número Uno entraron en la biblioteca, acompañados por el agente de la CIA, que procedió a darles algunas explicaciones verbales, que encajaron exactamente con las fotografías del cadáver de Doncaster tal como había sido hallado, y que habían visto en la Central. En la alfombra se veía el agujero hecho por la brasa del cigarro, y las manchas de sangre dejadas por Doncaster al caer de bruces.

—¿Se llevaron algo de esta biblioteca? —preguntó Uno. El agente de la CIA lo miró estupefacto.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Silveira u otra persona.

—Pues no… no lo sabemos, francamente. Eso tendría que decírnoslo el señor Bruckner. ¿Lo llamo para…?

—No. Déjenle descansar veinticuatro horas. Luego, en presencia de ustedes, que le ayudarán, que examine bien la biblioteca. Y al decir que pudieron llevarse algo, admitamos que también pudieron *dejar* algo.

Simón miraba atónito a Uno. Miró a Brigitte, que permaneció impávida, y asintió por fin.

—Sí señor.

Salieron al jardín. Examinaron el lugar donde habían sido hallados los cadáveres de Douglas y Ramsay, así como los alrededores. No había nada especial, nada diferente a las conclusiones que la noche anterior habían estado leyendo en el despacho de Cavanagh. Así que Simón-Chófer, Brigitte y Uno se

metieron en el coche, y partieron hacia Washington.

—Exactamente, al De Vries Hotel —dijo Brigitte—. Y si vuelve a detenernos alguien, Simón, dispararemos a la cabeza, no al cuerpo.

El espía asintió, tranquilamente. De pronto, respingó, y miró a Brigitte por el espejo retrovisor.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó—. ¡Ahora lo comprendo! ¡El viejo negro llevaba chaleco antibalas, ¿no es eso?!

—Evidentemente —sonrió Central-1.

En el De Vries Hotel, la habitación que había ocupado Nelson Silveira estaba ocupada ahora por un agente de la CIA, que contempló fascinado a la bellísima rubia.

Esta y su hermético acompañante examinaron con detenimiento la habitación, pero no encontraron tampoco nada que no hubiese sido mencionado en los informes que habían leído.

Sobre la mesa de noche había un teléfono, y tras quedarse unos segundos mirándolo como absorta, Brigitte miró al agente de la CIA de vigilancia en la habitación.

—No recuerdo que en el informe se mencionase la llamada que el profesor Silveira hizo desde aquí al señor Bruckner para decirle que había llegado… ¿Ha sido comprobado eso?

—Desde aquí, desde la habitación, no se hizo llamada alguna —negó el agente—. Pero abajo, en el vestíbulo, hay tres cabinas con teléfonos de línea directa, a disposición de los clientes del hotel.

—Debió de llamar desde abajo, claro… Pero ¿ha sido comprobado eso?

—No… No.

—Quiero que lo comprueben.

—Cuente con ello.

Abajo, en la conserjería, nadie recordaba que el educado y amable Nelson Silveira hubiese llegado acompañado de alguien, o que hubiese hablado con alguien. Simplemente, había llegado, se había inscrito, y se había retirado a su habitación. ¿Llamar desde una de las tres cabinas? Podía ser, desde luego, pero nadie del hotel se fijaba en esas cosas. Llamar por teléfono era algo tan normal y corriente… La posibilidad de que Nelson Silveira hubiese bajado al vestíbulo para llamar por teléfono, en lugar de utilizar los servicios de la centralita, fue perfectamente admitida. Eran muchísimos los clientes que preferían este sistema.

—… De todos modos —dijo el agente que había bajado a realizar esta pesquisa—, podemos seguir interesándonos por el asunto, si usted lo desea, *Baby*.

La espía permaneció sentada en el sillón donde había esperado, mientras Número Uno seguía mirando por la ventana hacia la Rhode Island Avenue, con Logan Circle al fondo.

—No… En realidad, aunque nadie hubiese visto a Nelson Silveira llamar, eso no significaría que no lo hubiese hecho. Pero sí quiero que un equipo técnico venga aquí a obtener todas las huellas digitales que haya en esta habitación. ¿Estás de acuerdo, mi amor?

Se volvió a mirar a Uno, y Simón-Vigilante y Simón-Chófer también lo miraron, aterrados. ¿Sería posible que aquel hombre contestase afirmativamente a aquella pregunta? ¡Buscar TODAS las huellas digitales que hubiese en aquella habitación…! ¡Santo cielo, claro que tenía que decir que no!

—Sí —dijo Central-2.

Finalmente, delante de las dos tumbas solamente quedó Brigitte *Baby* Montfort. Nadie había reclamado los cadáveres de Aldo Ramsay y Burton Douglas, por una razón muy sencilla: no tenían a nadie en la vida. Solamente a la CIA. Y la CIA se había encargado de darles sepultura. Eso había sido todo. Fin.

Un poco alejado. Mr. Cavanagh contemplaba a Brigitte, que había acudido con su aspecto más diferente al de su verdadera personalidad: disfrazada de anciana. No le gustaba, pero había tenido que hacerlo, porque los tres asesinatos cometidos en la quinta de Walter Bruckner habían trascendido inevitablemente a la prensa, y al sepelio habían asistido periodistas y fotógrafos…

—No acaba de acostumbrarse a que le vayan matando compañeros —dijo Cavanagh.

Número Uno, impávido, alejado también de la anciana de blancos cabellos que había depositado flores en las dos tumbas, lo miró, pero no dijo nada. El silencio de aquel hombre era terrible. Su sobriedad resultaba impresionante. Por eso, cuando Número Uno hablaba, había que estar muy atento, y tener muy en cuenta sus palabras… Palabras que ahora no consideraba necesario pronunciar.

Cavanagh sacó un sobre de un bolsillo interior.

—Me ha parecido que lo mejor era evitar escalas, así que hemos organizado el viaje de ustedes a Rio de Janeiro vía New York. Pueden estar en New York esta misma noche, naturalmente, y mañana, a las ocho y veinte, tomar el vuelo 302 de la Varig brasileña, directo a Rio de Janeiro, adonde llegarán a media tarde. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias.

—He colocado ya un dispositivo de vigilancia en torno a Walter Bruckner. Es evidente que la trampa del coche Ford cargado de explosivo estaba destinada a él, así que vamos a protegerlo…, sin que él se dé cuenta, desde luego. ¿Hizo algún comentario respecto al intento del viejo negro de matarlos a todos?

—No.

—Es extraño… ¿Consideró natural que un coche cargado de explosivo fuese colocado en el camino?

—No hizo comentario alguno, en ese sentido.

—Pero debió de preguntarse, cuando menos, a quién querían matar, por qué, cómo sabían que esa persona pasaría por esa carretera, y quién quería matarla… Claro que Bruckner no pertenece a nuestra profesión, y por tanto no desconfía hasta de su sombra, pero de todos modos, creo que tendría que haber pensado algo parecido, ¿no está de acuerdo?

—Yo lo habría pensado. Pero quizás a él le parezca natural que en las carreteras haya viejos negros con viejos coches de la casa Ford cargados de explosivo plástico… que no explota.

—Ya. ¿Ha hablado de esto con Brigitte?

—No era necesario: para los dos resultaba obvio todo.

Cavanagh movió la cabeza. Iba a añadir algo más, pero en aquel momento la anciana se volvió, y comenzó a caminar hacia ellos. Al tenerla delante, Cavanagh miró sus ojos, protegidos por los lentes de redondos cristales…

No.

No había lágrima alguna en ellos. Ya se habían terminado.

—Lo del viaje está arreglado —dijo Cavanagh—. Yo me ocupo del resto mientras usted esté en Rio.

Ella asintió, le dio un golpecito en la mano, y comenzó a alejarse, tras mirar a Número Uno, que se puso a su lado y la tomó del brazo.

—Tenemos pasajes New York-Rio. ¿Quieres que vayamos a tu apartamento a pasar la noche, o prefieres dormir en el Kennedy?

—En el Kennedy —musitó la anciana.

—Entonces, no tenemos prisa. Le diré a tu Simón que yo conduciré, y viajaremos en coche hasta allá. Podemos cenar por el camino, y llegar tarde al aeropuerto, para que nadie conocido pueda verte. El avión sale a las ocho y veinte de la mañana.

—Está bien, mi amor. Lo tomaremos.

Capítulo V

Rio de Janeiro.

Llegando al Aeropuerto Santos Dumont es imposible dejar de ver el Pão de Açucar, o el Corcovado… Y la hermosísima bahía azul en la que se dice que cabrían las armadas de todos los países del mundo. Pero a fin de cuentas, quizá todo sea posible en la Ciudad Maravillosa, la *Cidade Maravilhosa das Mil Delícias*, como dicen los más fervientes admiradores de Rio. Sí, quizá todo sea posible, partiendo ya del error que dio lugar al nombre de Rio de Janeiro… En 1502, exactamente el día de fin de año, el navegante portugués André Gonçalves, que navegaba reconociendo las costas de la nueva colonia portuguesa, llegó a un lugar tan maravilloso, de hermosura tal, que hizo asomar lágrimas de emoción a sus ojos. Lo que hoy se sabe que es la bahía más hermosa del mundo, la confundió el buen Gonçalves con la desembocadura de un río, y, puesto que al día siguiente era Año Nuevo, ya el mes de enero, bautizó el lugar como Rio de Janeiro, es decir, Río de Enero.

Mucho más adelante, en marzo de 1565, Estácio de Sá, erigió un pequeño fuerte al pie del Pão de Açucar, y se considera que fue entonces cuando verdaderamente fue fundada Rio de Janeiro. Pero, realmente, ¿qué más da? A los cariocas, seguramente les importa bien poco este detalle, comparado con la alegría de vivir en Rio. Tampoco debe importarles gran cosa la *Macumba*, ni que Rio haya dejado de ser la capital… Ahora es la *Belacap*, y Brasilia tiene que conformarse con ser la *Novacap*. Los cariocas no son muy dados a discutir, prefieren *darse um geito*, y que se meta en problemas quien los busque.

Sin embargo, no les ha quedado más remedio que apechugar con el gigantismo de la ciudad y todos sus inconvenientes, lógicos en una de las ciudades más grandes del mundo, y cuya parte moderna

no tiene nada que envidiar a ninguna otra. Paciencia, amigo, le dirán a uno: no todos pueden vivir en Rio, y este es el precio.

Pero la mayor y más simpática fanfarronada del brasileño es decir que Dios es brasileño. Y si no… ¿por qué había de verter en Brasil más belleza que en ningún otro país del mundo?

Desde el avión, ciertamente, Rio y el mar eran un espectáculo magnífico, blanco y verde, blanco y azul… Espectáculo que desapareció cuando el reactor fue engullido por las pistas del aeropuerto. Cemento, cristal, gente presurosa: fin del mágico encanto.

En el vestíbulo de la llegada de vuelos internacionales, un hombre había estado esperando el vuelo 302 de la Varig procedente de New York. Cuando, poco después de llegado el avión vio a una de las pasajeras que ya cumplidas las formalidades, salía, no tuvo la menor duda.

Se acercó rápidamente a ella, la miró a los ojos, enormes, azules, bellísimos, y musitó:

—¿*Baby*?

—Hola, Simón.

Simón-Rio sonrió ampliamente. ¡Por fin! Sabía que *Baby* había estado muchas veces en Rio de Janeiro, y que incluso en una ocasión, allá por mil novecientos setenta y uno si no le habían informado mal, *Baby* había organizado una sorprendente conferencia de espías en la ciudad[7], pero, por entonces, él no estaba trabajando en Rio, sino en Bahía. Ahora, por fin, como jefe de los agentes de la CIA en Rio de Janeiro, podía conocer a la espía más admirada y querida del mundo…

—Sea bien venida… ¡Muy bien venida! Le iba a traer flores, pero las he reservado para cuando usted termine el trabajo.

—Perfecto. ¿Vamos al coche?

Simón-Rio parpadeó, y solo entonces pareció reparar en que *Baby* estaba sola, y que cargaba no solo con su maletín rojo con florecillas azules estampadas, sino con una maleta. El espía enrojeció, y se apresuró a quitarle la maleta de la mano.

—Perdone —casi tartamudeó—… Bueno… Tenía entendido que llegaba usted acompañada…

—No.

—Pero el mensaje decía…

—Cambiamos de opinión, y he venido sola a Rio. La persona que me acompañaba atenderá otras cuestiones.

—Ah, bien... Bueno, sí, vamos al coche, claro... Hemos alquilado para ustedes... para usted, un apartamento en la Avenida Atlántica, en Copacabana. Espero que le guste...

—Me gustará. ¿Algún rastro de Silveira?

—No.

—¿Su domicilio está vigilado?

—Por supuesto. Pero hace días que nadie aparece por él. Lo cual no es sorprendente, al parecer, pues Nelson Silveira es soltero, y, según nuestras investigaciones, no tenía familia de ninguna clase.

—¿Amigos?

—Pocos. Hablando en el verdadero sentido de la amistad, se entiende. En el sentido amplio de relaciones humanas, todo el mundo era amigo suyo.

—Ya. ¿Qué dice la prensa respecto al asunto?

—La nuestra ha repercutido aquí, por supuesto. Los brasileños dicen que tiene que haber algún error.

—¿Error? ¿Qué clase de error?

—Cualquier error. Lo seguro es que el profesor Silveira no es capaz de asesinar a nadie. Es muy posible que el servicio secreto brasileño haya iniciado ya averiguaciones por su cuenta. Desde luego, puede tener la seguridad de que ya se están instalando en Washington para comenzar a tirar del hilo.

—Bueno. La idea de tener la ayuda suplementaria de los brasileños, no me molesta, ni mucho menos. Por el contrario, la vamos a agradecer... y a facilitar. Cuando se comunique con la Central dígales en mi nombre que faciliten todas las pesquisas de los brasileños... Con el debido cuidado y previas las identificaciones discretas de rigor, pues no me sorprendería que otros servicios quisieran olfatear en nuestra pista.

—Así lo haré —asintió Simón.

—Naturalmente, los brasileños están también vigilando el domicilio de Silveira.

—Claro. Pero tenemos a un amigo que quizá pueda ayudarnos en determinado momento, por lo menos a facilitarnos información de la que no podríamos conseguir sin enfrentarnos con el servicio secreto brasileño.

—De eso, ni hablar, Simón.

—Así lo he supuesto. No se preocupe, estamos en buenas relaciones.

—Bien. Tenemos que encontrar a un cartero.

—¿A quién? —Se pasmó Simón-Rio.

Estaban llegando a su coche. Brigitte esperó a que los dos estuviesen acomodados, y en marcha, antes de contestar:

—A un cartero. ¿Sabe lo que es eso?: un repartidor de cartas. Quiero que encuentren al cartero que repartía la correspondencia en la zona del domicilio de Nelson Silveira. Solamente, encontrarlo. Luego, me avisan.

—No creo que tengamos la menor dificultad en localizar a ese hombre.

—Espléndido.

Quedaron silenciosos los dos. Poco después, descendían por Avenida Beira Mar; estaban en el cruce con Calógeras. A la izquierda, más allá del parque, el refulgente azul de la Bahía de Guanabara… y la inconfundible silueta del Pão de Açucar.

—¿Hay alguna posibilidad de entrar en el domicilio de Nelson Silveira? —preguntó de pronto Brigitte.

—Sin entrar en contacto con los brasileños, no.

—Por ahora, no me interesa.

—Puedo decirle cómo es aquello, y lo que Silveira tiene en su casa. Fui el primero en entrar para registrar, antes de que los brasileños tuviesen noticia de lo que estaba sucediendo.

—¿Encontró algo interesante?

—No. No, al menos, que yo entendiese. Tomé algunas fotografías, que podemos revelar cuando usted guste. Mientras tanto, puedo decirle que Silveira vive en un apartamento frente al mar que él ha habilitado como laboratorio. En realidad, salvo el baño, la cocina y un dormitorio, todo lo demás es un puro laboratorio, con mucha luz, alegre, con vistas a la bahía.

—¿Qué clase de laboratorio?

—Pues no sé… Un sitio de esos donde hay probetas, retortas, recipientes de cristal de toda clase, y frascos llenos de muestras de mineral, setas en conserva, huevos de animales… Cosas así. ¿Quiere que esta noche revele las fotografías y se las envíe mañana al apartamento?

—Sí. ¿Encontró armas?

—¿En el laboratorio de Silveira? Claro que no.

—¿Cualquier otra cosa de aspecto peligroso, o que haga presumir peligro de algún modo?

—A mi juicio, no. Pero vaya usted a saber… ¡Esos tipos que andan con la química le fabrican a usted una bomba en menos de nada con cualquier cosa!

—No creo que consigan fabricar una bomba con un ramo de flores, por ejemplo —sonrió Brigitte.

—Todo llegará. Ah, una cosa: esta misma mañana los agentes brasileños han detenido a una muchacha negra que subió al apartamento de Silveira. En realidad…

—¿Cómo es posible que olvidase usted eso? —Frunció el ceño Brigitte.

—En realidad, no tuvo la menor importancia. La muchacha venía de Três Corações, una localidad hacia el norte. Como cada semana, le traía a Nelson Silveira una maleta llena de caña de azúcar. Los brasileños están comprobando eso, pero según Sebastião, sería absurdo que la negra les hubiese mentido. Puedo llamar luego a nuestro amigo Sebastião para ver cómo terminó el asunto con la negra. ¿Le interesa a usted?

Brigitte Montfort estaba pensativa, así que tardó algunos segundos de más en responder a Simón:

—Sí, me interesa. Una maleta llena de caña de azúcar… ¿Para qué podía quererla Nelson Silveira?

—Es evidente que le gusta la caña de azúcar, ya que la muchacha le traía una maleta llena cada semana. Ya sabe usted que la mayoría de los sabios tienen sus rarezas.

—Sí —murmuró *Baby* Montfort—… Es cierto, todos los sabios tienen sus rarezas.

Continuaron hacia Copacabana cambiando impresiones. Empezaba a anochecer cuando Brigitte quedaba instalada en el apartamento de la Avenida Atlántica, y Simón, tras puntualizar toda una serie de detalles con quien, a fin de cuentas, apenas llegar a Rio había tomado la jefatura total de la CIA en todo Brasil, la dejó sola.

Fue entonces cuando Brigitte Montfort sacó del maletín el paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos.

—Dime —sonó la voz de Número Uno.

—No saldré hasta la mañana, mi amor. Si ocurriese algo te llamaría.

—Está bien.

—Que descanses.

Le llegó el gruñido de Número Uno, pero ella sonrió. Lo del gruñido estaba justificado, pero, a fin de cuentas, había sido idea de él no presentarse juntos, sino por separado, a fin de poder permanecer siempre cerca de ella sin llamar la atención, e intervenir en caso necesario.

Pero en el fondo, Brigitte *Baby* Montfort tenía la impresión de que no iba a ocurrir nada en Rio de Janeiro. Por la sencilla razón de que, de acuerdo a la lógica. Silveira no podía ser tan imprudente de aparecer por allí, y ser detenido por los brasileños… Y por otra parte, realmente, Brigitte no había ido a Rio con la vana pretensión de encontrarse allí a Silveira. No… No, no, no: Nelson Silveira debía de encontrarse completamente a salvo lejos de allí. Pero en Rio había un hombre al que la espía internacional quería ver. Un hombre en el que nadie había pensado: un simple cartero.

Capítulo VI

—Es un negro. Se llama José Ferrão y tiene un apartamento en un pequeño edificio de la Rúa David Campista, en Botafogo. Pero es poco probable que podamos encontrarlo ahí en ningún momento: está viviendo prácticamente a todo estar con una negra joven y muy… pimpante que tiene una *favela*, no muy lejos de allí.

—¿Qué quiere usted decir exactamente con «pimpante»? —preguntó Brigitte.

Eran poco más de las cuatro de la tarde. Simón acababa de llegar al apartamento, donde Brigitte se había pasado la mañana, descansando y pensando… y contemplando a lo lejos el Pão de Açucar.

—Bueno… Con pimpante quiero decir que es una negra alegre, hermosa, graciosa, capaz de hacer muy feliz a un hombre. Incluso a varios.

—Ya entiendo. Entonces ¿tendremos que ir la colina para hablar con José Ferrão?

—La cosa es menos terrible de lo que muchos piensan. Es cierto que en las *favelas*, esas cabañas colgadas en las colinas de Rio, viven gentes poco recomendables, pero también hay buenas personas. De todos modos, si quiere que sea sincero con usted, no vale la pena que se complique la vida. Yo puedo encargarme de conseguirle una entrevista en un sitio más adecuado con José Ferrão. Todo lo que habría que hacer es darle unos cuantos cruceiros. O dólares… ¿Usted habla portugués?

—Sí.

—Entonces es mejor que le demos cruceiros, y que usted hable en portugués con él personalmente. Hay que dar la impresión de que somos de aquí… Por otra parte, no creo que Ferrão sea precisamente un políglota. ¿Organizo la entrevista?

—Sí, hágalo.

—Bien. Le he traído las fotografías del laboratorio del profesor Silveira. Es decir, del apartamento… Mientras usted las mira, llamaré por teléfono a uno de los nuestros para decirle que prepare el contacto con Ferrão.

Brigitte asintió, y se dedicó a mirar las fotografías tomadas en el apartamento de Silveira por Simón-Rio cuando todavía nadie había ido a fisgar allí a raíz de lo ocurrido en Washington. En el aspecto vivienda, el apartamento no podía ser más corriente y normal. En el aspecto laboratorio, Brigitte no entendía lo suficiente para formarse una opinión concreta, pero sí notó algo que le llamó la atención, finalmente: salvo algunos pocos minerales, todos los demás recipientes que había en las estanterías que ocupaban toda una pared contenían muestras del reino vegetal: flores, setas, tubérculos diversos, frutas… Incluso le pareció que varios de los recipientes contenían algas… Y en tres o cuatro de ellos, en efecto, parecía que había huevos de ave.

Alzó la cabeza al darse cuenta de que Simón estaba ante ella.

—¿Sí? —musitó.

—Nos prepararán la entrevista.

—De acuerdo.

—Estuve hablando por teléfono con nuestro colaborador. Sebastião, respecto a la muchacha negra que los brasileños cazaron… La que llevaba la maleta llena de caña de azúcar. Bien, la han soltado: es una pobre muchacha que se ganaba unos cruceiros extra cada semana, simplemente. Nelson Silveira había estado en Três Corações hace unos meses, y allá estuvo viviendo en una choza. La madre de la muchacha estuvo atendiendo a Silveira, que al marcharse, preguntó quién le podría llevar a Rio caña de azúcar cada semana. La negra vieja dijo que su hija Lola lo haría encantada, y eso es todo.

—¿Y qué fue a hacer Nelson Silveira a Três Corações hace unos meses?

—No ha habido manera de saberlo, por el momento.

—Fantástico… De manera que todo un genio, o poco menos, como es Nelson Silveira, se va a una localidad de escasa importancia, y se instala en una choza cualquiera teniendo por todo servicio a una vieja negra, sin otros contactos con nadie. ¿Y eso no

llamó la atención de nadie, Simón?

—Al parecer, no. Quizá Silveira estuvo allá de vacaciones, simplemente.

Brigitte se quedó mirando estupefacta al agente de la CIA.

—¿De vacaciones? Si usted fuese una persona residente en Rio, y quisiera tomarse unas vacaciones…, ¿se iría a un Iugar como Três Corações y se pasaría unos días o semanas viviendo en una choza con una negra… que ni siquiera debe de ser ya pimpante?

—Me parece que no —sonrió Simón.

—¿Tenemos posibilidades de interrogar a esa vieja negra o a su hija Lola directamente?

—Se puede intentar, pero hay dos riesgos. Uno de ellos, que comprometeremos a Sebastião. El otro, que atraeríamos sin duda la atención de nuestros colegas brasileiros. Y por otra parte, si los propios brasileños no le han sacado nada a la negrita Lola es porque no hay nada que sacarle. Ellos saben muy bien cómo tratar a sus compatriotas negros.

—SÍ, claro… Bueno, parece que no podemos hacer gran cosa, así que esperaremos esa entrevista con José Ferrão.

Simón asintió, y, como *Baby*, se dispuso a esperar.

Lo llamaron por teléfono cuando ya era de noche. Atendió la comunicación con su compañero, escuchó, dijo «sí», y colgó.

—No hace falta que nosotros utilicemos el coche —dijo al mirar a Brigitte—… Van a pasar por esta avenida. Solo tenemos que esperar, y entrar en el coche. Nos harán una señal. He supuesto que usted estaría de acuerdo.

Baby asintió. En unos minutos se puso la peluca rubia y las lentillas de contacto de color verde. Luego, bajaron a la avenida, y echaron a andar hacia el Copacabana Palace Hotel. Pero no tuvieron que llegar a este: cuando estaban en el cruce con Rúa Paula Freitas, apareció el coche, y emitió dos breves destellos. Se detuvo, subieron los dos, y el vehículo prosiguió la marcha.

En el asiento de atrás solo había un negro, que quedó entre Simón-Rio y *Baby*. En el asiento delantero, dos hombres blancos, uno al volante, el otro vuelto hacia el asiento de atrás. Las luces de Copacabana se reflejaban en las blancas córneas del negro, y en las grandes pupilas fijas en la mujer rubia.

—¿Usted es la señora que va a pagarme dos mil cruceiros? —

preguntó, sonriendo de pronto.

Baby también sonrió. En la penumbra del interior del coche, veía el brillo de los ojos de José Ferrão, aunque no muy bien. De todos modos, le bastaba captar el tono de su voz para comprender que Ferrão estaba mucho menos tranquilo de lo que aparentaba.

—Así es —movió la cabeza *Baby*—. Pero he cambiado de opinión, José. No le voy a dar dos mil cruceiros… Le voy a dar cinco mil.

—¡Me parece…!

—Espere. Yo le haré algunas preguntas, y luego le pagaré cinco mil cruceiros. Ahora bien, cuando nos separemos, usted me olvidará en el acto, y olvidará también todo lo que hayamos hablado, y olvidará a mis amigos. No quiero amenazarle, José, pero si usted no se olvida de nosotros, nosotros nos enfadaremos. En cambio, si después de hablar conmigo, nos olvida a todos, podrá disfrutar los cinco mil cruceiros con su negra de la *favela* de Botafogo. ¿Sí, José?

Ferrão la miraba fijamente. Desvió un instante la mirada, como en un vistazo circular, velocísimo, y movió su cabeza llena de hermosos rizos.

—Sí señora.

—Magnífico. ¿Conoce usted al profesor Nelson Silveira?

—Ah, sí, el sabio… Vive en…

—Sabemos dónde vive. ¿No sabe nada de él últimamente, no ha leído los periódicos?

—Claro que no.

—Mejor. Entiendo que usted reparte la correspondencia en la zona donde vive el profesor Silveira. Por lo tanto, debe de llevarle a él la correspondencia. ¿Es así?

—Sí.

—¿Qué clase de correspondencia recibe él, y de dónde?

—¿Quiere usted decir cartas, o sobres grandes? Porque sobres grandes recibe muchos, pero cartas, poquísimas. Los sobres grandes contienen revistas y cosas así.

—SÍ, deben de ser diversas publicaciones científicas. No… No me interesa esa parte. Solo las cartas. Por ejemplo: ¿recibe cartas de Estados Unidos?

—De Estados Unidos recibe sobres grandes algunas veces… Y cartas también, sí.

—Entonces, quizás usted recuerde cuándo recibió la última carta procedente de Estados Unidos.

—¿Cómo voy a acordarme de eso? —protestó José Ferrão.

—Fue hace pocos días, así que no debe de ser difícil. ¿Puede recordar qué día fue exactamente?

—No. Pero hace… unas tres semanas. Sí, yo tenía…

—Espere. ¿Tres semanas? ¿El profesor Silveira no recibió ninguna carta la semana pasada? De Estados Unidos, se entiende.

—No, no, de Estados Unidos, no. Hace más tiempo: tres o cuatro semanas.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente seguro, sí.

—Piénselo bien, es muy importante. Y piense también en los nombres de los remitentes. ¿Recuerda alguno?

—¡No podría recordar ningún nombre, porque nunca los miro, señora! Yo sé de dónde vienen las cartas por el sobre, o el matasellos, pero nada más. No me interesa quién escribe a quién. Claro que si veo una carta sé de dónde viene, pero eso es todo.

—Comprendo. ¿Y está seguro de que el profesor Silveira no recibió ninguna carta procedente de Estados Unidos la semana pasada?

—¿Es por eso que me van a pagar?

—Sí.

José movió la cabeza, sacó un paquete de cigarrillos, y encendió uno. Por detrás de él, Brigitte veía el resplandor de las aguas de la bahía, y luces de embarcaciones…

—Qué caray, claro que estoy seguro —dijo de pronto el negro José Ferrão—… Le digo que no recibió ninguna carta la semana pasada.

—Pare, Simón. —El coche se detuvo, y Brigitte sacó unos billetes de su maletín; los tendió a Ferrão—… Cinco mil cruceiros, José. Que le aprovechen.

Ferrão mostró los dientes en una amplia sonrisa, aunque todavía parecía un tanto inquieto… Como si no estuviese seguro de que, efectivamente, iba a poder salir del coche y alejarse, con aquella pequeña fortuna en su bolsillo. Sin embargo, cuando hizo intención de salir del coche, el hombre que estaba a su izquierda salió antes, y le sostuvo la portezuela. Cuando José Ferrão se hubo apeado, el

hombre volvió a entrar en el coche, que reanudó su camino en el acto.

Dentro del coche, *Baby* estaba silenciosa, fruncido el ceño.

—¿Ha conseguido algo de lo que esperaba? —preguntó Simón.

—Seguramente, sí. Voy a apearme ahora… Volveré sola al hotel, Simón. ¿Todavía tenemos personal por los alrededores del domicilio de Silveira?

—Naturalmente.

—Que se retiren. Que se retiren todos, dedíquense a descansar. No quiero absolutamente a nadie de los nuestros cerca del Pão de Açucar. ¿Okay?

—Okay —Simón-Rio sonrió un tanto hoscamente—… ¿Realmente cabe la posibilidad de que alguien pretenda volarlo?

—¿Por qué no? Podrían pretender eso, y también volar el Cristo Redentor, y mil cosas más. En todo caso, la pregunta sería: ¿por qué precisamente el Pan de Azúcar? Llámenme si ocurre algo que pueda significar peligro. Y nada de enfrentamientos con nadie, por ningún motivo.

—No se preocupe.

—Buenas noches.

—Adiós, *Baby*…

El coche se había detenido, a la altura de Souza Lima. La rubia se apeó, y el vehículo siguió su marcha. Muy poco después, otro coche se detenía delante de la agente *Baby*, que se metió dentro sin vacilar, sentándose junto al conductor, y abrazándose a este para ofrecerle los labios. Cerró los ojos cuando una mano de Número Uno se posó en su mejilla y luego se deslizó por el cuello y el seno… Se estremeció, abrió los ojos y se apartó un poco.

—No seas cruel, mi amor —musitó.

—¿Quieres que suba al apartamento?

—Todavía no. Por eso, preferiría que no me besases… de ese modo.

—Muy bien. —Uno encendió dos cigarrillos, sin alterarse, y le ofreció uno; luego, puso el coche de nuevo en marcha, circulando—… ¿Cómo están las cosas?

Brigitte lo explicó rápidamente, mientras Uno seguía conduciendo, ahora hacia Ipanema. Seguiría todo el tiempo junto a la playa, y luego regresaría, para dejar a Brigitte cerca de su

apartamento…

—Claro que, en definitiva. José Ferrão puede estar equivocado, desde luego —terminó Brigitte.

—Pero si no lo está, significaría que Walter Bruckner nos mintió —dijo sin alterarse en ningún momento Número Uno—. Es decir, que escribió una carta con copia, destruyó la carta, y archivó la copia en su correspondencia privada como si realmente esa carta hubiera sido cursada hacia Rio de Janeiro, destinatario Nelson Silveira.

—Sí.

—Bien. ¿Has despejado el campo?

—En lo que respecta a mis Simones, sí. Pero ya sabes que los brasileños seguramente continuarán vigilando el laboratorio, más o menos discretamente. A decir verdad, me gusta mucho la idea de conseguir información procedente de ti sobre ese laboratorio, mi amor, pero quizá no valga la pena arriesgarse. Podríamos conseguir las huellas digitales de Silveira por medio de Sebastião, el colaborador brasileño amigo de Simón-Rio.

—Quiero conseguirlas yo. Además, es posible que tenga ocasión de echar un vistazo a la correspondencia de Nelson Silveira, y si tiene caja fuerte veré si puedo abrirla… Pero sobre todo, me interesa conseguir yo personalmente algunas huellas de Silveira. ¿Me has traído tu equipo de emergencia?

Brigitte asintió, y sacó un pequeño paquete del maletín, que introdujo en el bolsillo derecho de la chaqueta de Número Uno.

—Nunca más te fiarás de nadie, ¿verdad? —musitó.

—Ya sabes que solo de ti —asintió Uno.

Ella también asintió. Tenía buenos motivos para no confiar en nadie, ciertamente. Ni siquiera en una persona que todo lo que tendría que hacer era facilitarle unas copias de unas huellas dactilares. Hasta en eso podían querer mentirle a Número Uno, y endosarle unas huellas digitales que no tuviesen nada que ver con las de Nelson Silveira… Por eso, puesto que Número Uno quería obtener huellas digitales auténticas del profesor Silveira, iba él personalmente a buscarlas. Así de sencillo.

—Ten cuidado —murmuró Brigitte.

—A ninguno de los dos nos gusta este asunto, y si queremos trabajarlo de acuerdo a nuestras normas, hay que correr

determinado riesgo. Tú tuviste la idea de la carta, y yo la de las huellas. Puesto que tú ya tienes lo que querías, yo también quiero mi parte. Ahora bien —Uno la miró un instante—, si has de estar más tranquila, puedes venir conmigo…

—¡Oh, sí!

—… Y quedarte en el coche esperándome.

—Oh, pensé que…

—No. Subiré yo solo. Todo lo más que te permito es que me esperes en el coche por si tenemos que salir a toda prisa de esa zona Y lo hago por complacerte.

—Lo sé… Tú siempre eres más amable conmigo que yo contigo, mi amor. Así que no te voy a pedir más: me conformaré con esperarte en el coche mientras tú vas por esos tejados… ¿Esperarás a medianoche?

—Por supuesto que no —negó Uno—: este es el mejor momento, cuando nadie puede esperar que un solo hombre se atreva a una incursión semejante en un lugar rodeado por el servicio secreto brasileño. He conseguido un plano urbano de Rio, que estudiaremos los dos en cuanto pueda estacionar el coche. De todos modos, puesto que llevas uno de tus camuflajes, no habrá inconveniente en que tú quedes delante mismo de la casa de Silveira mientras yo…

Cincuenta minutos más tarde. Número Uno estaba en la azotea del edificio número sesenta y seis de la Avenida João Luiz Alves.

Llegar hasta allí había sido más cuestión de nervios que de posibilidades físicas. La cuestión del poder físico había sido resuelta por Número Uno con dos saltos escalofriantes desde tejados vecinos, y una escalada por una cañería capaz de poner los pelos de punta a cualquiera. La retirada, si la efectuaba por el mismo camino pero a la inversa, quizá sería más difícil, ya que solo tendría que dar un largo salto, pero escalar dos paredes; abrir la puerta de la azotea de la casa que había utilizado para introducirse en la manzana de casas, no era problema alguno; no lo había sido, mejor dicho.

Sí, la vuelta tampoco debería representar grandes problemas…, si no surgían complicaciones.

Durante tres o cuatro minutos, estuvo acurrucado en un ángulo de la azotea.

Desde enfrente, ciertamente que no podía verlo nadie, ya que para ello tendrían que mirarlo nada menos que desde Flamengo, al

otro lado de la ensenada. Pero, desde encima, le llegaba la luz de otras casas más cercanas al Pão de Açucar, la de este mismo, y la del funicular, que veía desplazarse desde la azotea, como una pequeña cajita resplandeciente.

Acabó de secarse el sudor, y miró la hora en su reloj de pulsera. Por supuesto, no pensaba asomarse por la azotea para mirar si Brigitte estaba allí con el coche. Sabía que estaba, simplemente. Y mientras ella esperaba, él tenía que trabajar.

Lo más fácil, era abrir la puerta que daba a la escalera central del edificio, y descender tranquilamente hasta el apartamento de Silveira. Pero, la posibilidad de que los brasileños hubiesen previsto esto, le hizo dudar. Y en las dudas, optó por lo más laborioso, pero más seguro: la claraboya.

La claraboya era cubierta. Gruesos cristales que protegían el patio de luces del edificio, de la abundancia periódica de lluvias. Desplazar uno le llevó casi seis minutos, pero, realmente, Número Uno no tenía ninguna prisa. Lo único que interesaba era hacer las cosas bien.

Cuando se asomó, y vio el hueco todavía iluminado en algunas ventanas, comprendió que podría bajar perfectamente, y de un modo no poco cómodo. A la derecha, tenía una gruesa y sólida cañería que pasaba junto a una hilera de ventanas. Reflexionó unos segundos, recordando las indicaciones de Brigitte obtenidas de Simón-Rio respecto a la distribución del edificio y los apartamentos, y por fin su mirada quedó fija en una de las ventanas que no tenía luz; en todo aquel piso, el penúltimo, no se veía una sola luz.

Muy bien: solo tenía que llegar a aquella ventana. Si podía abrirla a las buenas, bien. Si no, tendría que colocar pasta en el cristal, hundirlo dentro con un golpe seco, y abrir entonces la ventana. De un modo u otro, conseguiría entrar…

¿Tendría alguna sorpresa dentro del apartamento? Habían convenido él y Brigitte que no se enfrentarían a los brasileños mientras fuese posible evitarlo, y se atendría a lo pactado. Ahora bien, si en cualquier momento su integridad o su libertad estaban en peligro, aun sintiéndolo mucho, tendría que utilizar cualquier medio que le pusiera a salvo…

No hizo falta.

Un minuto después de haber entrado en el apartamento sin

problema alguno (no fue problema romper el cristal tras colocar la pasta), Número Uno sabía que estaba solo allí dentro. Completamente a oscuras, en silencio absoluto, solo… Había entrado en el apartamento-laboratorio por el cuarto de baño. Fuera de este, encendió la linterna-bolígrafo que le había prestado Brigitte, e iluminó el amplio pasillo. A la derecha estaba el dormitorio. Entró, sin vacilar, y dejó la linternita, encendida, sobre una cómoda. En tres minutos, tuvo preparado el equipo de emergencia para toma de huellas. Se fue directo al armario, y roció con el aerosol especial las dos puertas frontales. Luego, recogió la linternita, y las iluminó de lleno.

Perfecto.

No tendría que complicarse gran cosa la vida, ciertamente.

En silencio, con orden y método, el mejor espía masculino de todos los tiempos procedió a fijar la fina lámina de plástico sobre el líquido que impregnaba la madera. Esperó un minuto, y comenzó a despegarla, con todo cuidado.

El silencio era tal que el leve desprenderse de la lámina de plástico ya parecía un gran ruido. Número Uno la dejó colgando, y escuchó con toda atención… Nada. Silencio.

Prosiguió con su tarea, y por fin despegó ambas láminas de plástico con la impresión de las huellas de las puertas. Huellas que tenían que ser de Nelson Silveira, naturalmente. Enrolló las dos láminas, las guardó, recogió todo el equipo… Podía marcharse, pues ya había conseguido su objetivo básico, pero no tenía por qué apresurarse, como haría un novato. Podía, quizás, obtener muchísimo más partido de aquella incursión.

Pasó al laboratorio; es decir, a la parte más grande del laboratorio, conseguida, sin duda, derribando tabiques a fin de unir dos habitaciones al salón. El delgado rayo de luz recorría las estanterías, despacio. Los ojos del espía lo examinaban todo con rapidez, pero sin perder un solo detalle.

«Ella tiene razón… Aquí no hay nada que parezca relacionado con explosivos ni con nada que pueda parecer susceptible de ser utilizado de un modo agresivo…».

Recipientes y más recipientes de cristal. Recipientes con algas, con patatas… ¿O no eran patatas…? Se acercó más: sí, eran patatas. Y con cacao, raíces, bananas, naranjas, flores, setas, algas, huevos,

aguacates, tomates… Era un laboratorio ordenado y limpio. En el centro había una grandiosa mesa, llena de toda clase de recipientes, todos vacíos.

Mientras iba caminando como flotando, o como si sus pies fuesen de algodón, Número Uno iba mirando todo lo que había sobre la enorme mesa, y los anaqueles con recipientes. Era una lástima que no supiesen en qué podía haber estado trabajando últimamente Denis Doncaster. Con seguridad, su muerte estaba relacionada con sus estudios, ya que le parecía absurdo que Nelson Silveira hubiese ido a Estados Unidos a matar a Doncaster… y a dos agentes de la CIA por algo relacionado con la voladura del Pan de Azúcar carioca. Luego, estaba la aparente mentira de Walter Bruckner respecto a la carta que había escrito a Nelson Silveira, y que, según José Ferrão, no existía. Si Silveira, por otra parte, no había recibido la carta de Bruckner…, ¿por qué había emprendido viaje a Estados Unidos?

«Tengo que encontrar el archivo de la correspondencia de Silveira. Si la carta estuviese allí significaría que Brig…».

Fue en aquel momento cuando Uno captó el tintineo de una llave en la cerradura de la puerta del apartamento.

Capítulo VII

La puerta se abrió, y un hombre entró en el apartamento de Nelson Silveira. No encendió la luz de la vivienda, sino una pequeña linterna, cuyo círculo amarillo fue a dar al suelo, ante sus pies. El círculo amarillo se desplazó, y tras él, los pies del hombre, hacia el dormitorio.

Allí, la luz de la linterna se movió velozmente a todos lados, hasta iluminar el armario. Quedó fija en este, y el hombre que manejaba la linterna se acercó, y abrió el armario, metiendo dentro el rayo de luz, que iluminaba ahora ropa diversa. Dentro de la zona de luz apareció una mano del hombre, removiendo aquella ropa. Se oyó un ahogado gruñido. La luz y la mano buscaron en otro sitio, removiéndolo todo, sin gran cuidado. Se oía la respiración del hombre, cada vez más agitada, y sus mal contenidos refunfuños. Estaba comenzando a irritarse.

Y se irritó tanto que, finalmente, comenzó a sacar la ropa del armario y a tirarla al suelo, con gestos rápidos, nerviosos, incluso furiosos. En un momento, el suelo quedó sembrado de ropa. La mano del hombre barría con todo lo que había dentro del armario, y ya se oía su respiración jadeante, hasta que incluso se oyó su voz, en brasileiro:

—¡Ya está bien, maldita sea!

El hombre se alejó del armario, y salió rápidamente del dormitorio. Desde la oscuridad del fondo del laboratorio, el tigre permanecía al acecho, en silencio. Completamente inmóvil. Número Uno estaba tomando una decisión… Nada de atacar al hombre. Lo que iba a hacer era seguirlo. Porque una cosa parecía clara: si aquel hombre había conseguido entrar, era porque la vigilancia de los brasileños había remitido bastante. De donde se desprendía que también podría salir. Y ciertamente, el visitante no debía de pertenecer a la policía o el servicio secreto brasileño, pues en ese

caso habría entrado tranquilamente, habría encendido la luz… Y seguramente, no habría llegado solo.

El intruso segundo estaba llegando a la puerta, y el intruso primero se preparó para salir tras él. Lo haría cinco segundos después. En esos cinco segundos tenía tiempo de llamar a Brigitte por la radio de bolsillo, y decirle que saldría detrás de un hombre al que interesaba seguir. Sería suficiente para que ella hiciese lo más conveniente…

El hombre abrió la puerta, salió. Número Uno metió la mano en el bolsillo para sacar la pequeña radio que le comunicaba con Brigitte por medio de su onda especial.

Y entonces se oyó el grito en el pasillo.

Enseguida, otro grito.

Luego, el inconfundible sonido de pies desplazándose rápidamente. Otro grito, voces en portugués, un tremendo golpe contra algo, un grito de dolor…

—¡Sujetadlo bien! —Oyó nítidamente Número Uno.

—¡Ved si lleva armas, registradlo bien! ¡Vamos a echar un vistazo ahí dentro!

Número Uno se desplazó en la oscuridad sin un solo tropiezo, hacia el dormitorio. Abrió la doble puerta que daba a la terraza, salió a esta, y atrajo hábilmente las dos puertas, de modo que el pestillo quedó cerrado de nuevo.

Se pegó a la pared como si pudiese llegar a formar parte de esta. Su mirada fue hacia abajo, hacia la Avenida João Luiz Alves, por donde pasaban varias personas, tranquilamente. Movió un poco la cabeza, y vio el coche, en el cual le estaba esperando Brigitte…

La luz del dormitorio se encendió. Una exclamación llegó, amortiguada, hasta Número Uno, que volvió la cabeza hacia la doble puerta, tenso el cuello, destacando el nervio como un cable. Ante la puerta había una silueta de hombre, pero desde dentro le atrajo una voz excitada, y el hombre se alejó…, mientras Uno retiraba la mano de su axila izquierda. Las voces se fueron alejando. Número Uno sacó rápidamente la pequeña radio, y llamó.

—¿Sí? —Oyó apenas el susurro de Brigitte.

—Cuando yo estaba dentro sin novedad, ha llegado un hombre, con llave, y ha entrado en el apartamento. Lo han cazado. El hombre estaba buscando algo entre la ropa de Silveira. Ahora los

brasileiros están mirando en el apartamento. Yo estoy en la terraza. Prepárate para seguir a los brasileiros y su prisionero, a ver qué puedes saber. Recurre a ese Sebastião.

—Sí, bien. ¿Y tú?

—Me las arreglaré.

—Mi amor, yo podría…

Número Uno cerró la radio, y la guardó.

Brigitte se quedó unos segundos mirando la radio. Luego, la cerró y la guardó en el escote. Su mirada fue hacia el portal del edificio. Hacía poco había visto entrar a un hombre, desde luego, pero eso no le había parecido importante. El edificio era de apartamentos, y por lo tanto había bastantes vecinos. Además, el hombre que ella había visto había entrado con total tranquilidad…

Parecía que no estuviese ocurriendo nada.

La divina espía se inclinó hacia delante, a riesgo de ser fácilmente vista en el interior del coche, y miró hacia arriba, hacia lo alto de la fachada del edificio, hacia la penúltima terraza. Por supuesto, no vio nada…, pero sí sabía que él la estaba viendo a ella…, y que no debía de estar muy conforme con su actitud.

«¿Qué puede ocurrirle a él? ¡Es Número Uno!».

Tranquilizándose a sí misma, miró de nuevo hacia el portal. Un hombre aparecía en este entonces, y hacía una seña. Muy cerca de allí, un coche se movió, de pronto, rodando hasta detenerse delante del edificio. El hombre cruzó la acera, y fue a decirle algo al conductor. Salió este del coche, y fue hacia el portal.

Pocos segundos después, Brigitte veía aparecer al hombre que antes había entrado, solo y tranquilo, en el edificio. Ahora caminaba como si las piernas no le sostuvieran bien, ayudado por el hombre que había hecho señas al coche, y el conductor de este. Había otro hombre más, que dijo algo y regresó rápidamente al interior del edificio, mientras los tres anteriores caminaban hacia el coche. Se iban a llevar de allí al intruso, naturalmente. Sería interrogado, y de un modo u otro diría todo lo que supiese. Muy bien, Sebastião quizá podría informarles de ello a Simón y a ella. Brigitte dio el encendido del coche de Número Uno, y comenzó a separarlo del bordillo.

Y en ese momento, del portal de la casa vecina aparecieron un hombre y una mujer. Los recordaba, sí… Los había visto antes, pero

no les había concedido importancia: simplemente, una pareja que regresaba a su domicilio.

¿Qué otra cosa podía pensar?

Sin embargo, era otra cosa.

El hombre y la mujer aparecieron de pronto, al mismo tiempo que en la esquina aparecía otro coche.

Fue una acción perfecta, equilibrada, incluso armoniosa. Una acción cuyo desarrollo, por sí mismo, fue suficiente para poner en estado de auténtica alarma a *Baby*: el hombre y la mujer sacaron sus pistolas, y emitieron un seco grito, una breve orden, sin dejar de acercarse a los dos brasileiros que sostenían al prisionero. Los dos brasileiros miraron hacia allá, vieron al hombre y a la mujer, vieron enseguida sus pistolas, y lanzaron una exclamación, soltando al prisionero y comenzando a mover la mano derecha hacia sus armas.

Plop, disparó el hombre.

Un brasileiro lanzó un alarido, y cayó sentado al suelo, llevándose las manos al muslo, donde se había hundido la bala… El otro se quedó inmóvil, como petrificado. El hombre y la mujer llegaron ante ellos. El hombre derribó al brasileiro ileso de un tremendo golpe en la cabeza con la pistola, mientras la mujer, con un pie, derribaba de espaldas al herido, privándole del conocimiento. Acto seguido, la mujer echó a correr, rodeando el coche, y se sentó ante el volante. Para entonces, el hombre había agarrado al prisionero por el cuello, impidiéndole consumar la fuga que torpemente había intentado. Le golpeó en el estómago, dejándolo al parecer incapaz de más reacciones, y lo tiró dentro del coche, en la parte de atrás, entrando él seguidamente. En ese mismo instante, el coche, bajo el control de la mujer, arrancaba.

Simultáneamente, en el portal del edificio aparecía el otro brasileiro, corriendo, pistola en mano y mirando a todos lados. Seguramente había oído el alarido de su compañero al ser herido, y había regresado a toda prisa… Vio alejarse el coche, y alzó la mano armada.

Desde el coche que había aparecido en la esquina, le dispararon. Se vio el fogonazo, y eso fue todo…, mientras el brasileiro, tras lanzar un chillido cuando la bala rebotó en la pared muy cerca de su rostro, saltaba de nuevo hacia el interior del portal, y caía sentado. El coche pasó por delante del portal, y desde una

ventanilla dispararon varias veces más contra el brasileiro, de modo que, con toda lógica, Brigitte se lo imaginó corriendo escaleras arriba para escapar de las balas que estaban rebotando en el portal como palomitas de maíz en la tostadora… El coche pasó rápidamente en pos del otro.

Y la agente *Baby* acabó de sacar su coche al centro de la calzada, y partió en pos del segundo coche, tranquilamente, mientras pulsaba el botón de llamada de su radio.

—¿Qué? —Oyó el susurro de Uno.

—Llámame en cuanto hayas salido de ahí.

—Bien.

Brigitte cerró la radio, y concentró toda su atención en el coche que estaba siguiendo. Es decir, casi toda su atención, pues no podía dejar de pensar que, sencillamente, acababa de dejar a Número Uno en la estacada…

Desde la terraza. Número Uno vio su coche alejándose en pos de los otros, de modo que se sintió satisfecho: Brigitte estaba haciendo no solo lo que él le había pedido, sino lo mejor. En cuanto a él mismo, todo era cuestión de templar los nervios y esperar. Lo más malo que podía ocurrir era que alguno de los brasileños tuviese la idea de mirar en la terraza, con lo que el hombre se ganaría un buen golpe en la cabeza, y asunto terminado.

Pero nada sucedía. Pasó casi un minuto antes de que abajo, en la calle, oyese unos gritos. Echó un rápido vistazo al interior del apartamento de Silveira, pero no vio a nadie. Entonces, se asomó por la terraza.

Abajo, en la calle, vio a cuatro hombres, dos de ellos tendidos en el suelo, y otros dos ayudándoles a ponerse en pie. No. Ayudaban solamente a uno de ellos. El otro estaba estirado. Algunas personas se acercaban a este grupo.

Number One necesitó solo un segundo de reflexión para comprender, y para tomar una decisión. Empujó la doble puerta de la terraza, frunció el ceño al no poder abrirla, y diez segundos más tarde lo había hecho utilizando una de sus ganzúas. Entró, cerró la doble puerta, y contempló, ahora a plena luz, el desbarajuste del dormitorio, todo revuelto. Las luces del apartamento estaban encendidas en su totalidad, excepto las de la cocina y el baño, al

parecer. Se acercó, echó un vistazo al interior del armario, y movió la cabeza.

¿Qué había esperado encontrar allá el visitante? Fuese lo que fuese, solo se podía pensar que los brasileiros del servicio secreto lo habían retirado antes, por supuesto. Salió del dormitorio, cruzó con toda tranquilidad el laboratorio, salió al pequeño vestíbulo, y apareció en el pasillo del piso donde estaba el apartamento de Silveira y tres más. Sin inmutarse, inició el descenso de las escaleras. Bajó los tres pisos en pocos segundos, cruzó el portal, y salió a la calle.

Tal como había esperado, nadie le hizo el menor caso. Es más, ni repararon en su presencia. Había ahora un grupo de gente rodeando a los agentes brasileños, pese a la insistencia de estos en ensanchar el círculo. Número Uno escuchó algunos comentarios, vio que al herido le estaban poniendo un torniquete en la pierna, le pareció que él no era necesario allí para nada, y se alejó, encendiendo un cigarrillo. Diez minutos más tarde, estaba caminando por la Avenida de Portugal, contemplando el mar y los miles de reflejos lumínicos en las quietas aguas.

Colocó la radio de bolsillo ante su boca, con toda naturalidad, y llamó.

—Dime —oyó a Brigitte.

—Todo bien.

—Te llamaré yo a ti más tarde.

—Bien.

Número Uno siguió caminando hasta la Avenida Pasteur, y allá se quedó mirando el mar, fumando, con tranquilidad absoluta.

«No tengo por qué preocuparme… Ella es *Baby*, así que no puede pasarle nada. Nunca han podido con ella».

La radio sonó veinte minutos más tarde, cuando ya hacía más de quince que Número Uno estaba sentado en un banco, fumando otro cigarrillo.

—¿Sí?

—Mi amor, estoy en la Rúa Vista Alegre. ¿Puedes venir?

—Voy a llamar un taxi y salgo para ahí ahora.

Cerró la radio, se puso en pie, y se dirigió en busca de un taxi. Él no tenía ni idea de dónde estaba Rúa Vista alegre, y el plano se había quedado en el coche. Pero, naturalmente, el taxista sí sabría

dónde estaba la Rúa Vista alegre, adonde, por supuesto, había ido la gente que había escapado en aquellos dos coches… ¿Quiénes debían de ser?

La mujer era rubia y hermosa, y no debía de tener todavía los treinta años. El hombre que había formado pareja con ella era alto, fuerte, no guapo, pero sí atractivo, con las cejas gruesas, la nariz grande, las manos poderosas. Ella dijo llamarse María, y él Carlos. Había otro hombre, que había llegado tras ellos, en otro coche; este hombre era más bajo y grueso, pero no gordo, sino fornido. Era el mayor de todos. Incluso mayor que el tercer hombre, que los había estado esperando en aquella casa de Santa Teresa, en Rúa Vista Alegre. El conjunto de estos cuatro personajes era en modo alguno tranquilizador para Enrique, sobre todo después de haber visto con qué decisión y dureza María y Carlos se deshacían de los brasileños. Aun así, María y Carlos le parecían casi simpáticos si los comparaba con los otros dos hombres.

No le habían dado ninguna explicación. Solamente habían hablado algunas palabras en portugués, para tranquilizarlo un poco mientras circulaban por Rio. Ahora, los cuatro estaban frente a él, mirándolo de cuando en cuando, mientras conversaban entre ellos en un idioma que Enrique no había oído jamás. Habían entrado en una casa que tenía dos pisos, y habían subido al segundo. Ahora se hallaban en un gran comedor-salón donde todo, empezando por la casa misma, era viejo, aunque no tenía mal aspecto. A Enrique le habían dicho que se sentara en una de las sillas, y desde allí, veía a los cuatro personajes, y a la izquierda, las ventanas. Por una de ellas veía un tejado de otra casa; por la otra, un muro bajo, y por encima, las estrellas.

Los cuatro terminaron de hablar, y de pronto, la mujer rubia, joven y hermosa se volvió hacia él, sonriendo, amable.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó en perfecto portugués.

—Enrique —musitó este—… Enrique Gomes.

—Bien, Enrique. Nosotros vamos a hacerle unas cuantas preguntas, y nuestro deseo es que las conteste. Diciendo la verdad, por supuesto. Si lo hace, todo irá bien para usted. ¿Está de acuerdo?

—No sé.

El hombre que había estado esperando en la casa farfulló algo y dio un paso amenazador hacia Enrique, pero María lo detuvo con

un gesto, y siguió hablando amablemente con Enrique.

—Usted fue al laboratorio del profesor Silveira a buscar algo, ¿verdad?

—SÍ… Sí.

—¿Lo encontró?

—No.

—Bueno, es natural —sonrió María—. Le diré lo que le ha ocurrido a usted: el servicio secreto brasileño retiró todo lo que pudiese ser importante en un sentido u otro del apartamento o laboratorio del profesor Silveira; naturalmente, todo cuanto puede tener importancia científica ha sido legalmente requisado, y será estudiado por otros científicos del Gobierno. Es lo lógico e inteligente. Pero, además de eso, los agentes brasileños montaron una guardia cerca del apartamento. Puede estar seguro de que a usted le vieron llegar, pero de ninguna manera les convenía detenerlo. Ni siquiera aunque le viesen entrar en el apartamento. Lo mejor era dejarlo entrar a usted, y atraparlo cuando saliese, a ver qué había ido a buscar. Es un trabajo rutinario, pero inteligente. ¿Ocurrió así, puesto que según entiendo usted consiguió entrar en el laboratorio?

—Sí… Supongo que eso ha ocurrido.

—¿Usted no sabía o temía que los agentes brasileños estuviesen vigilando el apartamento?

—No.

—Asombroso. ¿Cómo entró en él?

—Con una llave, claro.

—Con una llave… ¿Y quién le facilitó esa llave?

—¿Quién había de ser?: el profesor Silveira.

—¿El profesor Silveira está en Brasil? ¿En Rio?

—Claro.

—Claro… ¿Dónde, exactamente?

—Está en un yate.

—¿En la bahía?

—Sí, sí.

—Increíble. Oh, antes de que se me olvide: ¿qué fue usted a buscar al laboratorio?

—Unos apuntes que el profesor me dijo que encontraría en su armario.

Los necesita con urgencia. Tenía que recoger una libreta de tapas negras que él tenía escondida entre la ropa.

—¿Qué pone en esa libreta?

Enrique abrió mucho los ojos.

—¡De eso yo no entiendo ni sé nada, señora!

—Está bien. La libreta no estaba, lo cual es lógico. Sigamos hablando del profesor Silveira. ¿Qué yate…?

María no dijo nada más. De pronto, cerró los ojos, y cayó al suelo, como fulminada, hacia delante. Casi encima de Enrique, que no pudo darse cuenta de ello, porque, como María, quedó instantáneamente dormido. De los tres hombres amigos de María solamente el apuesto y simpático Carlos tuvo tiempo de reaccionar; y la reacción se limitó a alzar una ceja y abrir la boca… Luego, medio segundo más tarde que sus dos compañeros y uno más tarde que Enrique y María, en cuyo pecho, adheridos a la ropa, todavía quedaban unos pequeños cristalitos, Carlos también cayó dormido.

El silencio fue total, durante quince segundos. Luego, se oyó un ruidito en una de las ventanas, y un instante después, aparecía en el hueco la silueta de Número Uno. Saltó dentro, sacó la pistola, y miró hacia la puerta del comedor-salón. Se acercó, escuchó atentamente, y luego bajó al nivel de la calle. Recorrió a toda prisa aquella planta, donde no había nadie; cinco habitaciones vacías, un baño y un recibidor, eso era todo. Volvió arriba, y se acercó a la ventana. Desde allí, pudo ver a Brigitte, todavía tendida en el tejado de enfrente, con el tubo-fusil en las manos, y le hizo una seña.

Casi sonrió cuando la vio desplazarse por el tejado, como una gatita. Luego, ella desmontó el tubo-fusil, lo guardó en el maletín, y le tiró este a las manos. Uno lo agarró, lo dejó en el suelo, y tendió ahora con mucho más interés sus fuertes manos hacia el vacío Pero no tenía por qué preocuparse: el salto de *Baby* fue perfecto, y sus manos se aferraron a sus muñecas, mientras las de él se cerraban en las muñecas de ella. Un tirón, y Brigitte entró como volando en la casa.

—¿Había alguien más? —preguntó.

—No.

Brigitte asintió. Recogió su maletín, lo abrió, y sacó un pequeño estuche que contenía una jeringuilla y una aguja inyectable.

Mientras Número Uno se dedicaba a registrar a los cuatro

personajes que habían secuestrado a Enrique, y luego a examinar sus billeteras. Brigitte procedió a inyectar a Enrique el líquido que aceleraría su recuperación sobre los efectos del gas narcótico que, de otro modo, duraría no menos de dos horas.

Una vez inyectado, lo recogió todo, y miró a Número Uno, que encogió los hombros.

—Todo está en orden: aparentemente, son brasileños.

—A mí me huelen a rusos —dijo ella.

—A mí también. Echaré un vistazo más a fondo, por toda la casa.

—No vale la pena que te molestes, mi amor. Nosotros sabemos que son rusos. Y no nos interesan en absoluto, de momento. Por ahora, el único que nos interesa es este hombre…, que no tardará en despertar.

En efecto. Enrique Gomes tardó solo cinco o seis minutos más en despertar. Lo primero que vio fue a la rubia María tendida en el suelo, ante sus pies. Luego, a los tres hombres caídos de cualquier manera, y, casi al mismo tiempo, las piernas de otro hombre, y de otra mujer, que permanecían erguidos. Alzó la mirada, y abrió la boca con gesto de pasmo. Así es la vida: se la pasa uno viendo gente fea y de pronto, en poco tiempo, ve dos rubias sensacionales. Aunque no sabía quién era más impresionante, si la rubia o el tipo de los ojos negros y el cabello color cobre que le miraba fijamente.

—¿Qué tal? —Le sonrió la rubia.

—Bien —musitó Enrique Gomes—… Bien, gracias.

La rubia se echó a reír.

—Espero que sea cierto, porque tenemos un ratito de conversación por delante. ¿Cómo se llama?

El eterno prisionero suspiró con resignación.

—Enrique. Enrique Gomes, señora.

Capítulo VIII

El yate se llamaba *Iguaçú*, y Brigitte Montfort pudo ver bien las letras cuando estuvieron más cerca, con la pequeña embarcación que manejaba Enrique: un simple bote hinchable, con un pequeño motor fuera borda.

El *Iguaçú* estaba anclado cerca de la Ilha das Cobras, y, pese a lo tardío de la hora, todavía se veía luz en tres de sus circulares portillas. Brigitte le hizo una seña a Enrique, y este paró el motor, de modo que cuando el pequeño bote llegó junto al yate, ya no tenía fuerza. Enrique detuvo el flojo choque con una mano, y alzó la cabeza.

—¡Sousa! —llamó.

Apareció la cabeza de un hombre en la borda. Y enseguida se oyó la voz, desconfiada:

—¿Quién viene contigo?

—Pon la escalera —eludió Enrique la respuesta.

El llamado Sousa vaciló un instante. Luego, puso la escalerilla, por la que subieron Brigitte y Enrique, después que este hubo amarrado el bote a la escalerilla. Al llegar a cubierta, Brigitte tuvo que alzar la cabeza para mirar, pasmada, a Sousa, que medía casi dos metros, y parecía medir uno de hombro a hombro. Una densísima barba ocultaba la mitad de sus facciones.

—Tú debes de estar loco —farfulló—… ¿Quién es esta mujer?

—Cierra la boca —gruñó Enrique—: ¡tú no sabes nada de nada! Si ella está aquí es porque ha de estar, ¿no puedes comprenderlo?

La bocaza de Sousa se cerró. Enrique señaló hacia la puerta de entrada al interior del yate, y Brigitte se adelantó, sin preocupación alguna. Abrió, bajó un tramo de cinco o seis peldaños, y se encontró en el pequeño saloncito del yate. Allí había dos hombres más, leyendo. Es decir, habían estado leyendo. Al verla aparecer se

habían puesto rápidamente en pie, y se quedaron mirando desconcertados a Brigitte, que a su vez los contemplaba con no poca curiosidad. Los dos llevaban un mono de color verde claro, cerrado en los tobillos, las muñecas y el cuello… La mirada de uno de los hombres se desvió hacia detrás de Brigitte.

—¿Qué te ha pasado? —masculló—. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Quién es esta mujer?

Enrique le hizo un gesto grosero, y señaló hacia el pasillo. Antes de comenzar a caminar hacia allí, Brigitte volvió la cabeza, y vio a Sousa detrás de Enrique. Sousa llevaba un mono idéntico al de los otros dos hombres. Parecía como si fuesen de uniforme.

—No haga caso a estos micos y siga, señorita —decía Enrique.

Había tres puertas a cada lado del pasillo. Enrique llamó a la primera de la derecha. Luego, abrió, apartándose. Brigitte entró, y su mirada fue enseguida hacia la hilera de aparatos que había dispuestos en la pared de la derecha. Todo un tablero de mandos eléctricos. Frente al tablero, un hombre, que se estaba volviendo lentamente, como distraído, como si le costase un gran esfuerzo apartar la mirada de los mandos que tenía ante él.

Un hombre de unos sesenta años, menudo, que vestía un traje blanco, pero arrugado, casi sucio. Todo en él parecía muy descuidado. Tenía una abundantísima cabellera color paja, que parecía una escoba vieja puesta al revés, desparramándose a todos lados. Era rubio, pecoso, de facciones delgadas, y llevaba unos lentes de miope, de gruesos cristales…, por encima de los cuales miró un instante a Brigitte. Enseguida, tras parpadear, la miró de frente, a través de los cristales. Parecía atónito.

De pronto, su mirada se desvió hacia Enrique.

—Ah, Enrique —dijo amablemente—… ¿Lo has traído?

—No señor —dijo Enrique, un poco molesto—… Los del servicio secreto se lo llevaron todo, así que no estaba allí. Además, me hicieron prisionero. Pero es un poco largo de contar, profesor. Yo creo que ahora es mejor que escuche usted a la señorita.

Nelson Silveira desvió de nuevo la mirada hacia Brigitte, que, si bien había estado escuchando a Enrique, había estado mirando la pared de enfrente a la que sostenía los paneles de mandos eléctricos. Allá, en aquella pared, había una fotografía ampliada del Pão de Açucar, evidentemente tomada desde un helicóptero

volando a una altura inferior a la cumbre. La fotografía estaba dividida en dieciséis secciones por gruesos trazados rojos. En los cuadros de la base había unas grandes X también trazadas con color rojo…

—Pues la escucho —oyó Brigitte.

Miró a Nelson Silveira, que la contemplaba con evidente interés.

—¿Realmente pretende usted volar el Pão de Açucar? —Sonrió Brigitte, fríamente.

—¿Quién es usted y qué quiere? —Frunció el ceño Nelson Silveira.

—Soy una agente de la CIA, profesor Silveira. Lo que quiero es bien evidente: matarlo.

—Debe de ser una broma —miró Silveira a Enrique.

—Parece que usted no ha entendido la situación. Enrique no me ha traído aquí como una amiga, sino que él está prisionero. Y usted también. Espero que esté comprendiendo rápidamente cuál es su verdadera situación: el yate está rodeado por agentes de la CIA.

Nelson Silveira no pareció inmutarse en absoluto. Miró a Enrique, que asintió con un gesto.

—Así es, profesor. Ella me hizo decirle a qué había ido al laboratorio, y dijo que los otros eran rusos… Nos fuimos de allí, de una casa en Santa Teresa, y ella llamó por una radio. Estuvo hablando con un hombre, y le dijo que se encontrarían en el muelle, y que debían ir todos los hombres disponibles con un par de lanchas como mínimo. Yo le dije dónde había dejado el bote, y cuando llegamos allá, había ocho o diez hombres, y uno dijo que disponían de tres lanchas… Ahora deben de estar rodeando el yate.

—No entiendo nada —susurró Silveira.

—Están rodeando el yate, profesor —insistió Enrique—, se lo juro.

Silveira miró de nuevo a Brigitte.

—¿Quieren ustedes matarme? —preguntó.

—Sin prisa —se mostró de nuevo gélida *Baby*—. Antes me gustaría saber qué tontería está tramando usted con respecto al Pão de Açucar.

—¿Denis Doncaster nunca habló de esto con nadie? —exclamó Silveira—. ¿Realmente fue así? ¡Cuánto me alegro!

—Denis Doncaster nunca habló con nadie de eso, en efecto…,

salvo a la hora de su muerte.

—Sí, eso ya lo sé.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo dijo?

—Oh, pues… ¿No apareció en los periódicos?

—No. Eso, no.

—Debí de oírlo en alguna parte —sonrió Silveira.

—Quizá Walter Brukner le habló de ello.

—¿Bruckner? Ah, sí, el amigo de Doncaster, el que me escribió la carta citándome en Washington. Un hombre muy amable.

—Al que usted quiso matar cuando salió de la CIA para ir a su domicilio.

El asombro de Silveira fue casi cómico.

—¿Yo? —exclamó.

—Sí. Aquel viejo negro de blanca cabellera y que estaba en la carretera esperando ayuda para cambiar la rueda de su coche, era usted. Llevaba un chaleco a prueba de balas, y, como se comprende por lo que acabo de decir, estaba muy bien disfrazado. Pero era usted.

—¿Cómo puede saber eso? —Sonrió Silveira.

—Hace años que aprendí a ir juntando las piezas de los rompecabezas, profesor Silveira. Al principio, tengo que admitirlo, no sospeché nada, pero luego fui recordando las fotografías que había visto de usted en la Central de la CIA. El tamaño del negro era el de usted, su cuerpo flaco; su modo desgarbado de moverse no era, sin embargo, el clásico de los negros. Y luego, aquel intento de asesinar a Walter Bruckner…

—¿Usted es la mujer que iba en el coche?

—Así es. Supongo que entonces no me vio bien porque no llevaba los lentes.

Nelson Silveira se quitó los lentes, entornó los párpados, y estuvo unos segundos contemplando en silencio a la espía más peligrosa del mundo. Se quedó con los lentes en la mano, y Brigitte comprendió que no pensaba decir nada más, por el momento.

—¿No me pregunta por qué sé que quería matar a Walter Bruckner?

—Se lo pregunto: ¿por qué lo sabe?

—Porque pienso.

—Felicidades.

—Aunque usted se lo tome a broma, yo pienso, profesor… Así que me pregunto por qué quiere matar a Bruckner. Actualmente, eso le sería difícil, ya que está… custodiado por la CIA. Pero yo sigo preguntándome por qué quiso usted matarlo.

—Porque sabe demasiadas cosas de mis proyectos sobre el Pão de Açucar. Está claro que Denis Doncaster, gran amigo de Walter Bruckner, le habló de esos proyectos. Algo tenía que decirle, para convencerle de que nos permitiese reunirnos en su casa, y me citase por carta allí.

—¿Por carta? —Ladeó la cabeza Brigitte.

—Claro. Walter Bruckner me escribió una carta citándome en su casa y diciéndome…

—Nada. Diciéndole nada, ya que esa carta jamás llegó a Rio de Janeiro. Ciertamente, yo vi la copia en el archivo privado de Walter Bruckner, pero el original no fue cursado. Usted jamás recibió esa carta. Y sin embargo, estaba usted en Estados Unidos, en Washington, y luego en la quinta de Bruckner, el día y la hora precisos… ¿Cómo es eso posible?

—Usted que tanto piensa, dígalo.

—Muy bien. Usted y Bruckner tenían otros medios de contacto. No sé por qué dijo él esa tontería de que le había escrito, aunque, claro, se supone que para justificar su presencia en Estados Unidos y en su casa. Pero ustedes disponían o disponen de otros medios de contacto. Ese mismo medio de contacto le permitió a Walter Bruckner avisarle a usted de que estábamos enterados, por las últimas palabras del agonizante Denis Doncaster, de que usted se disponía a destruir el Pão de Açucar.

—Usted parece saberlo todo.

—Sé bastante más. Por ejemplo, sé que lo de matar a Walter Bruckner, cosa que todos teníamos que comprender, fue solamente un simulacro, para alejar las sospechas de él. Había que dar la impresión de que todo formaba parte del mismo plan que había ocasionado la muerte de dos agentes de la CIA y de Denis Doncaster, y que también querían matar a Walter Bruckner, por temor a que supiese algo. De este modo, habiendo intentado matarlo, nosotros no sospecharíamos de él… ¿No es así?

—Si la carga hubiese explotado…

—Usted sabía perfectamente que la carga no podía explotar, ya

que la había dejado desconectada. Pero, con todo aquel juego conseguía que pensásemos que el pobre señor Bruckner estaba en peligro; nunca que podía ser cómplice de usted.

—Me deja usted sin habla, señorita. ¡Nunca antes había conocido a una mujer tan inteligente!

—No debo de serlo mucho cuando hay algo que no entiendo… No entiendo qué relación puede haber entre usted y Walter Bruckner, entre usted y Denis Doncaster, y entre todos ustedes y el Pão de Açucar. Quizá si entendiera todo esto sabría por qué quiere usted volarlo.

—Quizá lo entendería —sonrió Silveira—… Quizás.

—¿O no se trata de volar el Pão de Açucar?

—¿Qué dice? —Respingó Silveira—. ¡Claro que quiero volar el Pão de Açucar! ¿Qué otra cosa, si no?

—No lo sé. Tampoco consigo relacionarlo a usted con la dinamita, o cualquier explosivo. Por lo que he leído, por las fotografías que he visto, y por lo que me ha contado un amigo que estuvo esta misma noche en su laboratorio, usted puede estar relacionado con algún mineral, pero esto es bastante remoto… Lo seguro es que está relacionado con el reino vegetal sobre todo: patatas, piñas, cacao, algas marinas, bananas… Incluso sé que le gusta mucho la caña de azúcar, y que cada semana, una muchacha negra llamada Lola le traía, desde Três Coracões, una maleta llena de caña recién cortada. Incluso, le relaciono a usted con huevos de ave… De todo eso, tiene usted muestras en frascos en su laboratorio, con líquidos conservadores. Menos de caña de azúcar… No, de caña de azúcar no tiene usted ninguna muestra. Debe de gustarle tanto que se la come toda…

—¡Voy a volar el Pão de Açucar! —gritó de pronto Silveira—. ¡Lo haré saltar por los aires convertido en cien mil millones de guijarros! ¡Lo…!

—¿Por qué quiere volarlo? ¿Y cómo va a hacerlo?

—¿Quiere saber cómo? Muy bien —rio Nelson Silveira—, se lo voy a decir. Es muy sencillo: este yate no es más que una gigantesca bomba. Observe estos mandos: cada uno de ellos está conectado a una carga de determinada potencia, que puede ir estallando a medida que los mandos vayan siendo accionados. Si los acciono todos a la vez, estallaría toda la carga acumulada en el yate… Solo

tengo que apretar un botón, y cinco minutos después el *Iguaçú* estallará como una gigantesca bomba que lanzaría por el aire todo el Pão de Açucar.

—¿Quiere decir que pondría el yate rumbo a la base del Pão de Azúcar, y que estallaría cuando estuviese allí?

—¡Exactamente!

—¿Y cuándo piensa hacer eso? Es decir: ¿cuándo pensaba hacerlo?

—Pronto… ¡Muy pronto!

—Ya. Y… ¿por qué, profesor? ¿Por qué ese empeño en volar el Pão de Açucar?

—No tengo por qué explicárselo: solo hacerlo.

—Vamos, no sea absurdo. Ya le hemos dicho Enrique y yo que está rodeado, no podrá usted hacer nada en ese sentido. Solo tengo que dar una orden, y una docena de agentes de la CIA abordarán este yate…

—Eso es mentira, claro está —sonrió desdeñosamente Nelson Silveira—… ¡Demuéstremelo!

Brigitte frunció el ceño, siempre sin dejar de mirar fijamente a aquel hombrecillo. No hizo comentario alguno. Simplemente, sacó la radio que había tenido en el escote, abierta, y murmuró:

—Simón: ¿quiere decirle algo a este chiflado?

—Con gusto —se oyó la voz de Simón-Rio—… Profesor Silveira, nos gustaría que no complicase usted más las cosas. Entréguese, y le garantizo que su suerte será… debidamente negociada con las autoridades brasileñas, por deseo de *Baby*.

Silveira miraba la pequeña radio. Luego, miró a Brigitte. Y de pronto, volvió a sonreír.

—¿Sus amigos están cerca del yate? —preguntó.

—Desde luego.

—Es mala suerte para ellos… ¿Usted no se ha dado cuenta de dónde tengo mi mano derecha, señorita…? ¿La han llamado *Baby*?

Brigitte había palidecido intensamente. Para contestar a Silveira, tuvo que hacerlo con un gesto, pues sentía la garganta seca. La mano de Silveira, en efecto, estaba sobre una de las varias palancas del panel de mandos. Mientras hablaban, Silveira la había puesto allí como casualmente, y la había dejado, sin que ella concediese importancia al gesto. Pero ahora sí tenía que darle importancia,

porque no podía dejar de comprender lo que significaba.

—¿No contesta? —Amplió su sonrisa Silveira.

—Retire esa mano de ahí —jadeó Brigitte. Silveira lanzó una carcajada.

—¡Es usted fantástica! —exclamó—. ¿Cómo quiere que retire la mano de esta palanca…, si es la llave de mi libertad? Fíjese bien en lo que voy a decirle: si usted no se entrega ahora mismo, y les dice a sus amigos que me dejen paso libre, voy a bajar esta palanca. Desde luego, la explosión va a ser recordada para siempre en Rio de Janeiro, se lo garantizo.

—Usted también moriría…

—¿Y qué? ¿Acaso no moriría también si me dejase atrapar? Maté a un ciudadano norteamericano y a dos agentes de la CIA. No tendrían piedad de mí, lo sé. Además, no conseguiría mis propósitos de volar el Pão de Açucar… No, no, no. Dígales que me dejen paso libre, o bajo la palanca.

—Está bien… Tranquilícese, profesor. Hablaré con mis compañeros. Es más, ellos ya nos han oído, y saben que deben obedecerle a usted. ¿No es así. Simón?

—Sí —sonó tensa la voz de Simón, en la pequeña radio—… Puede usted salir de la bahía cuando quiera, profesor Silveira. Y le aseguramos que no…

—¿De la bahía? —Volvió a reír Silveira—. ¿Quién habla de salir de la bahía?

—Pero si usted pide paso libre… —murmuró Brigitte.

—¡Paso libre hacia el Pão de Açucar! ¡Como usted comprenderá, después de esto no puedo esperar más para volarlo, así que voy a hacerlo ahora mismo!

—¡NO! —gritó Enrique, demudado—. ¡NOOOOO…! ¡Eso no, profesor, eso no…!

Hasta entonces había estado petrificado de asombro, escuchando a aquellas dos personas que, aun expresándose en perfecto brasileño, era para él como si hablasen un idioma que no podía entender. Pero todo tenía un límite, todo. ¿Volar el Pão de Açucar? ¡NO! Nelson Silveira comprendió en el acto que aquello era demasiado para el carioca Enrique Gomes.

—Está bien, no lo haremos, Enrique, si todo sale como yo ordeno —apaciguó—… Llévate a esta mujer arriba, que no me

moleste mientras sigo trabajando aquí, y dile a Sousa que vamos a salir de Guanabara ahora mismo. No dejes marchar a la espía hasta que yo te avise, y asegúrate de que todos sus amigos permanecen lejos. ¿Está mejor así, Enrique?

—Sí… Sí señor.

—Bien. Supongo que esta mujer lleva armas. Quítaselas.

Enrique asintió. Asió de un brazo a Brigitte, que parecía petrificada, con la mirada fija en la palanca, y le hizo dar la vuelta hacia él. Introdujo la mano en el escote, y sacó la pistolita de cachas de madreperla, con la que le apuntó al pecho, mientras le arrebataba la radio que aún sostenía Brigitte entre sus dedos…

—¡¿Qué han de hacer, cabrones?! —gritó Enrique—. ¡Dejen paso libre inmediatamente a Sousa, o ya verán…!

—Háganlo —dijo con voz firme Brigitte.

—De acuerdo.

—Llévatela, Enrique —rechazó Silveira con un gesto la presencia de Brigitte.

El carioca asió de nuevo a Brigitte por un brazo, y tiró de ella, sacándola del camarote, cuya puerta cerró. Luego, señaló hacia el saloncito, tras una mirada tensa a los otros dos sujetos, que habían acudido ante el camarote de los paneles eléctricos al oír los gritos de Enrique. Los dos estaban también lívidos, preocupados, y Brigitte quiso aprovechar la ocasión.

—Está loco —musitó—… Ese hombre está loco, y si ustedes no me ayudan, acabará por volar el Pão de Açucar, se lo garantizo. Déjenme que… ¡Aaagggh…!

Enrique le golpeó con tal fuerza en los riñones que la derribó de rodillas, sin aliento. Un puntapié en la espalda la derribó violentamente de bruces, golpeándose con la frente contra el suelo. Y fue justo en ese momento cuando sucedió el curioso fenómeno en la mente de la espía: aparecieron, cruzándose, el rostro de Nelson Silveira que acababa de ver y el rostro de Nelson Silveira que había visto en las fotografías facilitadas por Cavanagh en la Central de la CIA.

Fue un instante, como un fogonazo. Quizá por una milésima de segundo, aquellos dos rostros del mismo hombre relucieron en la mente fotográfica de Brigitte. Y no eran idénticos… No, no lo eran…

—Ayudadme a subirla a cubierta —oyó.

La agarraron por los brazos, y la pusieron en pie, arrastrándola prácticamente hacia la media docena de peldaños que subían hacia la cubierta del yate. Era en verdad curioso el proceso que se producía en la mente de *Baby*. Quería hablar, pero no podía, porque el dolor era tal que aún estaba sin resuello. Tan solo respirar, ya representaba un dolor horrible. Pero podía pensar, recordar… Y estaba recordando las dos imágenes. Y ahora sabía por qué las recordaba.

Las recordaba porque al caer de bruces hacía unos segundos, su frente se había golpeado contra el suelo, y eso trajo a su mente la idea de una cicatriz si se partía la carne sobre la ceja… La idea de la cicatriz, sobre una ceja, hizo brillar en su mente las fotografías de Silveira vistas en la Central. En todas ellas se apreciaba la cicatriz sobre la ceja derecha. Una pequeña cicatriz, en forma de ángulo… Insignificante cicatriz… que el Nelson Silveira con el que acababa de hablar no tenía. Incluso la mejor espía del mundo puede desconcertarse un poco al ver un rostro en fotografía o al natural; siempre hay pequeñas diferencias, desde luego; diferencias que a veces son solo ilusión óptica. Pero, no podía haber diferencia alguna en una cicatriz. O estaba, o no estaba en un rostro. Y si estaba en las fotografías vistas en la Central… ¿por qué no estaba en la ceja derecha de Nelson Silveira?

El aire fresco del exterior la reanimó. Apoyó bien los pies en cubierta, y abrió la boca para aspirar con avidez, mientras oía a Enrique llamar:

—¡Sous…!

Se oyó un golpe, un crujido, un alarido de dolor…, y Enrique salió despedido hacia popa, volando, dejando caer la pistola y la radio de Brigitte. Igual que un muñeco, terminó el vuelo, se golpeó contra la popa, y quedó tirado como un guiñapo.

Los dos hombres que casi habían arrastrado a Brigitte, la soltaron inmediatamente, y se dispusieron a afrontar lo que fuese…

No resultó posible en modo alguno.

El que estaba a la derecha de Brigitte se volvió velozmente llevando la mano derecha al bolsillo de atrás del pantalón, por supuesto, dispuesto a sacar la pistola… Aún estaban sus pies moviéndose cuando se movió el izquierdo de Brigitte, como

barriendo la cubierta. Su pie entró en contacto con el derecho del sujeto, llevó este pie hacia el izquierdo, y alzó los dos, elevándolos juntos, en un impecable *okuri ashi barai* de judo. En el mismo instante en que el hombre caía completamente plano en cubierta, en un buen batacazo, el otro recibía en pleno estómago el puñetazo propinado por Número Uno, que lo alzó, tirándolo hacia la borda como un pelele; allí, el hombre rebotó, y cayó de bruces sobre la cubierta. Apoyó las manos en esta, y se quedó así, con la boca abierta, desencajada, y el rostro completamente blanco.

Número Uno se acercó a él, lo asió por la ropa del cuello y el fondillo de los pantalones, lo alzó por encima de su cabeza, y lo tiró al agua…, mientras el que había sido barrido por Brigitte, tendido en el suelo, se revolvía y sacaba su pistola. De un puntapié, Brigitte se la arrancó de la mano. El hombre lanzó un rugido de dolor y rabia, se puso en pie de un salto, y se abalanzó contra la espía …

No supo, realmente, lo que le pasó.

Solo supo que, de pronto, se encontró como caído de vientre sobre los hombros de aquella mujer, y que, enseguida, salió volando impulsado con tal fuerza que pasó por encima de la borda, manoteando y gritando…, y viendo el agua bajo él. Y mientras él se hundía en el agua. Número Uno iba a donde había quedado Enrique, lo asía por las ropas, y lo tiraba también al agua.

Luego, todavía reluciente su desnudo cuerpo, se acercó a Brigitte, se plantó ante ella, y suspiró profundamente:

—¿Estás bien? —musitó.

—Sí, mi amor. ¿Y Sousa?

—¿El gigante? Está también en el agua. ¿Cuántos más quedan abajo?

—Solo Silveira…, que no es Silveira.

Número Uno, que había dado un paso hacia la entrada al interior del yate, se detuvo en seco.

—¿Cómo que no es Silveira? —Gruñó.

—No.

—¿Pues quién es? Debe de ser…

En aquel momento, comenzaron a trepidar los motores del yate. El sobresalto fue tal para los dos espías que fueron a caer juntos fuera de la línea de tiro de la cabina de mandos en menos de un segundo. Brigitte señaló hacia allí, tensa.

—Debe de haber otro en la cab…

—No. Estamos solos en cubierta. Llegué a nado, subí, y me desembaracé de ese Sousa; tuve tiempo de ver que no había nadie más aquí arriba.

—Pero… el yate no puede haberse puesto en marcha solo, sin alguien que… ¡Uno! ¡Los mandos de abajo! ¡Silveira tiene abajo un gran panel de mandos…! ¡Debe de poder gobernar desde ahí el yate, lo ha puesto en marcha!

—Y lo dirigirá hacia el Pão de Açucar —terminó serenamente Número Uno.

—¡Dios mío! ¡Hay en este yate carga suficiente para…!

—Estuve escuchando el programa de radio —cortó Uno—, así que sé muy bien cuáles son los proyectos de ese chiflado, y que ha convertido el yate en un polvorín. Supongo que tendremos que disuadirlo. Vamos a por él.

Brigitte recogió su pistola rápidamente, y se ocultó de nuevo. Pero, realmente, arriba, en la cabina de mandos, no había nadie, de lo cual se cercioró Número Uno subiendo y bajando de un par de saltos. Señaló la entrada, y descendieron los dos. Brigitte corrió hacia el camarote en cuyo interior estaba Silveira, empuñó la pistolita con la mano derecha, y señaló el pomo a Uno, que lo asió, y, al mismo tiempo que se lanzaba contra la puerta, intentó hacer girar el pomo.

No solo no consiguió hacer girar el pomo, sino que rebotó contra la puerta, de tal modo que quedó abrazado a Brigitte…

Dentro del camarote, sonó la risa de Nelson Silveira y acto seguido se oyó su voz, amortiguada:

—¡Es inútil, no podrán derribar a tiempo esta puerta…! Para cuando lo consigan, habrán transcurrido ya más de cinco minutos.

Número Uno apartó a Brigitte, midió la distancia, y lanzó de nuevo su poderoso cuerpo desnudo contra la puerta; esta retembló, pero eso fue todo. Como fuese, estaba reforzada… Incluso la cerradura estaba reforzada. Es decir, la cerradura se retorció cuando Brigitte disparó contra ella con su pistolita, pero permaneció en el sitio. Y además, cabía pensar que por la parte de dentro había algún cierre de seguridad…

—El barco se está moviendo —murmuró Número Uno. Corrieron arriba a toda prisa.

En efecto. El *Iguaçú* se estaba moviendo. Se alejaba de Ilha das Cobras, hacia el sur, hacia la salida de la Bahía de Guanabara. Y en aquella dirección, frente a ellos, Brigitte y Número Uno, a bordo de una gigantesca bomba que estallaría antes de cuatro minutos, estaban viendo nítidamente la inconfundible silueta del Pão de Açucar…, hacia el cual se dirigía el yate directamente.

Capítulo IX

—Santo Dios —gimió Brigitte—… ¡Tenemos que hacer algo, Uno!

—Se me ocurre que una buena cosa sería saltar al agua y procurar alejarnos lo máximo posible de este yate.

—¡No podemos dejar que choque a los pies del Pão…!

—Quizá podamos evitarlo. Lo intentaré.

Apenas había iniciado Número Uno el movimiento hacia la cabina de mandos cuando Brigitte, simultáneamente, tenía la misma idea: intentar controlar el yate desde la cabina de mandos, anulando así el control que ejercía Silveira desde abajo. Y no necesitaban ni siquiera comentarlo entre ellos, los dos pensaban igual.

Subieron rápidamente a la cabina, y Número Uno se quedó mirando la rueda del volante, que se movía suavemente a derecha e izquierda.

—Está controlando a distancia, desde luego —musitó.

—¡Déjame que yo pruebe…!

—No. Yo tengo más fuerza muscular que tú —la retuvo Uno—. Pero además, vamos a hacer un trato: lo estaré intentando durante tres minutos y medio, pero a los dos y medio, tú ya habrás saltado del yate, para alejarte.

—No voy a dejarte solo en…

—Elige entre ese trato o que te golpee y te tire al agua ahora.

En la oscuridad de la cabina, los dos estuvieron mirándose fijamente unos segundos. Por fin, Brigitte se alzó para besar los prietos labios de Número Uno. Este asintió, agarró el volante con ambas manos, e intentó detener su leve movimiento a derecha e izquierda. Igual que ese leve movimiento del automovilista que va manteniendo la dirección del vehículo instintivamente… Pero el volante movía sus manos, seguía obedeciendo a las órdenes que le llegaban de los mandos que dirigía Nelson Silveira.

Número Uno tensó los brazos…, y el volante continuó con sus leves movimientos. El espía parpadeó, frunció el ceño… Sus manos parecieron hundirse en el volante, como si el aro de este fuese de barro. Y de pronto, el espía hizo un gesto brusco hacia la derecha.

Se oyó un crujido, y en alguna parte, por debajo del tablero de mandos, hubo un intenso chispazo. Inmediatamente, el volante quedó completamente suelto; con un solo dedo, Número Uno podía hacerlo girar hacia donde quisiera. Pero ya, ni él ni Nelson Silveira podían hacer nada: el yate iría solo hacia donde el impulso de la marcha le llevase.

—Se está desviando hacia la izquierda —dijo Brigitte.

Era cierto.

El *Iguaçú*, roto el control del timón, había quedado con este bloqueado hacia el lado contrario del brusco gesto de Número Uno, es decir, hacia la izquierda. O sea, hacia el centro de la Bahía de Guanabara. Los dos espías miraron hacia allí, y no vieron embarcación alguna.

—Deben de quedar tres minutos —murmuró Uno.

—Lo has conseguido… ¡Lo has conseguido!

—Ha sido suerte. Saltemos.

Brigitte recogió su radio y su maletín, saltaron al agua, y se dirigieron hacia la costa, donde tantas luces veían… El estampido de un reactor los ensordeció un instante. Frente a ellos tenían las pistas del Aeropuerto Santos Dumont…, y por detrás, el yate, que se iba alejando hacia el centro de la bahía…, mientras una lancha se iba acercando a los dos espías. Llegó en menos de medio minuto junto a ellos, y Simón-Rio y otro agente de la CIA ayudaron a Brigitte y a Uno a subir a bordo.

—Pronto —jadeó Brigitte—… ¡Pronto, alejémonos, Simón!

—¿Qué ha sido de los tipos que tiramos al agua? —preguntó Uno.

—Oh, a esos no les hicimos caso, señor. Estábamos pendientes solo de ustedes, mirando con los prismáticos. Los hemos visto saltar, y al ver a *Baby* hemos comprendido que el hombre tenía que ser usted, señor.

—¿Por qué me llama «señor»? —Gruñó Uno.

Simón-Rio se enderezó. Miró a Brigitte, volvió a mirar a Número Uno, y musitó:

—No lo sé, señor.

El otro Simón estaba a los mandos, y la lancha parecía volar hacia la costa, siempre alejándose del *Iguaçú*, que seguía su ruta hacia el centro de la bahía…

… Hasta que su ruta terminó.

Por supuesto, la explosión debió de oírse en muchos kilómetros a la redonda, y los trozos del yate también debieron de llegar muy, muy lejos, mientras el rojo resplandor parecía teñir Rio de Janeiro durante unos segundos. Muy pocos, porque el fulgor intenso de la explosión fue breve, y porque enseguida apareció la densa humareda, mientras los escasos restos del *Iguaçú* se hundían, envueltos en humo y llamas. Una enorme tromba de agua había ascendido, y luego pareció que se produjese una súbita y breve lluvia en toda la Bahía de Guanabara. Luego, por último, llegó la enorme ola, expandiéndose en círculos concéntricos del punto de la explosión…

—Caramba —jadeó Simón-Rio—… ¡No creo que haya quedado de ese loco ni siquiera un hueso de muestra!

Brigitte le dirigió una breve mirada de reojo, y dijo:

—Llévenos a un lugar donde podamos pasar la noche, Simón. En cuanto a usted, tendrá que ir a conversar largo y tendido con nuestros colegas brasileños. Espero que sean razonables.

—¿Fueron razonables?

Simón-Rio miró de uno a otro espía. Los había llevado, simplemente, al apartamento de Avenida Atlántica; sin ningún problema, puesto que las ropas de Número Uno las había tenido en su lancha, y con la radio de bolsillo llamó para que compañeros que esperaban en tierra pasasen a recogerlos con un coche a la Estação das Barcas, en Cais Pharoux…

—Yo diría que sí. ¿Cómo está su peluca? —Sonrió.

Brigitte, que llevaba el cabello suelto, sonrió. Habían tenido que colgar la peluca rubia al llegar al apartamento, pero, como era de óptima calidad, sabía que no quedaría estropeada. En cuanto a las lentillas de contacto verdes, se había desprendido de ellas antes de saltar al agua.

—Se está secando —sonrió también—. No hay problema. ¿Han sabido algo de Enrique Gomes, de Sousa, y de los otros dos?

—Claro que no. Seguramente, se salvaron, nadando, pero al ver que su jefe quedaba convertido en picadillo, se han apresurado a desaparecer. En estos momentos deben de estar todavía corriendo alejándose de Rio. De todos modos, no eran importantes, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Y los rusos?

—Es claro que volaron. Debían de estar ya despiertos cuando se produjo la voladura del Iguacu. Lo que me pregunto es si habrán comprendido que eso es lo que ocurrió.

—Yo creo que sí, puesto que Enrique Gomes les habló del yate, y luego, cuando les ocurrió lo que les ocurrió, tuvieron que comprender que había otras fuerzas en acción. Fuerzas que han desembocado en contra del yate.

—Bien. ¿Qué han dicho nuestros colegas brasileños sobre la libreta que Enrique fue a buscar al laboratorio?

—Existe, desde luego. La tienen ellos.

—¿Eso quiere decir que realmente encontraron una libreta de tapas negras con anotaciones químicas, dentro del armario de Nelson Silveira?

—Exactamente.

—¿Van a ponernos alguna dificultad?

—¿Los brasileños? No, no. Por el contrario: comprenden lo sucedido, nos agradecen nuestra afortunada intervención que ha salvado el Pão de Açucar y miles de vidas, y solo lamentan que usted no acepte una entrevista con ellos. Les gustaría conocerla.

Brigitte movió la cabeza negativamente.

—¿Podemos marcharnos tranquilamente, entonces?

—Así es. Ellos se encargarán de todo aquí, en Brasil. La noticia de la muerte del profesor Silveira, de todos modos, va a mantenerse en secreto, por el mom…

—¡De ninguna manera! —exclamó Brigitte—. ¡Tienen que dar esa noticia a la prensa, Simón!

—Bueno, ellos han pensado…

—¡No, no, no! Dígales de mi parte que Silveira ha muerto, y que tienen que dar la noticia cuanto antes. Hoy mejor que mañana, mañana mejor que pasado. ¡Pero cuanto antes, mejor!

—Se lo diré así. Bueno, parece que todo está arreglado… Aunque no hemos conseguido saber por qué Silveira quería volar el Pão de Açucar. Quizá Walter Bruckner lo sepa, y acepte decírselo a

ustedes… a las buenas.

—Quizá —musitó Brigitte; reflexionó un instante—… Avisen a la Central de que salimos esta misma mañana hacia Nueva York, y díganles de mi parte que extremen la vigilancia sobre Walter Bruckner.

—Lo haré. Bien… Les deseo buen viaje.

—Gracias, Simón.

Brigitte se acercó más al agente de la CIA, y lo besó en ambas mejillas. Simón-Rio quedó un tanto turbado, pero acabó por sonreír.

—Usted siempre lo consigue —murmuró—: venga a nuestros compañeros asesinados. Uno tiene el pequeño consuelo de saber que si alguien lo asesina, usted lo vengará.

Brigitte *Baby* Montfort no dijo nada. Apretó los labios y bajó la cabeza, para que Simón no los viese, ni viese la expresión general de su rostro, la frialdad de sus ojos. Simón miró a Uno, que había permanecido todo el tiempo de pie ante la ventana, escuchándoles, pero de espaldas a ellos, contemplando la playa de Copacabana.

—Adiós, señor. Buen viaje.

Uno se volvió, frunció un instante el ceño, y aceptó la mano que le tendía el jefe de la CIA en Rio de Janeiro.

—Adiós. Gracias por su ayuda.

Simón-Río sonrió anchamente.

—Ha sido todo un privilegio, señor. ¿De verdad no debo llevarles con el coche al aeropuerto?

—No, gracias. Es mejor que ya no tengamos más contactos.

—Como gusten. ¡Feliz viaje!

—Entonces ¿dónde está el verdadero Silveira? —preguntó Número Uno. Estaban en el bar del avión que volaba hacia Nueva York. Por supuesto, charlaban con toda tranquilidad mientras tomaban sus *martinis*. Además, hablaban en alemán, idioma que probablemente nadie más conocía a bordo. Era más probable que alguien de allí hablase el ruso que el alemán…

—No lo sé, mi amor. ¿Te parece una tontería todo lo que te he dicho?

—No. Son puntos dignos de considerar. Primero, lo de disfrazarse de negro; eso no parece probable que sepa hacerlo un hombre de las características de Nelson Silveira, o sea, un científico

pacífico y distraído. Luego, lo de los lentes; es perfectamente posible lo que tú dices, o sea, que cuando se quitaba los lentes para mirarte, era precisamente para verte mejor, ya que ese suplantador no es miope, y con los lentes puestos debía de pasarlo mal.

Y por último, y lo más convincente, la pequeña cicatriz sobre la ceja derecha; si aparece en las fotos que Cavanagh nos enseñó…

—¿Es que lo dudas? —Se sorprendió Brigitte.

—Claro que no —sonrió Uno—. Lo que…

—¡Uno! —exclamó Brigitte, con los ojos muy abiertos—. ¡Has sonreído!

—Es bueno hacerlo de cuando en cuando; relaja los músculos faciales. Lo que quería decir es que si efectivamente, el hombre que estaba en el *Iguaçú* no era el verdadero Silveira… ¿quién era?

—Lo sabremos cuando nuestros colegas brasileños investiguen al *Iguaçú*. Tendrán que ir rastreando a los diversos propietarios, hasta encontrar al último. Ese último, es el falso Silveira, que estuvo preparando toda esa comedia de volar el Pão de Açucar. No olvidó ni un solo detalle, lo tenía previsto todo por si las cosas se le complicaban. Sus verdaderos planes no eran, no son, en modo alguno, la voladura del Pão de Açucar. Son otros. No sé cuáles, pero…

—¿Insistes en que ese hombre continúa vivo?

—Sí. Estoy segura de que abandonó el yate por algún procedimiento, y se puso a salvo; quizás, incluso antes que nosotros. ¿Te parezco una chiflada, mi amor?

—No. Yo llevo las huellas tomadas del armario de Silveira, y si tú tienes razón, cuando las comprobemos con las halladas en la habitación de Silveira en el De Vries Hotel, y en la biblioteca de la casa de Bruckner, veremos que son distintas. Lo cual confirmaría también tu teoría inicial: que Silveira fue secuestrado en Rio, que el falso Silveira ocupó su lugar y fue a Washington y a la casa de Bruckner para matar a Doncaster, ya que no podía hacerlo en otro lugar, pues siempre estaba demasiado vigilado… Y que luego, regresó a Rio para simular que todos sus planes eran volar el Pão de Açucar, lo cual tranquilizaría las mentes de los que supiésemos que Denis Doncaster había mencionado el Pão de Açucar y había pronunciado la palabra «destruir». Es decir, que, después de todo esto, lógicamente deberíamos olvidar el asunto: a Silveira, al Pão de

Açucar, todo…

—Y mientras tanto, el falso Silveira tiene al verdadero Silveira.

—Repetiré la pregunta: ¿dónde lo tiene? ¿Y para qué?

—Silveira y Denis Doncaster estaban trabajando en algo especial. Algo en lo que habían coincidido. El falso Silveira se enteró, y decidió apropiarse de esos estudios… Seguramente, Nelson Silveira era el más adelantado, el mejor encaminado: entonces, lo secuestra y se ocupa de eliminar a Doncaster, para que nadie más pueda trabajar en lo mismo que Silveira.

—¿Y qué estaba estudiando Silveira? ¿Patatas, hongos, bananas, huevos de ave…?

—Y caña de azúcar.

Número Uno dio una palmadita en una mano a Brigitte, y «casi» sonrió de nuevo.

—Exacto. A mí también me parece demasiada caña de azúcar. Admito que a alguien pueda gustarle mucho, pero… ¿una maleta llena cada semana? Por otra parte, es curioso que Silveira tuviese en su laboratorio frascos con toda clase de frutas y vegetales diversos, y precisamente no tuviese nada de caña de azúcar.

—Se la comía toda —sonrió Brigitte.

—¿Cada semana una maleta llena?

—Hay quien no sabe controlar sus apetitos.

—De acuerdo. Pero un hombre de la inteligencia de del profesor Silveira sí debía de saber, ¿no te parece? En resumen, toda esta comedia ha sido montada para que el profesor Silveira, extraño asesino de un colega científico y dos agentes de la CIA, sea dado por muerto, y lo olviden. Incluso nuestra fuga del *Iguaçú*, y el hecho de que la CIA lo estuviese rodeando, y supiese que dentro estaba Silveira, etcétera, estaba preparado. Por eso, el falso Silveira envió a Enrique Gomes a buscar la libreta: para que alguien lo cazase, le hicieran confesar dónde estaba él, y finalmente, hacer las cosas de modo que el profesor Silveira, oficialmente, ha muerto. Te diré una cosa: nuestro amigo suplantador es muy listo, pero…, no puede haberlo previsto todo.

—¿Que quieres decir?

—No sé —frunció el ceño Uno—… Pero en algo habrá fallado, en algo habrá cometido un error… Por ejemplo, tenemos a Walter Bruckner, ¿no es así? Cualquiera de nosotros puede hacerle decir

todo lo que sabe, a las buenas o a las malas.

Brigitte iba a contestar, pero en ese momento una azafata se detenía ante la mesita que ocupaban.

—¿Señorita Montfort?

—Sí.

—Un radiograma para usted.

—Gracias.

Brigitte abrió el radiograma, lo leyó, y lo tendió a Uno, que tras leerlo a su vez, la miró alzando las cejas. Pero Brigitte estaba ya traduciendo de entre aquel mensaje referente a labores periodísticas, su verdadero contenido en clave de la CIA.

Lo anotó en una servilleta, y la tendió a Uno. Ponía:

WALTER BRUCKNER HA SIDO ASESINADO ESTA MADRUGADA

Capítulo X

Mr. Cavanagh entró en el comedor del De Vries Hotel, localizó enseguida a la pareja, y se acercó a la mesa, cojeando. Los dos espías le estuvieron mirando llegar, y Brigitte le sonrió cuando le tuvo ante ella.

—Buenas noches, señor. Y gracias por enviarnos un helicóptero al Kennedy para traernos a Washington. Fue usted muy amable.

—Buen apetito —se limitó a desear Cavanagh—… ¿Puedo sentarme?

—Naturalmente. Uno está deseando saber algo sobre las huellas que él trajo desde Rio, y que entregamos a Simón-Helicóptero. ¿Han sido examinadas ya?

—Sí. No concuerdan con ningunas de las halladas en la biblioteca de Bruckner ni en la habitación de Silveira en este hotel. Parece que el profesor Silveira tiene la facultad de no dejar huellas digitales.

—Sobre esto tengo una teoría que le expondré luego. Pero, por su expresión, señor, me parece que tiene una noticia muy interesante. ¿Es así?

—En efecto —sonrió Cavanagh.

—Díganos antes cómo mataron a Bruckner.

—Según todas las apariencias, fue él mismo quien se metió en la trampa. Como ya saben, lo teníamos vigilado, pero era evidente que él se había dado cuenta. No sabemos cómo debió de recibir un mensaje en el que, posiblemente, se le diría que iban a retirarlo de nuestro alcance…, así que Bruckner recogió algunas cosas de su casa, salió todavía de noche, burlando la vigilancia de nuestros hombres…, y alguien que le estaba esperando lo mató de tres balazos al corazón. Fue encontrado en un lado de la carretera por un automovilista madrugador. Está bien claro que querían que supiésemos que Bruckner había muerto.

Brigitte miró a Uno, que parecía ausente.

—¿Crees que Silveira-2 tenía ordenada ya la ejecución de Bruckner?

—Es evidente —admitió Uno—. Y ahora, el asesino ha ido a reunirse con él y decirle que todo ha salido bien. Lo que ocurre es que Silveira-2 tiene que estar pensando que nosotros creemos eso, pero que, como él está muerto, el asesino, simplemente, se esfumará.

—¿De qué Silveira-2 están hablando?

Los dos miraron a Cavanagh.

—Por favor, señor, no me decepcione —sonrió Brigitte.

—De acuerdo. Sí, evidentemente, la personalidad del hombre que entró en el país como Nelson Silveira no está muy clara…

—Luego hablaremos de eso. Ahora, díganos cuál es su noticia interesante.

—Encontramos un chino muerto aquí, en el hotel.

Brigitte y Uno seguían mirando a Cavanagh, sin comprender.

—Bueno, ¿y qué? —refunfuñó Brigitte, por fin.

—Su verdadero nombre era Wu Fan, agente del espionaje chino. Tenía dos balas en el corazón… Dos balas que salieron de la misma pistola con la que Silveira mató a nuestros dos compañeros y a Denis Doncaster.

—Lo cual quiere decir que Silveira también mató a un chino.

—Aparentemente, tiene que ser así.

—Un agente del espionaje chino —murmuró Brigitte—… En Rio, los rusos estaban también detrás de Silveira. Es evidente que les fue escamoteado…, y es evidente que Wu Fan andaba al trote detrás de Silveira-2 creyendo que era el auténtico Silveira. Así que fue eliminado. ¿Se da cuenta, señor, de que eso significa que los rusos y los chinos sabían o saben cosas que nosotros desconocemos sobre Silveira, y por consiguiente sobre los estudios privados de Denis Doncaster?

—Así es el espionaje —gruñó Cavanagh.

—¿Dónde y cómo encontraron al chino? —preguntó Uno.

—Estaba debajo de la cama de una habitación —señaló Cavanagh hacia arriba—. Silveira-2 lo mató, lo llevó a otra habitación, y lo escondió bajo la cama… Y hasta que ayer, el hedor del cadáver se hizo notar, no lo vio nadie.

—Fantástico —exclamó Brigitte—. Pero usted todavía tiene más noticias, ¿verdad?

Cavanagh sacó un sobre, que tendió a Brigitte. Esta lo abrió, y sacó las fotografías de su interior. Contuvo una exclamación y miró a Uno, que se había acercado para mirarlas.

—¿Las tenía el chino?

—Sí, en una microcámara oculta en un encendedor. Original, ¿verdad? Ninguno de los dos contestó. Estaban haciendo pasar las fotografías ampliadas por la CIA, obtenidas por el chino Wu Fan. En todas ellas se veía a Nelson Silveira, en diferentes actividades. Tal como esperaba Mr. Cavanagh, una de esas actividades llamó la atención de Brigitte y Uno. Fue ella quien separó esa fotografía, en la que Silveira se veía en el aeropuerto John Foster Dulles, ante la oficina de la agencia de viajes Ameritravel.

—Naturalmente —murmuró Brigitte—, esta fotografía tuvo que ser tomada a la llegada de Silveira a Washington.

—Sí.

—Y nada más llegar, va a una agencia de viajes… Por supuesto, para reservar pasaje de vuelta a Rio… ¿O no?

—No. Jamaica.

—¿Nuestros compañeros ya han ido con ampliaciones de estas fotos a la Ameritravel?

—Claro. Este caballero reservó un pasaje para Kingston, Jamaica. Pero no para él, sino para un tal John George Merrywale.

—¿Quién es ese?

—Lo estamos buscando —sonrió Cavanagh—. Hemos pedido al FBI que busque también en sus Archivos. Mientras tanto, sabemos que el señor John George Merrywale tomó al día siguiente su vuelo a Jamaica, desde luego.

—Y ni rastro de Silveira, en Jamaica. Ni de Merrywale, claro.

—No.

—Vaya… Silveira siempre se nos esfuma. Si es lo que yo pienso, Silveira-2, o sea, Merrywale, utilizó el viaje de la Ameritravel para salir de Estados Unidos. Pero, enterado de que Denis Doncaster había dicho antes de morir todo aquello sobre el Pão de Açucar, se fue allá a poner en marcha la comedia que ya tenía prevista… ¡Santo cielo, este hombre es un fenómeno, señor! Puede parecer Nelson Silveira, o un negro viejo, o un tal John George Merrywale.

¿Y sabe una cosa? En Rio tenía trabajando para él a unos hombres que vestían todos igual, una especie de mono de color verde… Como un pequeño ejército.

—Bueno, esa es la clase de sujeto que le gusta a usted cazar, ¿no es así? El aventurero de altos vuelos…, que por supuesto, tiene a Silveira y pretende aprovecharse de algo que este ha descubierto o está a punto de descubrir. La pregunta es: ¿dónde están ahora el verdadero Silveira y Sitveira-2?

—Podrían estar en Jamaica —deslizó Uno.

—¿Por qué en Jamaica precisamente? ¿Porque en una de sus personalidades nuestro hombre estuvo allá?

—No —alzó una manita Brigitte—… Lo que Uno ha querido decir es que en Jamaica hay caña de azúcar, ¿verdad?

Cavanagh se quedó mirando de uno a otra, desconcertado.

—Sí, claro… ¿Qué tiene que ver la caña de azúcar con todo esto?

—Solo una cosa: al profesor Nelson Silveira le gustaba tanto la caña de azúcar que cada semana se comía una maleta entera. Incluso, estuvo pasando una temporada en un lugar llamado Tres Corações, al norte de Rio de Janeiro, donde había mucha caña de azúcar. ¿Tenemos alguna descripción del señor John George Merrywale?

—No. Al parecer, es tan insignificante que nadie se fijó en él.

—Ya. Bien: ¿cuántos hombres podemos concentrar en Kingston, Jamaica?

—Los que usted necesite.

—¿Cien?

—Cien —aceptó en el acto Cavanagh.

—Si cien agentes de la CIA comienzan a pasearse por Jamaica, la caza se dará cuenta —deslizó Uno.

Cavanagh asintió, mirando a Brigitte, que tras reflexionar, sugirió:

—¿Veinticinco de los nuestros y setenta y cinco nativos? ¿Qué dices, mi amor?

—Yo no tengo voto.

—Pero ya que tienes voz…

—Esa proporción es más discreta. Incluso se podría aumentar el número de nativos, entonces. Y los nativos darán más resultado que

nuestros compatriotas blancos.

—Sobre esa base, movilizaré a la gente —asintió Cavanagh—. ¿En qué sentido deben trabajar?

—Haremos un retrato-robot del negro que nos salió al paso hace unos días con el coche cargado de explosivo. Y copias de fotografías de Nelson Silveira. Y un dibujo con hombres con mono verde… Todo eso, lo enviaremos a Jamaica, para que nuestro personal lo busque. Pero, sobre todo, quiero que presten especial atención a todo lo que se relacione con la caña de azúcar. Especialmente, quiero que averigüen si alguna plantación, o casa metida en un cañizal, ha sido últimamente vendida, o alquilada, o prestada a alguien… Cualquier novedad sobre personas relacionadas con caña de azúcar deberá ser investigada meticulosamente.

—De acuerdo —asintió Cavanagh—. ¿Estarán ustedes aquí o en Nueva York?

—A nosotros, lo que más nos gusta es tomar el sol —dijo Brigitte, sonriendo—… Y me parece que, mejor que en Nueva York o en Washington, lo tomaremos en Jamaica…

Muy discretamente, la CIA consiguió una hermosa quinta situada al borde de una de las blancas playas cercanas a Kingston, Jamaica. Allá, se instalaron el señor Angelo Tomasini y su esposa, pareja en verdad peculiar, que no necesitaban servidores de ninguna clase.

Durante los tres primeros días, todo lo que hicieron fue, efectivamente, tomar el sol, y nadar en las transparentes aguas. Ni una sola vez fueron a Kingston, ni a sitio alguno. Tomaban el sol, nadaban en la playa, leían, escuchaban música, y dormían. Vivían como sumergidos en un denso silencio que parecía que no fuese a terminar nunca.

Pero terminó.

Al atardecer del tercer día, sonó un leve zumbido en el gran bolso de paja de colores teñida que la señora Tomasini tenía en la playa a su lado. De este bolso, la señora Tomasini sacó la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos y que funcionaba tirando hacia fuera de uno de estos.

—¿Sí?

—¿*Baby*?

—Buenas tardes, Simón.

Junto a la señora Tomasini, su apuesto y serio marido se había sentado, y encendía dos cigarrillos.

—Buenas tardes… ¿Puedo hablar? —se aseguró cautamente el hombre llamado Simón.

—Desde luego —la señora aceptó el cigarrillo del señor Tomasini, sonriendo—… Gracias, mi amor.

—¿Qué? —exclamó Simón, en la radio.

—No era a usted, aunque sabe que también le quiero. Adelante con su informe, Simón.

—Se trata del yate *Iguaçú*, el de Rio de Janeiro. Nuestros compañeros de allá informan que los agentes brasileños no han conseguido los suficientes restos del yate para obtener conclusiones convincentes sobre cómo sucedió todo y si alguien que hubiese dentro del yate pudo salvarse. De todos modos, aunque no sea totalmente seguro, es muy poco probable que alguien pudiera salir con vida de aquella explosión.

—¿Eso es lo que dicen los brasileños?

—Sí.

—Bien. Naturalmente, tienen razón…, pero siempre y cuando la persona que provoco la explosión no tuviese preparada su salida del yate antes de que se produjera. De todos modos, eso no tiene importancia, a mi juicio: yo sé que Silveira-2 escapó. ¿Hay algo más?

—Sí. También respecto al yate. Su último propietario fue un brasileño llamado Carlos de Lima… Quiero decir, su último propietario identificable. Luego, todo es tan confuso, y con tal intervención de documentación falsa, que es imposible saber la verdad sobre el último propietario, es decir, Silveira-2. En cuanto al señor Carlos de Lima, es una personalidad de tal relieve y prestigio en Brasil que el servicio secreto ha decidido no interrogarlo siquiera. La jugada está clara, así que no tienen por qué complicar las cosas.

—Muy acertado. ¿Eso es todo?

—Claro que no. Esto eran los preliminares; hace horas que conocemos estos datos, pero como no aportan nada decidí no molestarla con ellos, de momento. Ahora, sí, el asunto es interesante, y aprovecho para informarla de todo: hemos encontrado algo.

—¿Qué han encontrado?

—Hace cinco semanas, un francés llamado Jean Laterre compró una pequeña plantación cerca de la localidad de Trinity Ville a unas veinticinco millas al este de Kingston. Bien entendido que este francés no era ya un residente en Jamaica, sino un recién llegado… Y eso es lo que nos ha llamado la atención, naturalmente. Parece estar bien claro que Laterre vino a Jamaica a comprar una pequeña plantación, expresamente.

—¿Cómo es Jean Laterre?

—Todavía no hemos conseguido saber eso. Pero estamos controlando la plantación, por si podemos ver algo revelador. De momento, todo lo que parece haber ahí es caña de azúcar. Lógico, ¿verdad?

—Sí… Muy lógico. ¿Nadie está trabajando en la plantación?

—¿Trabajando? No exactamente. Bueno, hay desde luego un cobertizo en el que se alojan algunos negros, pero no me parece que tengan grandes intenciones de trabajar.

—Le voy a hacer una apuesta, Simón: antes de una semana, alguno de esos negros recolectará caña de azúcar, llenará una maleta, e irá a llevarla a alguna parte. Cuando eso suceda, yo quiero saber adónde ha ido exactamente ese negro. Y naturalmente, nada de complicaciones de ninguna clase.

—Entiendo. ¿Eso quiere decir que aunque tarde una semana en ocurrir eso de la maleta no debemos hacer nada?

—A menos que usted pueda decirme dónde encontrar ahora mismo al francés llamado Jean Laterre.

—No, lo siento.

—Pues vigilen a esos negros. Pero sigan intentando encontrar a Jean Laterre, por supuesto. Aunque yo creo que lo más fácil va a ser vigilar a los negros de la plantación. ¿Está aceptada mi apuesta, Simón?

—No —rio el agente de la CIA—… Contra usted no me apuesto ni cinco centavos. ¡No me gusta tirar el dinero!

Capítulo XI

Simón-Jamaica hizo mal en no aceptar la apuesta de *Baby*, pues la habría ganado. Por lo menos, en cuanto a la forma, ya que no hubo ninguno de los negros de la plantación que fuese a llevar a parte alguna una maleta llena de caña de azúcar.

Fueron a buscarla a la plantación.

Un hombre llegó, conduciendo una vieja camioneta, cuya zona de carga fue llenada de caña de azúcar por los negros que había en la plantación dándose la gran vida. Todo lo que tuvieron que hacer fue cortar caña, colocarla en la camioneta, y luego volvieron a tumbarse a la sombra, desentendiéndose completamente del visitante, que se alejó con su carga. Naturalmente, llevando tras él, como silenciosa jauría, a varios agentes de la CIA.

Apenas dos horas más tarde, es decir, algo antes de la hora del almuerzo, un Pontiac oscuro procedente de Kingston llegaba a la localidad costera de Port Morant, a unas treinta millas al este de Kingston, y a unas seis de la localidad interior de Trinity Ville.

El Pontiac fue a detenerse en el paseo marítimo, justo delante de un blanquísimo casino que protegía sus ventanas con unos elegantes y alegres toldos listados de negro y verde. Faltaban pocos minutos para el mediodía, el sol era cegador, el mar refulgía como una enorme gema azul. Por encima de los barcos surtos en el muelle, volaban perezosamente unas cuantas gaviotas, contempladas por negros aún más perezosas que ellas…

En cuanto el Pontiac se detuvo, un hombre que había estado esperando se acercó, y pasó a sentarse en la parte de atrás. En el asiento delantero había un hombre y una mujer. El hombre se limitó a mirar al recién llegado por medio del retrovisor. La mujer se volvió, y sonrió.

—Hola, Simón.

—Tenía ganas de conocerla —aseguró enfáticamente Simón-

Jamaica; miró un instante a Uno, y añadió—… A los dos, claro.

—Supongo —murmuró *Baby*— que el tam-tam ha comunicado nuestra presencia aquí, de modo que todos los agentes de la CIA deben de saber que *Baby* y Número Uno vuelven a estar juntos.

—Así es.

—Hay cosas inevitables —suspiró Brigitte—… Bien, ¿cómo están las cosas aquí?

—Todo igual. Un hombre fue a la plantación, los negros cortaron caña de azúcar, y la cargaron en la camioneta del hombre. Este vino aquí, a Port Morant, y los nuestros le vieron entrar en una de las casas de la nueva zona residencial, hacia la playa. Inmediatamente, yo la llamé a usted informándola del mensaje recibido. Es todo.

—El hombre de la camioneta continúa dentro de esa casa de la zona residencial.

—Así es. Claro, la estamos vigilando con mil ojos. Ni una mosca podrá entrar o salir de esa casa sin que usted lo sepa.

—Vamos a echarle un vistazo… Será mejor que conduzca usted, Simón.

Brigitte y Número Uno se apearon del coche, y pasaron al asiento de atrás, mientras que Simón se hacía cargo del volante. Unos minutos más tarde, pasaban por delante de la casa en cuestión. Era una casa pintada de un color crema pálido, preciosa, con ventanas con toldos y precedida de un jardín tan florido que parecía una tarjeta postal. La puerta era grande, pintada de blanco. A la izquierda de esta, otra más grande, pintada del mismo color que la fachada cerraba, sin duda, el acceso al gran garaje donde debía de estar la camioneta.

—¿Qué te parece? —murmuró Brigitte.

—Es una casa cualquiera. Si tiene algo importante ha de estar dentro.

Ella asintió, y miró a Simón, que volvía la cabeza.

—¿Todavía no sabemos a quién pertenece?

—No. En la guía telefónica consta a nombre de W. A. Rank, pero es de hace meses, así que tengo a algunos muchachos investigando la actualidad.

—Mientras tanto, quizá valdría la pena buscar un lugar agradable donde almorzar.

—Conozco… ¡Sale alguien de la casa!

Brigitte y Uno miraron hacia allí. En efecto, un hombre blanco acababa de salir de la casa. Blanquísimo; ciertamente, no era de las personas que gustan de tomar el sol. Llevaba un traje mal cortado, oscuro, y por supuesto inadecuado para el clima jamaicano. Parecía tener no menos de cincuenta años, y sus largos cabellos grises se alborotaban en torno a su cabeza. Tras él salió otro hombre, más joven, que tras hacer unos gestos, fue hacia el garaje, mientras el otro esperaba.

El más joven abrió el garaje, y desde su observatorio en la sombra del interior del Pontiac, Brigitte, Uno y Simón vieron la camioneta, a un lado.

Junto a la camioneta, un coche, que el hombre sacó del garaje y condujo hasta delante de la casa. El hombre de los cabellos alborotados subió al coche, y este salió de la pequeña y hermosa villa de la playa.

Simón se volvió a mirar a Brigitte, que se limitó a asentir con la cabeza; el agente de la CIA partió tras el otro coche.

En dos minutos estaban de nuevo en el centro de Port Morant. El otro coche se detuvo delante del Blue Bay Hotel, el hombre del cabello alborotado se apeó, y se despidió con amable gesto. Estuvo mirando el coche mientras este maniobraba y emprendía el regreso a la zona residencial. Luego, entró en el hotel.

—Hay un buen restaurante en el Blue Bay —murmuró Simón.

—Estupendo. Perdone que no le invitemos, Simón.

—Comprendo —sonrió el espía—. Me aseguraré de que ese tipo vuelve a la casa, y regresaré a dejarles el coche delante del Blue Bay. ¿Estará bien así?

—Estará perfecto. Hasta luego.

Brigitte y Uno se apearon del Pontiac, y se dirigieron, a pie, hacia el hotel.

Jacques Van Lynthem terminó de hacer su equipaje, miró la hora en su reloj de pulsera, y tras un rápido cálculo decidió que tenía tiempo de dormir una siesta antes de marcharse hacia Kingston para tomar el avión. Había comido bien, y aunque había tomado café y se había dedicado enseguida a preparar su reducido equipaje, la somnolencia era terrible. Claro, él no estaba acostumbrado a aquel clima, tan diferente al de Bélgica…

La llamada a la puerta le hizo reanimarse un instante. Enseguida, sorprendido, miró de nuevo su reloj. Bueno, había pedido la cuenta, pero para más tarde, cuando se marchase. ¿Podía ser que se la trajeran ya, o que hubieran subido a buscar su equipaje? Fuese lo que fuese, él no pensaba privarse de la siesta por nada del mundo.

Se acercó a la puerta, y abrió… Se quedó mirando estupefacto a la hermosa y elegante mujer que estaba ante él, mirándole con una cortés sonrisa en verdad encantadora. Van Lynthem tenía ya cincuenta y seis años, y, realmente, hacía ya tiempo que las mujeres no significaban demasiado para él, siempre absorbido en sus estudios, pero aquella mujer… Era, sencillamente, divina.

—Buenas tardes, *Monsieur* Van Lynthem —saludó la bella visitante, en francés—… ¿Sería tan amable de recibirme?

Por un instante, el belga tuvo la idea de que la mujer era una… empleada especial del hotel, o cuando menos, alguna complaciente dama que podía colarse en los mejores hoteles con la complicidad de algún empleado, que, naturalmente, recibiría un porcentaje. Pero no. No podía ser.

—¿Quién es usted? —murmuró Van Lynthem.

—Mi nombre es Lili Connors —dijo la encantadora rubia de los ojos verdes—. Le suplico que me reciba. Nuestra conversación no es adecuada para un pasillo.

—Bueno, estoy ocupado. Pensaba…

—Quisiera hablarle de Jean Laterre.

—¡Ah…! ¿La envía él?

—No —relucieron los ojos de la rubia—… Pero vamos a hablar de ese caballero. Permítame.

La rubia decidió entrar con o sin autorización, así que puso una mano en el flaco pecho de Van Lynthem, empujó, y simplemente lo apartó y entró. Cerró la puerta, y cuando Van Lynthem se disponía a decir algo, su manita derecha apareció, empuñando una pistolita, que quedó a pocos centímetros de la frente del belga, que respingó… Y respingó de nuevo cuando la mano izquierda de Lili le agarró por la ropa, le hizo dar la vuelta, y lo tiró bruscamente hacia la pared. Ni siquiera le dejó rebotar, pues lo mantuvo contra la pared presionando en su nuca.

—Permanezca en esta postura —ordenó Lili—: solo quiero

asegurarme de que no lleva armas.

—¿Armas yo? ¡Jamás he…!

—Cállese.

Jacques Van Lynthem fue hábil y rápidamente registrado No, no llevaba arma alguna. De nuevo fue asido por la ropa del cuello, llevado hacia uno de los sillones, y empujado hasta sentarlo. Volvió a ver ante él a la rubia Lili, que le contemplaba con curiosidad y desconfianza.

—¿De modo que, efectivamente, el propietario de la casa en la que usted ha estado esta mañana se llama Jean Laterre?

—Sí… Sí, pero no comprendo…

Lili sacó un pequeño aparato de entre los senos, apretó un botoncito, y dijo:

—No busquen más datos sobre la casa de la playa: su propietario, o al menos el ocupante actual, es Jean Laterre. Es todo.

—Un momento —sonó la voz de Simón—: acaban de salir dos hombres de la casa de la playa, en un coche. Uno de ellos es el mismo que vimos antes del almuerzo con el tal Van Lynthem.

—Síganlos. Solo eso, Simón.

—Bien.

Lili Connors guardó la radio de nuevo en el escote, y miró al estupefacto Jacques Van Lynthem.

—Todo lo que sabemos de usted, por el momento, es que se llama Jacques Van Lynthem, y que es belga; llegó ayer procedente de Nueva York, y viaja solo. ¿Es exacto esto?

—Sí, pero…

—Pero sabemos que está usted en contacto con Jean Laterre. ¿Por qué?

—No sé quién es usted, ni tengo que darle explicaciones de ninguna clase. Las personas con las que yo…

—¿Laterre es bajo y delgado?

—Sí… Sí, claro. Mire, usted no tiene…

—Ese hombre es un asesino. ¿Lo es usted también, señor Van Lynthem?

—¿Qué… qué dice? —jadeó el belga, palideciendo.

Lili ladeó la cabeza, y estuvo estudiándolo atentamente unos segundos. Por fin, sonrió casi amistosamente.

—No, no creo que sea usted un asesino. Veamos si acierto ahora:

¿es usted investigador científico?

—Sí… ¿Cómo lo sabe? ¿Quizás ha leído algo sobre mí, o algunos de mis trabajos, en alguna revista…?

—Yo no. Pero Jean Laterre, sí. A propósito, no sé si usted está al corriente de que ese hombre, además de Jean Laterre se llama Nelson Silveira, y John George Merrywale. ¿Lo sabía?

—Claro que no sab… ¿Silveira? ¿Nelson Silveira, el científico brasileño? ¡Murió hace unos días, en Rio de Janeiro!

—Sus palabras, señor Van Lynthem, implican que usted no ha visto en esa casa a Nelson Silveira.

—¿Cómo habría de ver a un hombre que ya murió, y cuyo cadáver no fue encontrado…?

—Dejemos en paz a los muertos, y hablemos de los vivos. Hablemos de usted, por ejemplo: ¿qué hace exactamente en Jamaica?

—¡No tengo que darle explicaciones a usted! —exclamó el sorprendido belga—. ¡Esta situación…!

—Es la menos mala para usted. Si habla y me convence, podrá regresar a Nueva York, y de ahí, supongo que a Bélgica. Pero si no contesta a mis preguntas, entenderé que de usted no puede esperarse nada bueno en ningún sentido, y entonces, le mataré. No estoy bromeando, se lo aseguro.

—Pe-pero yo… yo no comprendo…

—Solo conteste a mis preguntas, por favor. ¿Qué hace usted exactamente en Jamaica?

—Bueno… Hace unas semanas recibí una carta de Jean Laterre, citándome aquí, en Jamaica. En el sobre incluía un cheque por cinco mil dólares, para gastos de viaje. La carta decía que estaba al corriente de mis investigaciones privadas y que le gustaría cambiar impresiones conmigo, pues estaba buscando personal muy cualificado para montar unos laboratorios de gran importancia… La idea me gustó, y además, llevaba mucho tiempo trabajando demasiado. Me dije que unos cuantos días de vacaciones pagadas en Jamaica me sentarían magníficamente, así que he venido a hablar con Jean Laterre.

—Y ya ha hablado con él esta mañana, en efecto. ¿Sobre qué asuntos?

—Solo le diré que las proposiciones de ese señor no me

interesan.

—Me dirá usted más cosas —sonrió secamente Lili—. Quiero saber exactamente qué le ha propuesto Jean Laterre. Sus negativas a contestar no son prácticas, señor Van Lynthem: solo significarían, en todo caso, una pérdida de tiempo.

—No puedo perder tiempo: tengo que tomar el avión.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde… ¡Ya sé! ¡Claro! ¡A usted la he visto antes en el comedor!

—Es usted bastante distraído —sonrió de nuevo Lili—. Pero no desviemos la conversación. ¿Qué le ha propuesto Jean Laterre?

Jacques Van Lynthem estuvo vacilando unos segundos, mirando la pistola que le apuntaba a la cabeza.

—Bueno, él quería que yo trabajase para él en la fabricación de un compuesto químico que pudiese destruir toda clase de vida en el mar. Naturalmente, me he negado.

Lili Connors se quedó mirando fijamente a Van Lynthem. A su memoria, con la fuerza de un impacto, acudió lo sucedido cuatro años atrás en el Mar del Japón, cuando fue llamado el Mar de la Tristeza Infinita, cuando los propios japoneses dieron a su mar el nombre de *Mugen no kanashimi o gimeta gumi* [8].

—¿Y qué ha dicho Jean Laterre a su negativa? —musitó la divina espía.

—¿Qué había de decir? Lo ha sentido mucho por las molestias que me ha ocasionado, y nos hemos despedido. Mi disgusto es tan grande que ni siquiera voy a permanecer en este lugar ni un día más, cerca de ese sujeto. ¡No me inspiraría confianza jamás un sujeto que quiere fabricar un producto de esa clase!

—¿No le dijo para qué lo quería?

—¡Ni siquiera sentí interés por ello!

—Lástima. Obtendríamos una información mucho más satisfactoria… ¿Sabe si hay un laboratorio en esa casa?

—Yo no lo he visto. Pero evidentemente, debe de haber uno, ya que Laterre pretendía que me quedase a trabajar allí.

—¿Qué es lo que ha visto exactamente en esa casa?

—Hombres. Muchos hombres… Todos altos, fuertes. Todos muy callados. Iban en grupo de un lado a otro de la casa, escuchando a uno que hablaba. Este vestía normal, pero los otros llevaban un

atuendo curioso…

—¿Unos monos de color verde?

—Sí… ¡Sí, exactamente!

Brigitte Montfort, alias *Baby*, alias Lili Connors, asintió, y quedó pensativa no menos de un par de minutos. ¿Estaba Nelson Silveira en aquella casa? Y si estaba… ¿se hallaba preparando para Jean Laterre, o John George Merrywale, alguna fórmula como la mencionada por Van Lynthem? Pero entonces… ¿qué podía tener que ver la caña de azúcar con aquella fórmula? ¿Y el Pan de Azúcar? Hubo de pronto como un relámpago en la mente de la espía internacional. Denis Doncaster había mencionado el Pan de Azúcar antes de morir…, pero luego había resultado que los verdaderos planes de Silveira-2 no habían sido, de ninguna manera, destruir el Pão de Açucar.

¿Había engañado Silveira-2 a Doncaster en la biblioteca respecto a sus intenciones sobre el Pão de Açucar…, o Denis Doncaster *se había referido a otra cosa y no al Pão de Açucar carioca*?

En cuanto a los hombres que había en la casa de Jean Laterre ataviados con monos, por supuesto que debían de estar muy bien armados… *Baby* se quedó mirando atentamente a Van Lynthem, de pronto. Acababa de tener una idea…, pero la rechazó pronto. No se imaginaba al belga representando la comedia que ella deseaba, esto es, que Van Lynthem volviese a la casa de Laterre diciendo que lo había pensado mejor, y que iba a hacer lo que le pedían, incluso recurriendo a la ayuda de una colega a la que avisaría para que llegase a Jamaica… Colega que sería ella, naturalmente. Pero no. Van Lynthem nunca podría afrontar un cometido semejante con garantías de supervivencia para ambos. No.

—… El sueño.

—¿Qué? —Parpadeó *Baby*.

—Digo que pensaba dormir la siesta, pero usted me ha ahuyentado el sueño.

De nuevo se quedó Brigitte mirándolo pensativa. ¿El sueño? Peor era la muerte… ¿Podía consentir un sujeto como Silveira-2 que Van Lynthem se marchase tranquilamente, después de haber escuchado y rechazado una propuesta tan comprometida?

—¿Dijo usted a Jean Laterre que pensaba marcharse esta misma tarde de Jamaica?

—Por supuesto que se lo dije. ¡Y bien claramente!

Baby recurrió de nuevo a su radio.

—¿Sí? —Oyó la voz de Simón-Jamaica.

—Simón: ¿está usted personalmente detrás de esos dos hombres que salieron de la casa de Laterre?

—Así es. Pero como mi coche tiene radio de baterías, estoy en contacto con todo el personal en todo momento, no se preocupe. ¿Ocurre algo?

—Solo dígame dónde están ustedes.

—Cerca de Kingston ya… Yo diría que esos tipos van a…

—¿Al aeropuerto?

—Pues sí. ¿Cómo lo sabe?

—Llámeme en cuanto esté seguro de que van allá y vea lo que hacen.

—Está bien.

De nuevo guardó la radio *Baby*. Miró a Van Lynthem, y sonrió, de un modo que al belga le pareció poco menos que siniestro.

—¿Sabe, señor Van Lynthem?: en estos momentos, dos de los hombres de Jean Laterre están camino del aeropuerto. ¿Para qué diría usted que van allá?

—Pues a lo que todo el mundo: deben tener que emprender un viaje.

—No. Van al aeropuerto a matarlo a usted.

—¿Qué dice? —Respingó Van Lynthem.

—Sí. Van a matarlo a usted. De ninguna manera pueden consentir que salga usted vivo de Jamaica, y que pase por Nueva York y llegue a Bélgica hablando de la proposición de Laterre.

—¡Usted está loca! —Casi chilló Van Lynthem.

—Vamos a hacer un trato, sobre la base de una confianza mutua. Yo confiaré en usted, pero usted tiene que confiar en mí… Si dentro de unos minutos, o de una hora, mi amigo me llama y me dice que esos dos hombres han emprendido viaje, querrá decir que yo estoy equivocada, en cuyo caso me iré, y usted podrá hacer lo que guste. Si me dice que esos dos hombres están en el aeropuerto, sin hacer nada, tomando café o *whisky*, dando paseos de un lado para otro, esperando algo que no sabe qué puede ser, querrá decir que le están esperando a usted para matarlo; en cuyo caso, usted haría exactamente lo que yo le ordenara. ¿Acepta el trato?

—Pero yo tengo que tomar el avión…

—Calma. Primero sepamos lo de esos hombres.

—Todo esto es absurdo. Ni siquiera sé lo que está pasando. ¡No debí salir de Bélgica!

—Es tarde para pensar en eso —sonrió *Baby*—. Y de todos modos, le sugiero que, si bien en momento oportuno, se tome usted unas vacaciones a pleno sol, esto es, en un lugar como Jamaica, o parecido. Está demasiado pálido, señor Van Lynthem.

—Y usted demasiado morena.

—Solamente doradita por el sol. ¿Tiene cigarrillos?

—No fumo.

Baby hizo un gesto de resignación, se puso en pie, y fue a abrir la puerta de la habitación de Van Lynthem. Salió al pasillo un instante, y entró de nuevo. A los pocos segundos, entraba un hombre que hizo respingar al belga, tan impresionante era. ¡Y, claro, era el que había almorzado con Lili Connors en el comedor del hotel!

—Si algo pasa, no será aquí —dijo ella—. No tengo cigarrillos, mi amor.

Él le tendió el paquete, esperó a que ella encendiese, y señaló hacia fuera.

—¿Vuelvo a colocarme de cobertura?

—No creo que valga la pena. Ven a sentarte: tenemos que esperar una llamada de Simón.

Simón llamó casi media hora más tarde.

—Diga, Simón —murmuró Brigitte, acercando la radio a Van Lynthem.

—Desde luego, estamos en el aeropuerto, pero esos dos tipos no parece que tengan intenciones de abandonar la isla. Están paseando de un lado a otro, han tomado un par de cafés, han comprado unas revistas, fuman, miran el reloj… Yo diría que están esperando a alguien.

Baby miró a Van Lynthem, que estaba lívido.

—Bueno —dijo gélidamente la espía más peligrosa del mundo—, si están esperando a alguien, todavía tendrán paciencia el tiempo que sea necesario, supongo.

—¿Qué hacemos? —Inquirió Simón—. Quiero decir que por mi parte, naturalmente, seguiría vigilándolos, pero me da la impresión

de que usted está pensando algo diferente. ¿Me equivoco?

—Solo en parte. Necesito que usted venga inmediatamente aquí, a Port Morant, a dirigir una pequeña… operación que hay que realizar con la máxima urgencia.

—Pero eso significa dejar solo a nuestro compañero para vigilar a dos hombres. Si se separan él no podrá controlarlos: forzosamente perderá la pista de uno.

—No se preocupe por esos dos sujetos, Simón: yo voy a encargarme debidamente de ellos.

Capítulo XII

—Quizás haya cambiado de idea —sugirió Scott.

Su compañero Evans movió negativamente la cabeza.

—No lo creo. Estos sujetos son muy tercos. Cuando se rechaza una proposición como la del señor Laterre de ese modo, es que realmente el asunto repele. Así que Van Lynthem vendrá a tomar el avión esta misma tarde.

—¡Pobre hombre! —Sonrió Scott.

—Él se lo ha buscado. Estoy harto de café. Vamos a tomar algo más fuerte, ¿te parece?

—De acuerdo. Ron con hielo, por ejemplo.

—Para mí es suficiente. Pero no nos distraigamos: ese belga puede aparecer en cualquier momento, dispuesto a tomar el avión.

—No hay problema: todos los vuelos son anunciados, así que en todos ellos iremos mirando la puerta correspondiente a cada uno, y si Van Lynthem va a tomar ese avión, lo veremos.

Fueron otra vez al bar, y pidieron ron con hielo. Por los altavoces se anunciaba la llegada de un vuelo, pero a ellos no les interesaban las llegadas, sino las partidas. Cinco minutos más tarde anunciaban una salida de la Intercontinental, y aunque el vuelo era a Nassau, en las Bahamas, fueron a mirar. A veces, con tal de iniciar ya un viaje, se recurre a cualquier línea de vuelo haciendo extrañas combinaciones de rutas.

Pero no. Tampoco en aquella salida hacia Nassau estaba el belga Jacques Van Lynthem…

—Señor Jacques Van Lynthem —se oyó la bien modulada voz femenina en los altavoces—: tenga la bondad de presentarse en el servicio de información del aeropuerto, por favor.

El aviso fue repetido en francés y en español. Scott y Evans habían cambiado una mirada de desconcierto; luego, fueron mirando a todos lados, pero no vieron ni rastro del belga.

—Algo raro está pasando —musitó Evans.

Scott no contestó. Estaba pensando en la conveniencia de avisar a Jean Laterre por teléfono. Pero avisarle ¿de qué? ¿De que alguien estaba llamando a Van Lynthem? A Laterre no le importaría eso. Lo que él quería era que eliminasen a Van Lynthem, y punto final.

—Ve a echar un vistazo a Información —dijo Scott.

—Bien.

Evans se dirigió hacia allá, sin prisa. Desde luego, no se sentía a gusto, porque algo no previsto estaba ocurriendo, de eso no cabía duda. Llegó ante Información, y se mantuvo un tanto alejado. Frente al mostrador donde atendían a los pasajeros en tránsito, había un matrimonio blanco, una espléndida mujer negra, y un grupo de cinco o seis jóvenes, uno de los cuales estaba solicitando la información en aquel momento. Evans estuvo mirando a los jóvenes, que, finalmente, ya atendidos, se alejaron, riendo. Luego, fue atendido el matrimonio blanco, que también se alejó. Los párpados de Evans se entornaron cuando la negra habló con la encargada de emitir los mensajes. Hablaron unos segundos, la empleada asintió y se dispuso a hablar por el micrófono…

—Señor Jacques Van Lynthem, se ruega su presencia en Información, donde le están esperando.

El aviso fue repetido de nuevo en francés y en español. Para entonces Scott había llegado junto a Evans, moviendo la cabeza con gesto interrogante.

—¿Qué? —inquirió.

—Es la negra.

Scott miró hacia el mostrador ante el cual esperaba la espléndida mujer negra, vestida con discreta elegancia.

—¿Es ella la que está llamando a Van Lynthem?

—Yo creo que sí.

Para asegurarse completamente, Scott y Evans dejaron transcurrir todavía una hora. Para entonces, no solo desconfiaban ya de que Van Lynthem se presentase en el aeropuerto, sino que estaban convencidos de que, en efecto, era la negra la que esperaba al belga. Habíase sentado, finalmente, pero de cuando en cuando iba a pedir que radiasen un mensaje, y no podía ser casualidad que cada vez que ella hablaba con la locutora se pidiese en Información la presencia del señor Jacques Van Lynthem.

—¿Qué hacemos? —refunfuñó Evans.

Scott se decidió a hablar por teléfono. Fue a una de las cabinas, se metió dentro, y llamó a Port Morant. Tres minutos más tarde, se reunía de nuevo con Evans.

—Vamos a esperar que vuelvan a llamar a Van Lynthem —dijo.

—Bien.

Llamaron a Van Lynthem diez minutos más tarde. Desde luego, era la negra, que volvió a sentarse en una de las butacas cercanas a Información. Tenía junto a ella una maleta y un maletín forrado de raso negro.

—En la cama esa negra tiene que ser algo serio —comentó Evans.

—Vamos a lo nuestro.

Se acercaron a Información.

—Señorita —inquirió Scott—: ¿quién pide por Van Lynthem?

—Hace de ello bastante más de una hora, señor —señaló la locutora hacia la negra.

—Gracias. —Scott sonrió, se volvió, y miró a la negra directamente—… Vamos allá, Evans.

Los dos fueron hacia la negra, que les estaba mirando sin especial interés. No obstante, sí los miró con interés cuando los dos se detuvieron ante ella.

—Perdón —sonrió simpáticamente Scott—: ¿es usted quien está llamando al señor Van Lynthem?

—Sí… Así es.

—Nosotros somos amigos del señor Van Lynthem. Bueno, realmente solo se trata de que trabajamos para la misma empresa. Y si no nos equivocamos, el señor Van Lynthem está ahora en Port Morant.

—Pero él dijo que me estaría esperando a mi llegada.

—¿Ha llegado usted hoy a Jamaica?

—Hace casi dos horas. Y no comprendo lo que ocurre… ¿De verdad son amigos de Jacques?

—Compañeros de trabajo, de verdad. Me parece que el señor Van Lynthem está en el Blue Bay Hotel. Nosotros vamos hacia Port Morant, de modo que si lo desea podemos llevarla allá.

—¡Oh! ¿Realmente lo harían?

—Por supuesto. Hemos venido a traer a otro compañero que

acaba de partir hacia Trinidad, y volvemos a Port Morant; incluso tenemos que pasar por delante del Blue Bay, así que no será molestia alguna. El señor Van Lynthem debe de ser un sabio distraído, ya sabe usted, esos científicos están todos un poco chiflados, y quizá se haya olvidado de usted…

—Yo también soy científico —dijo la negra.

—¿Usted…?

—Soy la ayudante de Jacques. De Van Lynthem.

—Vaya… Esto sí que es una sorpresa. Bueno, en ese caso es muy posible que también usted vaya a trabajar para el mismo patrón que nosotros. ¡Para que luego no creamos en la casualidad! ¿Este es todo su equipaje? —señaló Scott la maleta.

—Por el momento, sí. Son ustedes muy amables.

Evans, que se había hecho cargo de la maleta, sonrió, y encogió los hombros. Scott intentó llevar el maletín, pero la ayudante de Van Lynthem lo retuvo.

—No se moleste. Estas cosas de mujer siempre las llevo yo.

—Como guste. Bueno, podemos partir hacia Port Morant ahora mismo. Estoy tratando de recordar… Pero no, no lo consigo. ¿Recuerdas tú que el señor Van Lynthem hablase de su ayudante, Evans?

—No.

—Es claro que no les habrá hablado de mí —negó la negra—. Pero esta es una historia un poco privada, señores. Yo creo que si Jacques cree oportuno dar explicaciones al señor Laterre lo hará en su momento.

—Ah… ¿Sabe usted que Van Lynthem ha venido aquí para trabajar con Jean Laterre?

—Naturalmente —lo miró sorprendida la negra.

—Claro: naturalmente, señorita… señorita… Me parece que no ha dicho su nombre…

—Louise… Louise Scrane.

—Yo soy Scott. Mi compañero es Evans. Tenemos mucho gusto en poder serle útil. Ya verá como Van Lynthem ni siquiera recuerda que tenía que venir a por usted. Lo primero que haremos será pasar por el Blue Bay…

—Ahí vuelve —dijo Evans—. A ver qué nos dice sobre Van Lynthem.

—Seguramente, ese chiflado ha cambiado de idea respecto a marcharse esta misma tarde, eso será todo.

—Desde luego, la negra está bestial, tú. Ahora mismo le haría un obsequio que…

—Tranquilízate —sonrió Scott—. Y no seas presuntuoso. A lo mejor, lo que tú llamas obsequio a ella la dejaba fría. Las negras son muy apasionadas, y gustan de hombres vigorosos. Muy vigorosos.

—¿Y crees que yo no…?

—¡Ssst!

Louise Scrane llegó junto al coche, y se inclinó hacia la ventanilla. Los dos asesinos vieron su gesto de sorpresa y de preocupación a la vez.

—Está en una clínica —dijo, como estupefacta.

—¿Quién está en una clínica? —Se pasmó a su vez Scott.

—Jacques… Me han dicho que había pedido la cuenta, y un pasaje de avión a New York. Lo estaban esperando para llevarlo al aeropuerto…, y al bajar, cayó rodando por las escaleras. En el mismo taxi que le estaba esperando, lo llevaron a una clínica privada que está no muy lejos de aquí… Me han apuntado la dirección. —Louise le tendió un papel doblado a Scott.

Este leyó rápidamente la dirección, y asintió, entregando el papel a Evans.

—Está muy cerca. Por suerte, hemos decidido esperarla, por si algo no iba bien… Y así ha sido. ¡Qué mala suerte! Bien, vamos allá, señorita Scrane.

—Bueno, ya les he molestado…

—¡Qué tontería! De todos modos tendríamos que enterarnos de lo que le ocurre a Van Lynthem, pues mañana habría sido echado en falta en el laboratorio del señor Laterre. En realidad, nos estamos ahorrando las molestias de haber tenido que localizarlo mañana. Suba.

—Sí… Sí, gracias.

Louise se metió en la parte de atrás del coche, y Evans lo puso en marcha, después que Scott se hubo pasado al asiento de atrás junto a la bella negra.

—Esperemos que no sea grave —dijo Scott—. ¿O sí lo es?

—No lo saben todavía. Desde luego, lo seguro es que tiene un brazo roto y conmoción cerebral, de modo que va a tener que estar

algunas semanas sin trabajar…, si solo se trata de eso. De todos modos, aunque el motivo de mi presencia aquí no era precisamente trabajar, si él tiene pendiente algún trabajo con ustedes quizá yo podría terminarlo.

—Nosotros no sabemos nada sobre eso. Pero según cómo estén las cosas, quizá sería interesante que la llevásemos a ver al señor Laterre. Le pagaría bien su trabajo, desde luego.

—¿De veras? —Lo miró un tanto irritada Louise—. ¡Pues ya sería hora de que alguien lo hiciera!

—¿Qué quiere decir?

Louise frunció el ceño, y no contestó. Abrió el maletín, sacó un cigarrillo, y se lo puso en los labios. Scott le ofreció la llama de su encendedor, y ella lo agradeció con un gesto. Estuvo unos segundos pensativa, antes de mirarlo fijamente.

—Mire, señor Scott, yo no quiero engañarlos a ustedes, ni al señor Laterre. Es cierto que he ayudado a Jacques en sus trabajos muchas veces, pero, básicamente, soy su amante. ¿Le sorprende?

—Un poco —sonrió Scott—. Pero admiro el buen gusto de Van Lynthem.

—Es usted muy amable —le miró ella con curiosidad—. Yo soy del Congo, señor Scott. Mis padres me enviaron a estudiar a Bruselas, y allá, durante mis estudios, conocí a Jacques en una de sus clases sobre técnicas de investigación. Como ocurre con frecuencia, la alumna jovencita se enamoró del genial maestro de edad madura… Yo admiraba en Jacques el genio creador…

—¿Ya no lo admira?

—Sí…, pero menos. Repetidamente, le he pedido que haga pública nuestra relación profesional, ya que no la personal, pero él le va dando largas al asunto…, mientras sigue acostándose conmigo. Y así, va pasando el tiempo, sin que yo tenga más oportunidades que la de seguir acostándome con Jacques y pasando por ser una especie de… empleada suya. Es una situación que yo había esperado que se resolviera aquí, en Jamaica.

—Según yo entiendo —murmuró Scott—, usted ya no está enamorada de Van Lynthem, y ahora espera obtener, simplemente, una situación profesional adecuada a sus merecimientos.

—Está bien expresado, sí.

—Bueno… Quizás, en términos científicos, usted no sea una

maravilla precisamente, señorita Scrane.

—Quizás —admitió ella—. Pero he aprendido tanto con Jacques que estoy segura de que podría hacer las mismas cosas que él…, si él me lo permitiera, claro. Pero no lo hará. Yo solo soy una linda negrita que le proporciona placer cuando lo necesita, y que le escucha embobada cuando él habla de sus investigaciones. Ni siquiera parece recordar que estuve en la universidad, y que él mismo me puso en el camino de la investigación. En fin —suspiró Louise Scrane—…, ya veremos cómo termina todo esto.

—Bah, no se preocupe: todo irá bien, ya lo verá. Veamos primero como está Van Lynthem, y luego ya buscaremos soluciones a lo que sea. De un modo u otro, usted no se preocupe por nada.

—Gracias… Gracias, señor Scott…

Scott miró el escote magnífico de Louise Scrane, y las piernas, que se veían en muy buena parte. Era bien cierto que la negra tenía unas formas impresionantes, así que Scott desvió la mirada para que ella no viese el brillo de sus ojos.

—No tiene importancia —susurró.

—Estamos llegando a la clínica —dijo Evans.

—¿Y visteis personalmente a Van Lynthem? —preguntó Jean Laterre.

—Desde luego —asintió Scott.

Jean Laterre terminó de encender un aromático cigarro, y se acercó a una de las ventanas, para quedarse contemplando el jardín mientras fumaba, pensativo. Era un hombre menudo y delgado, de ojos claros y rasgos tan vulgares que se le podía olvidar en el acto. No había en él nada especial, salvo los ojos claros. Vestía con vulgaridad, su aspecto era vulgar, su voz no tenía nada de especial… Era un hombre en el que nadie se fijaría ni aun teniéndolo sentado delante mismo en un viaje por tren durante horas. Sus cabellos eran lisos, castaños, con algunas canas en las sienes, y los llevaba cortados con la misma vulgaridad con que se expresaba toda su personalidad. A Jean Laterre no le hacía falta ninguna pócima maravillosa o milagrosa para convertirse en el hombre invisible, porque ya lo era, por la sencilla razón de que nadie en ningún lugar se fijaría en él.

—¿Quién había con él en la habitación de la clínica? —Se volvió para preguntar.

—Cuando llegamos había una enfermera, nada más. Acababa de ponerle una inyección. Van Lynthem estaba recién operado.

—¿Qué es lo que tiene exactamente?

—Se rompió la cabeza y se partió un brazo; también se dislocó un tobillo. Tiene una conmoción tremenda.

—¿Tenía la cabeza vendada?

—Hombre, claro —farfulló Scott.

—Quiero decir si se le veía la cara.

—Ah. Sí, desde luego. Estaba muy pálido. Y todavía bajo los efectos de la anestesia. No será Van Lynthem quien nos ocasione molestias, por el momento.

—Por el momento, no —dijo fríamente Laterre—, pero si despierta quizá le dé por hablar de la proposición que le hice… Ve a buscar a David, Evans.

—Sí señor.

Quedaron solos en el salón Scott y Jean Laterre. Este sonrió secamente, de pronto.

—¿Y la negra? ¿Qué hizo?

—Se ofreció para quedarse en la clínica a cuidar de Van Lynthem durante la noche. Le dijeron que todos los pacientes eran bien atendidos allí, pero que podía quedarse si lo deseaba. Y ella decidió quedarse, así que pasará allí la noche.

—Bien. ¿Estás seguro de que entendiste bien todo lo que ella dijo? No quiero volver a equivocarme, Scott.

—Ella dijo lo que le he contado antes —aseguró Scott—. No sé lo que esa negra puede saber de lo que a usted le interesa, pero apostaría lo que usted sabe a que por dinero ella le fabricaría incluso excrementos, si se los pedía. Quiero decir, artificiales.

Jean Laterre quedó de nuevo pensativo. Y así estaba cuando la puerta se abrió, y entraron Evans y el llamado David; este era un muchacho alto, rubio, hermoso, de ojos color café y mirada cálida, risueña, cariñosa, que llevaba por toda indumentaria un mono de color verde, apretado en los tobillos, las muñecas y el cuello.

—Diga, señor Laterre.

—Tengo otro trabajo difícil para ti, David.

—No hay nada difícil para mí —aseguró el hermoso joven.

—Así debo entenderlo, después de lo bien y oportunamente que eliminaste a Walter Bruckner. Esta vez, de todos modos, no creo que

sea tan difícil…, aunque sí será un poco complicado, pues tu víctima está internada en una clínica.

—¿Con vigilancia policial, o algo así?

—No, no… Es un particular que ha tenido un accidente, simplemente. Scott te explicará los detalles. Cuando estés al corriente, te das una vuelta por esa clínica, para estudiar el terreno. Bueno, no creo que deba decirte cómo debes actuar, ¿verdad?

—No señor —casi rio el bello David.

—De momento, no hay prisa, pues la víctima está bajo los efectos de una conmoción. Pero tampoco vamos a dormirnos… Solo hay un detalle en el que no quiero que cometas el más pequeño error, David: la muerte de Jacques Van Lynthem tiene que parecer accidental. Lo de Bruckner ya era indiferente, pues estoy convencido de que lo habían descubierto: aquella mujer tan especial no dejaba resquicio para la duda… Sí, era muy especial. Y cuando todos mis proyectos estén en marcha, la haré comparecer ante mí…

—Se llevará una gran sorpresa.

—No sé. Quizá no tan grande, David. Ella es muy inteligente, tenía una gran luz en los ojos… Claro que no es posible, pero incluso puede haber adivinado la verdad, mi salida del yate a tiempo, con la caja metálica hermética que se desprendió bajo el casco del *Iguaçú*… Bien, no es tiempo de pensar en aquella mujer, Ya sabes lo que te he dicho, así que atiende las explicaciones de Scott.

—Sí señor.

—¿Y qué hacemos con respecto a Louise Scrane? —preguntó Evans.

—Yo me ocuparé de ella —murmuró Jean Laterre.

Capítulo XIII

—Ha sido usted muy amable en venir, señor Laterre —dijo Louise Scrane, tendiendo su mano.

Jean Laterre estrechó con su pequeña y vulgar mano aquella otra, más grande que la suya, pero de forma bellísima, delicada, de fina piel negra.

—Hubiese venido anoche mismo —dijo con tono de disculpa—, pero Scott me aseguró que Van Lynthem no estaba en condiciones de recibir visitas. Y aun hoy, ya ve usted, he preferido molestarla a usted haciéndola bajar que subir yo a perjudicar quizás a nuestro amigo… ¿Le parece que demos un paseo?

—Oh, sí, con gusto… Me sentará bien.

—Vámonos, Scott.

Scott puso en marcha el coche, y condujo alejándose de la clínica. Ni siquiera había entrado en la explanada de esta. Había llegado con el coche, llevando en el asiento de atrás a Laterre, y había subido a buscar a Louise Scrane, de modo que nadie vio en la clínica a Jean Laterre interesándose por el accidentado belga. Louise había accedido a ver a Laterre fuera, y la idea de dar un paseo en coche incluso le había gustado.

—Y bien, ¿cómo está nuestro buen Jacques? —se interesó más a fondo Jean Laterre.

—Todavía está inconsciente. ¡Debió de ser una caída terrible! Bueno, por otra parte, claro, Jacques no es demasiado fuerte.

—Eso puede ocurrirle a cualquiera. Mmm… Me ha dicho Scott que usted podría estar capacitada para afrontar algunos de los trabajos de Van Lynthem.

—En general, sí, desde luego. Ya me ofrecí para hacer lo que fuese necesario si Jacques tiene algo pendiente con usted, señor Laterre.

—Sí. Es usted muy amable. Veamos, Van Lynthem está

especializado en investigaciones relacionadas con la vida marina. ¿Sería usted capaz de realizar todo lo contrario?

—¿Todo lo contrario? No comprendo.

—Puedo ofrecerle cien mil dólares ahora, en efectivo, inmediatamente. Y un millón de dólares dentro de seis meses.

Laterre se volvió a mirar a Louise, que había respingado y le estaba mirando fijamente, sobresaltada todavía.

—¿Un millón de dólares… para mí? —jadeó Louise.

—Quizá dos. En realidad, no tendría importancia. Incluso podría darle tres, y seguiría sin tener importancia.

—Pero… ¿por qué?

—Necesito un virus marino. Algo que, arrojado al mar, produzca una altísima mortalidad de vida de toda clase. Naturalmente debería ser algo que pudiese ser utilizado por zonas, es decir, que tuviese un límite de radio de acción. No sé si me comprende. Digamos, por ejemplo, que con un litro o un kilogramo de ese producto que usted fabricaría, se pudiese aniquilar todo signo de vida en el mar en un radio de diez kilómetros. Algo así… ¿Me comprende ahora?

—Sí.

—¿Puede usted fabricar algo así?

—Desde luego. Lo que no sé es si querré hacerlo, francamente.

—¿Por qué no? —Sonrió Laterre—. Desde luego, cada uno puede vivir como guste, pero según yo entiendo, usted no está muy satisfecha de su sistema de vida. Le voy a exponer las cosas crudamente, señorita Scrane…

—Doctora Scrane.

—Muy bien: doctora Scrane. Mi punto de vista es este: si yo fuese usted, preferiría vivir con mucho dinero en Jamaica a vivir con poco dinero en Bélgica y siempre dependiendo de un hombre de edad considerable y que, evidentemente, es de un egoísmo brutal tanto en lo personal como en lo profesional. ¿No he descrito bien la situación?

—Sí…, la ha descrito bien.

—En Jamaica hay tantos negros que nadie le haría caso a usted. O quizá sí le harían caso, cuando usted se instalase como podría hacerlo si tuviese tres millones de dólares.

—Usted me está… tomando el pelo, señor Laterre.

—No. Y tampoco estoy loco, cosa que usted podría creer si le dijera que podría… regalarle Jamaica entera para usted, por ejemplo.

—¡De verdad que está loco! —rio Louise Scrane.

—Quizá preferiría usted ser, por ejemplo, la Reina del Caribe. Quiero decir, reinar en todas las islas del mar Caribe. Eso también puedo ofrecérselo.

—Vamos, vamos, señor Laterre…

—Todo lo que ha de hacer es fabricar ese virus o lo que sea. Tengo aquí —Laterre tomó un portafolios que había en el asiento— parte de la prueba de que no estoy loco ni bromeo. Esto es para usted ahora mismo.

Louise abrió el portafolios, y sacó los fajos de billetes. El coche se había detenido a un lado de la carretera que bordeaba el mar; estaban en un sitio solitario, tranquilo… El sol refulgía en la blanca arena de la playa, en el mar azul, cuyo rumor sobre la arena era todo lo que se oía.

—¿Cien mil dólares? —musitó Louise, por fin.

—De momento. Todo lo que tiene que hacer es venir a mi casa, a trabajar. Tengo allí un gran laboratorio, y cualquier cosa que le faltase solo tendría que pedirla.

—¿Y Jacques?

—Estoy seguro de que estará bien atendido. Seamos sinceros: usted no puede hacer nada por él, su presencia en la clínica es más bien una actitud que una conveniencia.

—Sí… ¿Puedo ingresar ahora mismo este dinero, a mi nombre, en un banco de Port Morant?

—Naturalmente. ¿Acepta?

—No comprendo lo que pasa, ni qué pretende usted, pero nunca he tenido una oferta como esta. Y ya no soy tan joven como cuando pensaba que el amor y la ciencia me compensarían siempre de todo.

—Vamos —dijo Laterre—, ¡es usted joven y muy hermosa, doctora Scrane! Tan joven, a mi juicio, que incluso dudo que sea usted capaz de fabricar esa clase de virus.

—Se lo demostraré —dijo secamente Louise Scrane.

—Magnífico. Vamos a ir ahora mismo a Port Morant, usted ingresa su dinero, pasamos por la clínica a recoger sus cosas, y nos vamos a mi casa, donde quedara debidamente instalada. Ya trabaja

usted para mí, y quiero que sepa que todos los que trabajaban para mí deben vivir con el máximo confort. ¿Tiene alguna duda?

—Sí. ¿Para qué quiere usted ese virus, realmente?

—En realidad —sonrió el vulgarísimo Jean Laterre—, es una broma… Solo una broma. Regresemos, Scott. En cuanto al dinero, doctora Scrane, sería muy comprometido, por el momento, abrir una cuenta con esa cantidad. Yo le aconsejaría que alquilase una caja privada en un banco.

—Me parece bien —asintió Louise Scrane.

Minutos después, la doctora Scrane se apeaba delante del New Bank of Jamaica, en el paseo marítimo, llevando el portafolios de Laterre y su propio maletín en la misma mano.

Laterre y Scott se quedaron esperándola en el coche, y ella entró en el blanco edificio adornado con flores y protegido del radiante sol con toldos de color azul. En un mostrador pidió un formulario para alquilar un compartimiento privado, y fue a sentarse a la gran mesa que había en el centro del vestíbulo, dispuesta a rellenarlo…

En el extremo del vestíbulo, un negro que había entrado segundos después que ella, y que la había estado mirando disimuladamente, fue a tomar otro formulario, y se sentó a su lado.

—Me envía Simón —dijo.

Louise Scrane ni siquiera lo miró.

—¿Han enviado la fórmula desde la Central? —susurró.

—Sí. Está escrita en el papel que voy a colocar debajo del formulario; lo dejaré cuando me vaya. Simón dice que la copió él personalmente conforme iba llegando por la radio, así que puede usted confiar en ella. Con la fámula llegó un mensaje personal para usted, de un hombre llamado Mc Gee: suplica que tenga usted cuidado con esa fórmula, pues es peligrosa.

La doctora Scrane estuvo en verdaderos apuros para contener una sonrisa. ¡El buen Me Gee…! Incluso estando tan lejos era el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA.

—Deje la fórmula y no se preocupe.

—Sí señora.

Esta vez, *Baby* estuvo a punto de soltar la carcajada. ¡Sí, señora…! De todos modos, no podía culpar al negrito por estar impresionado y desconcertado a la vez. Seguramente, le habían dicho que todos los colaboradores de Jamaica estaban trabajando

para la agente *Baby*, y él, como todos, había esperado conocer a *Baby*… Por supuesto, todos sabían que era de raza blanca, y que había llegado con un hombre impresionante, el hombre que ella amaba. Pero, al entrar en contacto con *Baby*, el pobre muchacho se encontraba hablando con una mujer negra, tan negra como él mismo…, y ni rastro del hombre impresionante.

Pero, en fin, no era cosa de andar explicando por ahí dónde estaba Número Uno, ni que ella era negra auténtica ahora, al menos en cuanto a epidermis, gracias a una de las sorprendentes fórmulas inyectables de Mc Gee, llamada Blackcolor, y que ya había utilizado en otras ocasiones… Solo tenía que inyectarse la dosis adecuada, y su piel se tornaba negra por determinado número de horas, según la cantidad de suero inyectado…

El colaborador negro de la CIA se puso en pie, y se alejó hacia un mostrador. La doctora Scrane miró de reojo, y vio el papel doblado dejado encima de otros inutilizados por anteriores clientes. Miró hacia la puerta, luego alrededor como distraída, y luego, tranquilamente, tomó el papel, lo depositó ante ella, y lo abrió. Casi lanzó un grito de espanto al ver aquella fórmula escrita. ¿Cómo iba a poder aprenderse de memoria aquello en pocos minutos? ¡Era imposible! Su memoria era fabulosa, pero tenía un límite… No, no podría aprender aquella fórmula en pocos minutos. Así que dobló el papel varias veces, se inclinó, y lo metió dentro de su zapato, tras quitárselo. Se lo volvió a poner, y continuó llenando el formulario de petición de una caja de alquiler en el New Bank of Jamaica.

Unos diez minutos más tarde, Louise Scrane salía del banco y se sentaba de nuevo junto a Laterre, en la parte de atrás del coche.

—He tardado mucho, ¿verdad?

—Un cuarto de hora no es nada en la vida —sonrió él—. ¿Todo está a su satisfacción?

—Sí, sí. Bueno, he estado pensando en Jacques… No sé si a él le gustará que yo haga ese trabajo, señor Laterre.

—No se preocupe usted por Van Lynthem —dijo con voz reposada Jean Laterre—. En mi opinión, ha llegado el momento de que piense en sí misma exclusivamente. Claro que le hablo de un modo un tanto parcial, ya que su colaboración me ahorra muchas molestias y una espera de varios días que sería inevitable si tuviese que esperar a otro científico, pero reconozca que cuando menos, yo

estoy poniendo una buena base para su futuro: no es fácil conseguir cien mil dólares.

—Y dentro de seis meses, tres millones —recordó Louise.

—¿Y no preferiría ser Reina del Caribe?

—¡No! —Rio la doctora Scrane—. ¡Eso solo me proporcionaría preocupaciones! Y además, con tres millones de dólares, ya me sentiré como una reina…

—¡Reina del Caribe! —Bufó Simón—. ¡Ese tipo está loco!

—Vuelva a pasar la cinta —pidió Número Uno.

—Sí señor.

El agente de la CIA accionó el aparato de grabación, recogiendo la cinta. Habían estado grabando todo desde el mismo momento en que Scott había subido a buscar a *Baby* a la habitación de la clínica donde estaba instalado Jacques Van Lynthem, que se había prestado a toda la comedia del accidente y su internamiento. Cuando *Baby* supo que Scott iba a buscarla para presentarle a una persona que le interesaba, había entrado en el cuarto de baño, había llamado a Simón, y le había dicho que debían empezar a grabar. Ella había dejado su radio abierta, de modo que, pese a que estaba dentro del maletín, la grabación había sido fácil. *Baby* había esperado que deberían realizarla cuando ella fuese a la casa de Laterre, pues estaba segura de que este picaría en el anzuelo, pero ¿qué más daba en la casa que en una playa?

Número Uno había estado vigilando a distancia el coche en el que ella departía con Laterre y Scott. Luego, la había seguido hasta que ella entró en la casa, y estuvo por allí hasta que *Baby*, en susurros, le dijo que la habían instalado en una habitación después de almorzar, y que, en consideración a la mala noche pasada junto al accidentado Van Lynthem, iba a dormir una larga siesta. Número Uno había regresado a Port Morant, donde, mientras tanto, se estaban revelando las fotografías tomadas de Jean Laterre desde lejos, utilizando teleobjetivos…

—¿Desea ir a alguna parte en especial? —preguntó Simón.

—No. Toda la grabación, simplemente.

Volvieron a escucharla, mientras en una mesa cercana un agente de la CIA trabajaba sobre unas copias de las fotografías tomadas de Jean Laterre, utilizando lápices y rotuladores… El *signore* Tomasini

detuvo la marcha del aparato cuando llegó a la frase que más le había interesado. La pronunciaba Laterre, y decía exactamente: «No se preocupe usted por Van Lynthem».

—Esto es todo —murmuró el mejor espía masculino de todos los tiempos—… Laterre enviará a alguien a matar a Van Lynthem. Hay que prevenir eso.

—¿Realmente cree que se arriesgará a eso, en una clínica, y convencido además de que Van Lynthem está bajo efectos de una gran conmoción?

—Lo hará.

—Nos ocuparemos de ello —murmuró Simón.

Número Uno se acercó al dibujante, que alzó la cabeza y lo miró expectante.

—No sé si he interpretado bien sus explicaciones, señor.

El espía estuvo unos segundos contemplando las fotografías. Sobre ellas, el agente de la CIA que había asegurado tener aceptables nociones de dibujo, había ido alterando las facciones de Jean Laterre de acuerdo a las indicaciones recibidas. Así, en una de las copias fotográficas de Laterre, habían sido añadidos los rasgas copiados de una foto de Nelson Silveira. En otra, los rasgos de un negro con una gran cabellera muy rizada, blanca como algodón.

—Las ha interpretado exactamente —murmuró Número Uno.

—Entonces, es seguro que ese hombre escapó del yate antes de que este explotase, en Rio —exclamó Simón-Jamaica—… Pero ¿quién es, en realidad? ¿Es el verdadero Nelson Silveira, es John George Merrywale, es Jean Laterre…? ¿Quién demonios es ese hombre, de dónde ha salido, y qué es lo que realmente pretende con todo esto?

—Ella se ocupará de eso —dijo Uno—. Por nuestra parte, vamos a dedicarnos a controlar la casa, a todo el que entre o salga, y a colocar un círculo de agentes alrededor de Jamaica, por si alguno de los hombres de Laterre, o cualquier persona que salga de esa casa, emprendiese un viaje. Así pues, por supuesto tendremos personal en La Habana, Nassau, Miami, Trinidad, Ciudad México…

—Eso… eso va a movilizar demasiado personal…

Por un instante, los labios de Angelo Tomasini se cerraron como si fuesen un auténtico cepo de acero.

—En cuanto a mí se refiere —dijo acto seguido, sin alterarse en

absoluto—, le aseguro que no necesito la ayuda de la CIA para nada. Somos ella y yo quienes estamos ayudando a la CIA. Y si no fuese por complacerla a ella, yo no estaría aquí, ni enfocaría las cosas de este modo. De manera que elijan ustedes: o hacen las cosas como yo digo, o voy a esa casa, saco a *Baby* de ahí después de matar a Jean Laterre, y asunto terminado.

—Bueno, usted no me ha interpretado, señor. Yo soy el primero en desear que *Baby* esté a salvo…

—Eso lo sé. Pero yo nunca discuto por nada con nadie, Simón. Solo dígame si van a hacer lo que digo o no. Porque si la respuesta es no, yo voy ahora mismo a sacar de esa casa a *Baby*. Le aseguro que si no lo hago es más porque ella lo desea así que por complacer a ninguna otra persona o grupo. Pero mi tolerancia para los riesgos de ella tiene un límite.

—Llamaré pidiendo ese círculo —musitó Simón.

Número Uno ya no dijo nada más. Salió de la sala de estar de aquel apartamento, y fue a uno de los dormitorios. Se quitó la chaqueta, la funda axilar, el jersey, de hilo negro, y se tendió en la cama. En el techo zumbaba un ventilador, con sonido perceptible, monótono, soñoliento; el cuarto estaba en penumbra, listado con delgadísimas franjas de sol que se filtraban por la persiana.

«Debo de ser muy fuerte para soportar esto —se dijo el espía—… O quizás estoy loco. Porque de otro modo, no entiendo cómo puedo permitir que ella se arriesgue de ese modo, con lo fácil que sería ir allá y aplastarlos a todos como a cucarachas…».

Había no menos de quince hombres, todos ellos ataviados con aquellos monos. Estaban sentados repartidos por el amplísimo salón de la casa, Escuchando las explicaciones de otro hombre, vestido corrientemente, pero en verdad peculiar, debido a la forma de su cabeza, tan cuadrada como difícilmente cabe imaginarse, y tan calvo como si jamás hubiese tenido un solo pelo. Sus facciones también parecían cuadradas, e incluso sus ojos, grandes y oscuros, parecían cuadradas piedras inexpresivas, que se movían de un lado a otro como si fuesen ojos de robot.

Estaba sosteniendo en alto lo que parecía el casco de un viajero interplanetario: redondo, de material transparente, con auriculares, y con unos tubos para salida y entrada de aire en cuyos extremos

había unas válvulas.

—El efecto —decía el hombre de la cabeza cuadrada— es el mismo que produciría un buzo, realmente. Solo que cada uno de ustedes llevará su propio abastecimiento de aire, es decir, que sus movimientos serán autónomos. Lo contrario sería absurdo, en estos tiempos. Los tubos de aire no serán de hierro, tan pesados, sino de material plástico. Las conexiones deben hacerlas antes de colocarse el casco. Lo último que harán, será utilizar la materia adherente del borde de este para cerrarlo herméticamente en torno a su cuello… Hecho esto, quedarán aislados de lo que ocurrirá a su alrededor…

—¿Y qué es exactamente lo que ocurrirá? —preguntó uno de los oyentes.

—Dentro de muy pocos días, podrán verlo con sus propios ojos, cuando lleven a cabo su misión.

—¿No se confía en nosotros? —preguntó otro—. Conocemos ya todo lo que tenemos que hacer, pero no sabemos dónde será ni qué ocurrirá cuando utilicemos las fumigadoras. ¿No podría ser ya más explícito, doctor Xanfo?

—Lo siento, pero no me está permitido, señores —dijo el sujeto de la cabeza cuadrada—. Y quiero recordarles que llevamos en estos entrenamientos tantos días solo con el fin de conseguir el máximo de seguridad para ustedes. El señor Lat…

El llamado doctor Xanfo calló bruscamente, al darse cuenta de que todos miraban hacia la puerta del salón. Volvió la cabeza, y sus cuadrados ojos se fijaron en la espléndida mujer negra que había en el umbral.

—Ah, doctora Scrane —saludó Xanfo—… Buenas tardes. ¿Ha descansado bien?

—Así es. Me temo que les he interrumpido, doctor… doctor… Perdone, pero no recuerdo el nombre que dijo el señor Laterre.

—Es poco corriente, lo sé: Xanfo.

—Xanfo, sí, es cierto. Bueno, siento haberles interrumpido. Si les parece bien, puedo sentarme a esperar al señor Laterre. Sé estar quieta y callada, doctor Xanfo —sonrió encantadoramente—, se lo aseguro.

—Bien… —Xanfo vaciló visiblemente, pero la doctora pareció no darse cuenta, y fue a sentarse en un sillón—… Bueno, realmente, usted forma ya parte del grupo, doctora Scrane.

—Naturalmente —ella le miró ahora como sorprendida—. No se me había ocurrido que usted pudiera pensarlo de otro modo, doctor Xanfo. Por cierto: doctor, ¿en qué? ¿En Medicina, quizá?

—Más bien todo lo contrario, diría yo —sonrió Xanfo, muy divertido—… Podríamos decir que soy Doctor en Exterminio.

Louise Scrane parpadeó.

—¿Ha inventado usted algún insecticida, quizás?

La carcajada fue unánime, por supuesto incluida la del propio Xanfo, que miraba cada vez con más complacencia a la doctora Scrane. Especialmente, desde que ella se había sentado, mostrando unos muslos de belleza increíble, de un atractivo sensual que estaba perturbando a Xanfo.

—No es propiamente un insecticida… Por otra parte, no soy yo quien inventa esas cosas, sino ustedes.

—¿Nosotros? —Louise miró a todos lados—. ¿Y quiénes somos nosotros?

—Usted y los demás científicos.

—Ah… ¿Hay más científicos en la casa? Oh, pero les estoy haciendo perder el tiempo, doctor Xanfo… Por favor, sigan ustedes. Talmente como si yo no estuviera aquí.

De nuevo vaciló Xanfo, pero la doctora Scrane tenía su propia táctica al respecto: simuló no darse cuenta de su vacilación, esto es, dio por sentado que ella podía quedarse, y eso hizo, encendiendo un cigarrillo sin mirar a nadie…

—Como estábamos diciendo —prosiguió de pronto Xanfo—, el señor Laterre pretende que nuestro grupo sea no solo eficaz, que sepa operar con tal seguridad que jamás tengamos bajas. Como ustedes comprenderán, lo más fácil que hay para un general es enviar cien mil hombres al combate y conseguir su objetivo aunque sea a costa de las vidas de sesenta mil hombres. Pero ese, indudablemente, sería un mal general. Yo quiero ser un buen general, y para eso me paga el señor Laterre. Entonces, la seguridad de mis hombres es fundamental, y de ahí todos los largos entrenamientos.

—Doctor Xanfo —alzó la mano uno de los presentes.

—¿Sí, Hermman?

—Sabemos que está haciendo todo lo posible por proporcionarnos una gran seguridad de acción, y se lo agradecemos.

Pero voy a repetir la pregunta: ¿qué es lo que ocurrirá cuando utilicemos las fumigadoras, y dónde y cuándo lo haremos?

Nuevo titubeo por parte de Xanfo, que al fin murmuró:

—Voy a decirles solo dónde lo harán: probablemente, será en Estados Unidos, en el Medio Oeste.

—En la zona agrícola, claro —dijo otro.

—Sí, en la zona agrícola precisamente.

—Tengo entendido que los norteamericanos se gastan ya verdaderas fortunas en fumigaciones… ¿Acaso vamos a ayudarles gratis?

—No seremos precisamente una ayuda para ellos, Olaf.

—¿Debo entender que seremos… todo lo contrario?

—Sí… Sí, así es.

—Lo contrario de ayudar es perjudicar. ¿En qué modo…?

—¡Doctora Scrane! —Se oyó la voz—. ¿Qué hace usted aquí?

Todos miraron hacia la puerta, donde Jean Laterre contemplaba con expresión alterada a Louise, que se puso en pie rápidamente.

—Bueno… Pues no hago nada, realmente. Solo…

—¡Este no es su sitio! Venga conmigo, por favor.

—Sí, con gusto. —Louise apagó el cigarrillo en un cenicero, y alzó un brazo en gracioso gesto de despedida—… Hasta la vista, fumigadores.

De nuevo hubo una carcajada unánime en el salón. En la puerta de este, Laterre dirigió una fulminante mirada a Xanfo, que se desconcertó. Louise salió del salón, y caminó hacia el fondo del vestíbulo, orientada por Jean Laterre.

—Espero no haberle molestado —se disculpó la negrita—. Me desperté, bajé aquí, y oí voces, así que fui allá. Al ver al doctor Xanfo pensé que podría quedarme fumando un cigarrillo… Francamente, señor Laterre, tengo la impresión de que ustedes no están tramando nada bueno.

—¿Le preocuparía eso? —La miró de reojo Laterre.

—No sé. A decir verdad, no me gustaría mucho participar en algo que pudiese… ocasionar muertes… No sé si me comprende…

—Tranquilícese —rio Laterre—… No habrá muertes. Y las que habrá, no tendrán importancia, aunque se trate de varios millones. A menos que usted vaya a ponerse a llorar por la muerte de algunos millones de peces, pollos y vacas, por ejemplo.

—No creo que eso me haga llorar.

—Magnífico. Supongo que está comprendiendo que quien ocasionaría las muertes en el mar sería usted.

—Sí, entiendo eso. Pero no entiendo para qué, no puedo comprender qué persigue usted con ello. ¿De qué se trata?

Jean Laterre señaló la puerta que había al fondo del vestíbulo, la abrió, y señaló el tramo de anchos peldaños de piedra que descendían.

—Bajemos —sonrió—… Hace muchos años, esto era una bodega donde algunos piratas organizaban formidables juergas secretas. Hoy, si pudiesen ver en lo que se ha convertido su cubil, creerían que estaban teniendo un sueño fantástico. Pero a usted, claro, no va a impresionarla un laboratorio.

—Desde luego que no.

—Bajemos, pues.

Capítulo XIV

En realidad, la doctora Scrane sí quedó impresionada.

El laboratorio era enorme; quizá tendría cuarenta metros de largo por doce o catorce de ancho.

Las instalaciones eran cuantiosas, por todas partes se veían instrumentos de los más sofisticados. Había incluso un pequeño zoo en una gran jaula metálica dentro de la cual algunos monos, gallos, ovejas y otros animales convivían en un extraño silencio apático. Y también había un pequeño invernadero, donde se cultivaban diversas especies vegetales, incluso flores. Y un gran acuario en el que cabría incluso un automóvil, con muchos peces en su interior, de aguas iluminadas.

Y naturalmente, hombres. A simple vista, la doctora Scrane calculó una docena de hombres ataviados con bata blanca, que trabajaban silenciosamente. Uno de los primeros hombres que vio trabajando como aislado del resto del mundo fue Nelson Silveira, pero permaneció impasible, simulando no haberlo visto.

—¿Sorprendida?

Louise Scrane parpadeó, dejó de mirar vagamente alrededor, y fijó sus bellos ojos negros en Jean Laterre.

—Sorprendida es poco —murmuró—… ¿Qué significa todo esto?

—Son científicos trabajando, simplemente.

—Sí, ya lo veo. Pero…, bueno, todo da la impresión de que este laboratorio es secreto. Y me pregunto si también es ilegal.

—¡Naturalmente que es secreto y por tanto ilegal! —exclamó Laterre, riendo—. ¡Naturalmente! Costó mucho dinero instalarlo de un modo adecuado.

—Entonces, es usted un hombre rico, señor Laterre.

—¿Yo? Bueno, tengo algo de dinero… Pero todo esto fue financiado por un amigo, un millonario norteamericano. Venga, voy a mostrarle su lugar de trabajo.

Señaló hacia el acuario, y comenzaron a caminar los dos hacia allí. Louise Scrane, por supuesto, estaba pensando en el nombre del millonario norteamericano amigo de Laterre: Walter Bruckner. Un «amigo» que había sido utilizado, explotado económicamente, y luego, cuando resultaba comprometedor, eliminado…

—En realidad —decía Laterre—, no es que usted tenga que trabajar ahora, ya que la jornada está a punto de terminar, y todos descansarán. Luego le presentaré a estos caballeros. Ahora, el momento es bueno para instalarla en su puesto de trabajo y resolverle cualquier duda que usted tenga sobre él.

—Ninguna —murmuró Louise, deteniéndose ante el acuario—… Tengo que fabricar cualquier compuesto que elimine todo signo de vida dentro de este acuario, ¿no es así?

—Como punto de partida, sí. Pero su producto deberá ser de gran poder expansivo, doctora Scrane, no útil solamente dentro de una pecera.

—Sí, entiendo. Bien, si este es mi laboratorio privado, ya lo conozco, y puede estar seguro… ¡Pero…!

—¿Qué le ocurre? —Respingó Laterre ante la sobresaltada exclamación de Louise.

—¡Pe-pero… aquel hombre… parece el profesor…! Oh, qué tontería, claro. ¡No puede ser!

—¿Se refiere al profesor Nelson Silveira? —Sonrió Laterre.

—Sí… ¡Se parece tanto! Pero no lo es. Hace unos días leí que había pasado algo extraño en Brasil, y que…

—Venga —rio Laterre, tomándola de un brazo—, la voy a presentar, aunque eso no está permitido en horas de trabajo. Usted será la excepción que confirma siempre la regla.

Llegaron los dos junto a Nelson Silveira, que ignoró su presencia y continuó manipulando pequeños trozos de caña de azúcar, que flotaban en los líquidos de diversos colores contenidos en varios recipientes, algunos de los cuales se estaban calentando.

—Profesor Silveira —le tocó Laterre en un hombro.

El científico brasileño se volvió, con expresión ausente; lo primero que destacó de él, ante los ojos de Louise Scrane, fue la pequeña cicatriz sobre la ceja derecha. Cicatriz que, ciertamente, no tenía Jean Laterre…, cuya estatura y corpulencia eran prácticamente idénticas a las de Silveira. Este contemplaba con

expresión amable a la doctora Scrane, quien a su vez, tras los gruesos cristales de los lentes del brasileño veía sus ojos claros y chispeantes. Nelson Silveira, realmente, no podía tener más aspecto de sabio distraído. Y resultaba tan simpático, incluso tan enternecedor en su insignificancia física, que Louise Scrane no pudo evitar una sonrisa.

Sonrisa que tuvo que retener cuando Laterre presentó:

—Doctora Louise Scrane; profesor Nelson Silveira.

Silveira, simplemente, parpadeó y tendió la mano. Louise la aceptó, mientras tartamudeaba:

—Pe-pero yo leí… Bueno, los periódicos decían… ¡Estoy segura de que leí que el profesor Silveira había muerto en Rio, en extrañas circunstancias!

—Pues ya ve usted que está vivo —rio Laterre.

—Oh, sí, lo veo… ¡El mundo le está dando por muerto, profesor Silveira!

—No importa —dijo Silveira, en perfecto inglés—… Lo que interesa siempre de las cosas es la verdad, no la fantasía. Si todos me creen muerto, y yo estoy vivo, lo que importa es que estoy vivo, ¿no le parece, doctora?

—Sí, claro… ¿Eso es caña de azúcar? —señaló.

—En efecto.

—¿Y qué está haciendo usted con ella?

Nelson Silveira miró a Laterre, que sonrió y movió negativamente la cabeza.

—No está permitido cambiar comentarios respecto al trabajo de cada uno, doctora. Pueden ustedes hablar de lo que quieran, menos de sus respectivos trabajos. Cada uno debe concentrarse en el suyo, sin interferencias. Luego, durante el descanso, pueden hablar de política, de arte, de amor, de deportes, de música… De todo, menos de sus respectivos trabajos. Espero que ahora que está convencida de que el profesor Silveira está vivo simpatizarán ustedes. Entre los demás puede que haya algún racista, pero creo que los brasileños no tienen esta clase de tonta preocupación.

—Tenemos cosas más serias en qué pensar, en efecto —dijo Silveira—… Nos veremos luego, doctora Scrane.

—Sí… Sí, encantada, profesor.

Silveira sonrió. Era uno de esos tipos delgados, feos, desvalidos,

pero que resultan simpáticos a todo el mundo, por su amable gesto, su frente despejada, la mirada directa de sus ojos empequeñecidos tras los gruesos lentes. Se volvió, y continuó su trabajo, como olvidado instantáneamente de todo lo que le rodeaba. Jean Laterre le hizo una seña a Louise, y se alejaron de Silveira.

En la entrada al laboratorio apareció Scout, mirando a todos lados y haciendo un gesto de complacencia al divisar a Laterre, a cuyo encuentro acudió rápidamente.

—Ha llamado David, señor Laterre.

—Ah. ¿Y qué quería?

—Es sobre Van Lynthem: dice que puede ocuparse de él esta misma noche, si usted lo autoriza.

—¿Qué quiere decir eso? —se interesó vivamente Louise.

—Quiere decir que nosotros nos ocupamos de nuestros amigos, naturalmente —explicó Laterre—. Puesto que usted no estará ya con Van Lynthem, hemos enviado a uno de nuestros empleados.

—Ah. Bueno, pero yo supongo que Jacques ya debe de estar mucho mejor…

—Nosotros no abandonamos a los nuestros nunca, doctora Scrane. Ve a decirle a David que lo haga, Scott. Y haz otra cosa… Yo tengo que conversar aquí abajo con algunos de nuestros colaboradores, así que vas a encargarte de enseñarle el resto de la casa a la doctora Scrane. Invítala a un trago. Atiéndela, en fin. A partir de mañana, su vida no será tan descansada aquí.

—Le advierto —rio Louise— que a mí no me gusta trabajar muchas horas seguidas, señor Laterre.

—A todo se acostumbra uno.

Scott señaló la puerta, tomó a Louise de un brazo, y salieron del laboratorio. Louise Scrane notaba cómo los dedos de Scott acariciaban su fina piel, la palpaban suavemente mientras la mano subía y bajaba por el desnudo brazo. Lo miró en silencio, y Scott, tras sonreír, simplemente la soltó.

Al llegar arriba, a la planta baja, Scott señaló hacia lo alto.

—Como seguramente vería antes, la casa consta de planta baja y dos pisos, aparte del sótano, claro. En el segundo piso duermen Xanfo y sus hombres. En el primero, los científicos, el señor Laterre, y sus tres colaboradores más directos, que somos David, Evans y yo mismo. O sea, que usted y yo estamos en el mismo piso.

—Es una buena noticia —sonrió Louise.

—¿Verdad que sí? Bien, perdóneme un momento, ya sabe que tengo que telefonear…

—Oh, sí. Mientras tanto, subiré un momento a mi cuarto, a cambiarme una prenda. Me parece —se tocó la cintura— que algo se ha roto por aquí dentro.

—¿Necesita ayuda, quizás? —Sonrió maliciosamente Scott.

—Para tan poca cosa, no —sonrió también Louise—. Hasta ahora, Scott.

—Puesto que tenemos que subir al último piso para empezar a ver la casa por allí, pasaré a recogerla a su cuarto… ¿Le parece bien?

—Claro que sí.

Louise subió rápidamente a su dormitorio, cerró la puerta por dentro, sacó del armario el maletín forrado de raso negro, y entró en el cuarto de baño. Abrió el maletín, sacó el paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos.

—¿Sí? —Se oyó la voz de Simón.

—Hola, Simón. Uno: ¿me estás oyendo?

—Sí.

—No dispongo más que de un par de minutos, como máximo, así que atended bien: un hombre llamado David va a ir a asesinar a Van Lynthem esta noche, no sé cuándo; le están autorizando a ello en estos momentos. Luego, esta casa: tiene un sótano enorme, en el que hay exactamente trece científicos trabajando en el laboratorio que Jean Laterre ha instalado con la ayuda financiera de un amigo norteamericano. Naturalmente, Walter Bruckner. Además de los científicos, hay un hombre de cabeza cuadrada al que llaman doctor Xanfo; él dice de sí mismo que es Doctor en Exterminios… Y debe de ser cierto, porque está instruyendo a quince hombres altos, jóvenes y fuertes para determinada acción en la que ellos utilizarán casco protector, con recepción personal de aire almacenado en tubos. Hablan de fumigar, y parece que esa acción sería en el Medio Oeste de Estados Unidos. Mi opinión es que disponen de algún producto nocivo para la vida vegetal, aunque podría ser nocivo también para las personas, pues de otro modo el doctor Xanfo no se preocuparía tanto por sus hombres, supongo. En el laboratorio subterráneo hay animales domésticos, un pequeño invernadero, y

un acuario; en el acuario tendré que trabajar yo, en sustitución de Van Lynthem, pero eso no es problema…

—¿Qué clase de armas tienen esos quince hombres? —preguntó Número Uno.

—Por el momento, solo he percibido los bultos de pistolas. No sé si tendrán otra clase de armas en otro lugar. Dentro de un minuto empezaré a recorrer la casa, y quizá vea algo interesante. De todos modos, no hagáis nada hasta que yo os avise, mi amor. No se trata solo de evitar un enfrentamiento armado con los hombres del doctor Xanfo: es que todavía no sé a qué atenerme respecto a todos estos científicos, y de qué parte estarían. Todos me han parecido muy tranquilos en sus trabajos, sin disgusto ni nada parecido. En ese caso, si están aquí por su propia voluntad, el número de hombres contra los que luchar, se duplicará. Nelson Silveira está aquí.

—¿Trabajando en el laboratorio?

—Sí. Con caña de azúcar. Es todo lo que sé por ahora. No dispongo de más tiempo. Cuidad de Van Lynthem.

Cerró la radio, sin más, y la guardó. Luego, se quedó mirándose en el espejo del lavabo, dubitativa. ¿Debía inyectarse más Blackcolor? Su dosis de emergencia, que llevaba siempre que salía en alguna misión, era muy reducida, así que debía consumirla con cuidado. Lo mejor sería inyectarse una pequeña dosis de modo que no hubiese riesgo de perder el color negro antes de retirarse definitivamente por aquel día a descansar a su cuarto. Sí, era lo mejor. Inyectarse ahora y pasar la noche sin Blackcolor, esto es, con su piel blanca natural…

Estaba terminando de inyectarse por vía subcutánea la pequeña dosis de mantenimiento de piel negra cuando sonó la llamada a la puerta del dormitorio. Terminó de introducir el líquido bajo su piel, retiró la jeringuilla, y alzó un poco la voz:

—Un momento, Scott, por favor.

Lo recogió todo, fue a dejar el maletín en el armario, y abrió la puerta. En el pasillo del amplio primer piso, Scott la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué se ha encerrado con llave? —refunfuñó.

—Pues para ser sincera —rio Louise Scrane— lo he hecho porque no me gustan las complicaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que usted mira mi escote de un modo que me pone un poco nerviosa, Scott.

—No debe preocuparse —sonrió de pronto Scott—: a fin de cuentas, todo lo que podría ocurrirle sería agradable.

—Lo sé —aceptó ella amablemente—: solo falta saber si sucedería en el momento oportuno.

Scott parpadeó. Luego, señaló hacia arriba.

—Vamos allá. Terminaremos enseguida y tomaremos un aperitivo…

Terminó de tomar su café, y miró de nuevo su reloj de pulsera. Eran las once y siete minutos de la noche; es decir, una hora óptima para ir a cumplir su trabajo. Así pues, David dejó un billete sobre el mostrador de la cafetería y salió de esta. Estaba a poca distancia de la clínica, de modo que iría caminando, sin tocar el coche, que utilizaría solo después de realizado el trabajo, para regresar a la casa de la playa.

En menos de dos minutos estuvo delante de la clínica. Todo estaba en calma, en silencio. Desde allí, veía la luz del vestíbulo. Ni una sola persona.

La recepcionista quizás estuviese dormitando, o tomando café, o quizás amándose con algún médico o enfermero en cualquier pequeño cuarto destinado a servicios auxiliares…

Pasó por delante de la clínica, mirando hacia el interior… Pues no. La recepcionista del turno de noche, ni dormía ni estaba gozando del sexo con nadie. Estaba en su puesto, leyendo una revista y fumando un cigarrillo. Lástima, porque era una hermosa muchacha negra.

David rodeó la clínica, y entró en esta por donde ya había previsto, realmente, que tendría que entrar: por la gran puerta de atrás, que era donde llegaban las ambulancias. Subió la breve escalinata, abrió la puerta pequeña de la derecha, y echó un vistazo.

Nadie. Silencio.

Entró en aquel pasillo, sacó del bolsillo el paquete, y lo deshizo, retirando la corta bata blanca de nylon, que se puso sobre la camisa de alegres colores, holgada, bajo la cual, en la axila llevaba la pistola, en la funda que pendía de los atalajes directamente en contacto con el hombro. En el bolsillo izquierdo del pantalón,

llevaba el estuche con la jeringuilla. Todo lo que tenía que hacer era inyectar aire en una vena del brazo de Van Lynthem, formando así una burbuja que, cuando llegase al corazón, provocaría la muerte. Una muerte que no dejaría pista de ninguna clase. ¿Embolia? ¿Colapso? ¿Derrame cerebral?

Recorrió el pasillo con toda naturalidad, y al llegar a la escalera central del edificio, subió al segundo y último piso. No era una clínica muy grande, por fortuna. Ya era un milagro que en Port Morant contasen con tales servicios…

Sin encontrarse con nadie, llegó al segundo piso, y buscó el número de la habitación: el 29. Lo sabía porque había telefoneado antes, preguntando por el estado del señor Van Lynthem y cuándo podría recibir visitas…, aprovechando, por supuesto, para preguntar el número de la habitación.

El 29.

Allá lo tenía.

David miró a ambos lados del pasillo. Nadie. Empujó la puerta y entró, suavemente, con naturalidad, por si dentro hubiese en aquel momento algún médico o enfermera. No había nadie. Entró, cerró la puerta, y se acercó a la cama. Se detuvo junto a Jacques Van Lynthem, que parecía dormir. Apenas se le oía la respiración. Estaba muy pálido, casi tanto como las vendas que rodeaban la parte superior de su cabeza. Su brazo derecho se veía escayolado, y también su tobillo izquierdo, es decir, todo el pie. David sonrió alegremente, y sacó el estuche con la jeringuilla. La estaba montando cuando se le ocurrió mirar el rostro de Van Lynthem.

El lívido rostro…, en el cual destacaban los ojos, muy abiertos, fijos en David. Aterradamente fijos en David, que quedó inmóvil, como súbitamente congelado. En un instante, el guapo asesino profesional tuvo la exacta intuición de lo que estaba sucediendo: sabían que él iba a ir aquella noche a matar a Van Lynthem; lo sabía este mismo, y por eso lo contemplaba aterrado, mudo de miedo; se había prestado al juego, pero, claro está, no iban a permitir que él lo matase… Entonces, era él quien estaba en peligro…

La lúcida mente de David, del joven, apuesto y asesino David iba a crear no pocos problemas aquella misma noche, con su reacción. Al comprender que estaba en una trampa, y que no era Van

Lynthem quien estaba en verdadero peligro, sino él, David reaccionó tan frío, tan inteligente, que incluso sus enemigos tendrían luego que admirarlo: si había alguien que lo estaba controlando, para impedir en el último momento que matase a Van Lynthem, era que estaba muy cerca de él, y, claro, lo estaba mirando, como el propio Van Lynthem. Y para mirarlo a él, sin que él viese a nadie en aquel cuarto, la persona que le miraba solo podía estar dentro del armario. David continuó montando la jeringuilla, bajos los párpados, mirando hacia el armario…, cuya puerta estaba abierta un centímetro o poco más.

Muy bien.

No terminó de montar la jeringuilla. La tiró con fuerza contra la cara de Van Lynthem, sacó la pistola, y disparó contra la puerta del armario cuando esta comenzaba a abrirse.

Plop, chascó su pistola.

En el cuarto resonaron a la vez este chasquido, el grito de espanto de Van Lynthem, y el alarido de dolor dentro del armario, mientras David, corriendo hacia la ventana, volvía el torso y disparaba contra la puerta de la habitación, que había comenzado a abrirse…, y que se quedó como estaba, solo que astillada por el balazo. Para entonces, David ya estaba en al aire, desapareciendo por la ventana hacia el exterior en un salto que podía parecer un vuelo…

Simultáneamente, la puerta del armario se abría, y Simón-Jamaica salía del mueble, con las manos en el vientre, doblándose hacia delante, y cayendo por fin de bruces…, mientras la puerta de la habitación se abría de golpe, y Número Uno entraba también como volando, pistola en mano, mirando a todos lados mientras estaba en el aire.

Y lo vio todo a la vez: Van Lynthem incorporado, gritando aterrado, chillando como una rata más bien; Simón cayendo de bruces. Y el bello muchacho que había visto antes en el pasillo mirando por la rendija de una de las puertas, desapareciendo por la ventana.

Sin hacer caso a nada más. Uno corrió hacía la ventana, y colocándose a un lado, gritó:

—¡Ha saltado al jardín! ¡Que no escape!

Abajo, en las sombras del jardín posterior de la clínica, no hubo

reacción alguna. Uno fue a arrodillarse junto a Simón, que gemía quedamente.

Le dio la vuelta, y se mordió los labios al ver el boquete en el vientre, y la enorme mancha de sangre que estaba empapando rápidamente la ropa.

—No se mueva. Simón: enseguida vendrá un médico.

—Ha… ha sido por mi culpa —gimoteó Van Lynthem—… ¡No pude evitar abrir los ojos y mirarle y él se dio cuenta…!

—Cállese —gruñó Uno.

Salió de la habitación, y regresó antes de medio minuto acompañado de un médico y una enfermera. El médico no miró a Simón más de un segundo.

—Al quirófano, enseguida, ¡ahora mismo!

La enfermera salió en busca de ayuda, y apenas un minuto más tarde regresaba con dos enfermeros, uno negro y otro blanco, que sacaron de allí en el acto a Simón, a quien precedieron el médico y la enfermera, para prepararse a toda prisa. En la cama, el belga seguía tartamudeando incoherencias, agitadísimo. Número Uno se acercó a él, le puso una mano en un hombro, y lo empujó, hasta tenderlo en la cama.

—Cálmese. La culpa no es suya, ya le dije a Simón que usted no estaba acostumbrado a estas cosas. Pero él quería a todo trance capturar vivo a ese hombre, y ya ve…

—No sé có-cómo pudo… adivinar que… que en el armario había… había… Yo… yo-yo-yo solo… solo le miré…

—Él tuvo suficiente. Ya no tiene remedio, así que tranquilícese.

Número Uno se acercó a un lado de la ventana, y escuchó. Tendría que bajar él, desde luego. ¿Cómo era posible que no hubiesen cazado a un hombre que había saltado desde dos pisos de altura?

«Yo ya no podría saltarlos —reflexionó—… Debe de ser muy joven».

Pero no podía perder el tiempo en elucubraciones mentales. No podía perder, realmente, ni un solo segundo más. Así que sacó su radio del bolsillo, y apretó el botón de llamada.

Capítulo XV

Bip-bip-bip-bip…

La mano de Louise Scrane buscó velozmente la radio, que había colocado bajo la almohada, y admitió en el acto la llamada, sobresaltada. Dejó de oírse el bip-bip-bip. Louise se sentó en la cama, y acercó la radio a su boca.

—¿Sí? —susurró.

—Sal de esa casa ahora mismo —oyó la voz de Uno.

—¿Qué ha ocurrido?

—El asesino ha escapado, al parecer. Quizá lo cacemos, pues tiene que estar acorralado, pero no es seguro.

—Puedo esperar a que…

—Si él tiene radio, como nosotros, avisará inmediatamente de su apuro a Jean Laterre. Y no quiero discutir contigo la posibilidad de que Laterre desconfíe de ti. Ni quiero correr el menor riesgo en ese sentido. Ya está bien.

—Pero, mi amor, quizá no…

—Brigitte, sé razonable. Sal de ahí ahora.

—Sí, mi amor.

Louise Scrane cerró la radio, saltó de la cama, y se dirigió hacia donde había dejado su ropa. Pero, ya con ella en la mano, quedó inmóvil. No podía marcharse así, sin obtener provecho alguno de su estancia en aquella casa… Muy cerca de ella estaba durmiendo el hombre que, caracterizado como Nelson Silveira, había asesinado hacía días, en Washington, al científico norteamericano Denis Doncaster…, y a dos hombres llamados Burton Douglas y Aldo Ramsay, agentes de la CIA, dos «Simones». Esto era algo que la agente *Baby* jamás perdonaba. Jamás.

—Te voy a cortar el cuello —musitó en la oscuridad del dormitorio.

Dejó las ropas, y se dirigió hacia el armario, donde estaba su

maletín, con todos sus trucos. Uno de ellos, por ejemplo, el cepillo para el cabello, del cual, cuando se apretaba adecuadamente el mango, sobresalía un estilete de casi ocho pulgadas… que podía atravesar de parte a parte el flaco cuello de Jean Laterre.

¿Y Silveira? ¿Y los demás?

¿Eran culpables de algo, sí o no? Y si no lo eran ¿qué sucedería con ellos cuando Xanfo y sus hombres se diesen cuenta de lo que había sucedido? Oh, por Dios, no podía marcharse así, dejando las cosas de aquel modo. Ella siempre lo terminaba todo bien, no tenía por qué mostrarse temerosa hasta el extremo de variar su modo de actuar.

La decisión la tomó Brigitte Montfort al mismo tiempo que se daba cuenta, debido al leve resplandor de la luna menguante que llegaba del exterior, de que su piel volvía a ser blanca. ¡Y le quedaba tan poco Blackcolor…!

La decisión fue ir a ver a Silveira en aquel mismo momento y tal como estaba. Solo que, ciertamente, no iría desarmada, por si acaso.

Del maletín tomó el cepillo para el cabello, y se dirigió hacia la puerta.

Regresó a la cama para recoger la pequeña radio, que, como no supo dónde guardar, pues solo llevaba puesta una pequeña camisita de dormir, mantuvo en la mano, con el cepillo. Podía ser sorprendente si alguien la encontraba por el pasillo con un paquete de cigarrillos y el cepillo para el cabello, pero la sorpresa no mata a nadie…, por lo general.

Salió silenciosamente de su dormitorio, cruzó el amplio pasillo directa hacia la puerta del dormitorio de Silveira, que se había cuidado muy bien de saber cuál era, y estivo unos segundos escuchando en la madera. El silencio era absoluto.

Empujó la puerta cuidadosamente, temiendo encontrarla cerrada, pero no. Estaba abierta. Entró, cerró, y de nuevo tendió su finísimo oído… Ahora, sí, captó la respiración leve. Se acercó a la cama, y, en la levísima claridad, distinguió el cuerpo allí tendido. Se sentó en el borde de la cama, hizo sobresalir la punta del estilete escondido en el cepillo para el cabello, y lo colocó en la garganta del durmiente. Luego, con la otra mano, zarandeó suavemente al hombre.

—Profesor Silveira —musitó—… ¡Profesor!

Hubo una especie de ronquido. La respiración lenta y pesada se interrumpió. La levísima claridad del exterior se reflejó en los abiertos ojos de Nelson Silveira.

—¿Qué… qué pasa, quién…?

—Soy la doctora Scrane.

—¿La doctora…? ¿Qué hace ust…? ¡Ay!

—No se mueva. Tiene usted en la garganta la punta de un estilete que puede atravesarle el cuello como si fuese de papel. Vamos a conversar. Usted permanezca así.

—Pero…

—¿Sabe usted que Denis Doncaster ha muerto?

—No… No lo sabía…

—Pues lo mató usted, profesor.

—¿Yo? ¡Usted está loca!

—No alce la voz, o van a oírnos. Dígame una cosa: ¿está aquí obligado, digamos secuestrado, o por su propia voluntad?

—No estoy aquí por mi voluntad.

—¿No es usted amigo de Laterre, entonces?

—¿Ha venido usted a sonsacarme?

—No diga tonterías.

—Tonterías, ¿por qué? Me consta que algunos de nuestros colegas están aquí de buen grado; otros, no, como es mi caso.

—¿Fue usted secuestrado?

—Más o menos… Jean Laterre fue a verme, y me dijo que yo tenía dos alternativas: venir a trabajar con él o ver cómo Rio de Janeiro desaparecía del mapa… Es decir, del mundo. Asegura que dispone de media docena de proyectiles atómicos que puede disparar en cualquier momento. ¿Usted se imagina el daño humano, físico, que causarían seis proyectiles de esos en una ciudad como Rio?

—Lo imagino perfectamente. Y a los demás debió de hacerles la misma amenaza… ¿Le gustaría salir de aquí, regresar a Rio de Janeiro a seguir trabajando?

—Es una pregunta divertida… ¿Por qué ha dicho usted que yo maté a Denis Doncaster?

—¿Lo conocía usted bien?

—De nombre. Incluso habíamos cambiado pequeñas… opiniones sobre determinada materia…

—Él fue eliminado porque era muy difícil secuestrarlo, e incluso tan solo llegar hasta él. Y de todos modos, supongo que usted está más adelantado de lo que él lo estaba en torno a esa materia que estaban estudiando. Denis Doncaster comentó esto con un amigo suyo llamado Walter Bruckner. Este, evidentemente, estaba en contacto con Jean Laterre, financiándole operaciones de este tipo, es decir, científicas. Jean Laterre decidió conseguir la materia en la que ustedes están trabajando, y comenzó a organizarlo todo. Su primer paso, evidentemente, fue traerlo a usted aquí, bajo amenaza. Luego, en combinación con Walter Bruckner, fue a Washington, y asistió a la fiesta que Walter Bruckner…

En la oscuridad, Louise Scrane fue explicando breve pero exactamente todo lo que había sucedido, mientras Silveira permanecía en silencio, y los ojos de ambos se iban acostumbrando a la oscuridad. Tanto se acostumbraron que, en un momento dado, Silveira lanzó una exclamación.

—¿Qué le ha pasado a su piel? ¡Usted no es negra…!

—No. Ya le estoy diciendo que soy la agente *Baby*, de la CIA. Soy blanca, desde luego. Pero, déjeme terminar de explicarle todo, y luego le diré lo que ocurre con mi piel…

La explicación terminó un par de minutos más tarde.

—En cuanto a mi piel, no la vio usted teñida *por fuera*, sino que, realmente, se torna negra debido a la acción de un suero fabricado por un viejo amigo mío, y que se inyecta por vía subcutánea.

—¡Pero eso es formidable…!

—Sin duda. Y hablando de cosas formidables… Sabemos que Denis Doncaster menciono el Pan de Azúcar, pero sabemos también que el Pan de Azúcar que él decía que usted iba a destruir no era el Pão de Açucar de Rio de Janeiro. Todo eso fue una estratagema de Jean Laterre para hacernos creer que todo terminaba en el Pan de Azúcar de Río. Sin embargo, Doncaster hablaba de otra cosa… ¿Qué es realmente el Pan de Azúcar, profesor?

—¿Por qué he de confiar en usted?

—Vamos, no sea infantil… Doncaster se lo dijo a Walter Bruckner, y este a Laterre, de modo que Laterre lo sabe. ¿Usted cree que las cosas irán peor porque lo sepa yo también, que aunque usted lo dude quiero arreglar esta situación?

—Bien… Bueno, sí…

—Vamos, vamos…

—Es pan, simplemente.

—¿Qué?

—Pan. Comida. Pero una comida muy especial. Emulsionando la caña de azúcar con…

—¡Por el amor de Dios, no me venga con términos científicos! Soy una espía, no una investigadora, profesor. Dígamelo lo más llanamente posible.

—He dado el nombre de Pan de Azúcar a un producto que se obtiene utilizando como base la caña de azúcar; esto es, el azúcar. MI Pan de Azúcar se puede obtener en grandes cantidades por un procedimiento sencillo y baratísino… ¿Lo más llanamente posible? Bien, estoy seguro de que entenderá usted esto: con una tonelada de azúcar de caña, y con el producto inventado por mí para la emulsión, o más llanamente, la mezcla por absorción de ese producto que yo llamo Pan se puede conseguir, por procedimientos que actualmente solo son de laboratorio, una pequeña cantidad de una pasta concentrada con la que se obtendrían un millar de pastillas de un tamaño aproximado al de un sello de correos corriente. Suponga usted que ya tenemos esas pastillas. ¿Quiere saber su coste? Veamos: una tonelada de azúcar de caña puede costar, naturalmente a precios de origen, unos… cien dólares, más o menos. Mi producto llamado Pan, en la cantidad necesaria para ser mezclado con el azúcar de caña, tiene un precio de coste de unos veinte dólares; los gastos de manipulación y procedimientos industriales ascenderían a unos veinte dólares más… Son ciento cuarenta dólares… Bien, pongamos ciento cincuenta dólares en total. Tenemos, pues, que por ciento cincuenta dólares hemos fabricado mil pastillas de Pan de Azúcar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Lo cual significa que cada pastilla cuesta quince centavos. Ahora, la pregunta que usted está esperando que yo le haga, es: ¿cuál es la utilidad de esa pastilla cuyo precio es de quince centavos?

—Su utilidad: con una de esas pastillas, un hombre puede estar alimentado durante diez días.

—¡Por Dios! ¡No es posible!

—Lo es. Consumo de un ser humano, pues: centavo y medio

diario. ¡Y por todos los cielos, que no me digan entonces que más de la mitad de la Humanidad tiene que seguir muriendo de hambre! ¡Ya no tendrán excusa alguna, ni podrán alegar condicionamientos religiosos, ni de ninguna clase! ¡Pan de Azúcar, eso será todo! Al no haber hambre, habrá muchas menos enfermedades; al haber salud, habrá más alegría; al haber más alegría, habrá más prosperidad en todo el mundo; al haber prosperidad para todos, se terminarán las guerras; y terminándose las guerras, todos bien alimentados y felices… ¿acaso no tendremos derecho a esperar verdaderas maravillas del corazón y del cerebro de los seres humanos? Una familia de diez personas puede alimentarse por un cruceiro diario… ¡Alimentarse por un cruceiro cada día, no sé si usted lo entiende…!

—Cálmese… Lo entiendo perfectamente, profesor. ¿Esto es lo que usted está… consiguiendo con la caña de azúcar?

—Sí. He probado con muchas otras cosas, pero solo he obtenido fracasos. Finalmente, le tocó el turno a la caña de azúcar, y creí… creí que iba a volverme loco cuando comprendí que estaba en el buen camino… ¡Estoy a punto de conseguir que mi Pan de Azúcar sea realidad! ¡Solo necesito un poco más de tiempo! Un día, una semana, un mes… ¡Aunque sea un año! ¿No tengo derecho a seguir adelante?

—Más que nadie en el mundo. Y va a contar con toda la ayuda que yo pueda prestarle. Y no me menosprecie, puede ser mucha. Ahora comprendo el interés de los rusos… ¡y de los chinos! Pero ¿cuál es el interés de Jean Laterre? ¿Quiere ser él quien obtenga los beneficios o los honores de haber fabricado el Pan de Azúcar?

—No sé cuáles son sus intenciones. ¿Por qué ha mencionado usted a los rusos y a los chinos?

—Evidentemente, usted no se daba cuenta de que estaba estrechamente vigilado mientras se dedicaba a su trabajo en Rio, profesor. Sin embargo, el hecho cierto es que la índole de su trabajo trascendió de algún modo, y el servicio secreto chino y el ruso se pusieron al acecho, esperando el momento de intervenir… de un modo u otro.

—Ya comprendo… Sí, realmente, disponer del Pan de Azúcar sería una gran solución para Rusia y China. Especialmente, para China…

—Sería una solución para cualquier país. Quizá más para los

países pobres, lógicamente, pero cualquier país obtendría grandes beneficios del Pan de Azúcar. Digamos que la alimentación básica la tendrían resuelta, así que podrían prescindir de muchas cosas que ahora son insustituibles, porque el Pan de… Un momento —respingó *Baby*—… ¡La fumigación en el Medio Oeste de Estados Unidos! ¡Y todas esas pruebas con animales, y la labor que Laterre espera de mí en el acuario, esto es, algún producto que elimine todo vestigio de vida en el mar…! ¿No lo comprende usted, profesor?

—No… No.

—Tengo que pensar más en ello, pero creo que empiezo a vislumbrar el alcance de la jugada de Jean Laterre. Él pretende… ¡No podemos quedarnos aquí! ¿Está usted dispuesto a escapar de esta casa conmigo?

—Lo haría con gusto, para volver a Rio, pero si ese hombre dispara los proyectiles…

—Olvídelo: Jean Laterre no disparará nada, porque…

Bip-bip-bip-bip…

—¿Sí? —Atendió *Baby* rápidamente la llamada.

—Aunque la idea de salir de esa casa sigue siendo positiva, puedes tomártelo con cierta calma: acabo de cazar al asesino. ¿O quizá ya estás fuera de la casa?

—No… Todavía no. Estoy con el profesor Silveira. ¡Uno, él está trabajando en un alimento baratísimo al que llama Pan de Azúcar!

—Entiendo. ¿Paso a recogeros?

—No… No todavía. Espera un poco, tengo que saber qué es lo que está tramando Laterre. Aunque me lo imagino… Déjame quedarme aquí unas pocas horas más. ¡Solo hasta mañana por la tarde!

Hubo unos segundos de silencio, hasta que se oyó la resignada voz de Número Uno:

—Está bien. Simularemos que este hombre ha tenido un accidente de coche, por si Laterre se inquietase por su ausencia y efectuara alguna investigación. Pero recuerda: solo hasta mañana a las seis de la tarde. Después de esa hora, ocuparé la casa de la playa, caiga quien caiga, si tú no has salido.

Esta vez fue Número Uno quien cortó la comunicación. La divina espía sonrió, cerró la radio, y se quedó mirando a Silveira, al que ya podía ver aceptablemente.

—Lo mejor será que regrese a mi habitación, profesor. Tengo muchas cosas en que pensar. ¿Nos veremos a la hora del desayuno?

—Sí, todos nos vemos a esa hora, desde luego.

—Me las arreglaré para hacerle saber lo que vamos a hacer. Sin perjuicio de que dentro de una hora vuelva a buscarlo para escapar de aquí.

—Quizá sería eso lo mejor…

—Lo pensaré. Por suerte, tengo tiempo para pensar en lo que más nos conviene hacer. Si dentro de una hora no he venido a por usted, duerma tranquilo: mañana estará todo resuelto.

—¿Incluso lo de esos proyectiles atómicos?

—No sufra más por Rio de Janeiro —rio quedamente *Baby*—… ¡También a mí me encanta su ciudad, profesor!

Louise Scrane salió del cuarto de Nelson Silveira, y regresó rápidamente al suyo, en silencio, como una sombra. Entró, cerró la puerta cautelosamente, y se dirigió hacia la cama. Sí, podía permitirse el lujo de reflexionar durante una hora sobre lo que más convenía hacer. Aparte de que creía estar comprendiendo cuáles eran los planes de Jean Laterre. Planes que, desde luego, no le permitiría realizar…

Louise dejó sobre la mesita el cepillo para el cabello, y se metió rápidamente en la cama…

—¿De dónde vienes? —Oyó a su lado.

Capítulo XVI

Baby dio tal respingo, con tal sobresalto, que quizás hubiese saltado fuera de la cama si el propio Scott no la hubiera sujetado rudamente, para apretarla inmediatamente contra su desnudo cuerpo.

—Tranquila, preciosa. No es que me importe demasiado, ya que he venido aquí por otra cosa, pero quiero saber de dónde vienes. ¿Acaso has estado en la cama con Laterre?

—Sí —jadeó *Baby*—… Sí, vengo de… de estar con él.

—Eres toda una puerquita, ¿verdad? Está bien, no voy a quejarme por eso. Ya que eres tan complaciente, no vas a negarme a mí un poco de amor, ¿verdad?

—Scott, estoy cansada… Mañana podríamos…

—Nada de mañana: ahora, preciosa. Te voy a proporcionar tanta felicidad que olvidarás a Laterre en el acto. Yo tengo… Oye, qué extraño es esto… Aquí apenas hay un poco de resplandor, y te veo perfectamente. Eres una negra muy rara. Vamos a ver qué…

Mientras hablaba, Scott se volvió hacia la mesita de noche, siempre sujetando a *Baby*, que pretendía resolver la situación del modo más discreto posible.

Pero no podría ser… El asesino David, con su rapidez de reflejos, había ocasionado la llamada de Número Uno a *Baby*. La cual, antes de escapar de la casa, quiso ver a Silveira. Consecuencia de esto era que Scott se había metido en su cama sin que ella pudiese impedirlo, como habría hecho si hubiese permanecido en su dormitorio. Y una vez en la cama, y teniéndola abrazada, Scott tenía motivos para estar sorprendido por el hecho de que, en la casi total oscuridad, pudiese ver a Louise Scrane, cuya piel negra no debería haber destacado, y en cambio destacaba…

Por eso, Scott encendió la luz de la mesita de noche…, con lo

que continuaron sucediéndose los hechos provocados por la rapidez de reflejos del asesino David.

Scott se quedó mirando, atónito, a la mujer que tenía abrazada con un brazo por la cintura. Aquella hermosísima mujer de largos cabellos ondulados y enormes ojos azules que le miraban fijamente.

—Pe-pero… pero… —tartamudeó Scott.

—Te lo explicaré todo, cálmate. Lo que ocurre…

—Nos has engañado… ¡Nos has engañado a todos! ¿Quién eres? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¡Maldita traidora…!

—Scott, espera. No grites, por favor. Te explicaré…

—¡No hay nada que explicar! —gritó Scott, girando y colocándose a horcajadas sobre Brigitte Montfort—. ¡Evans! ¡Laterre! ¡Venid al…!

El canto de la mano derecha de Brigitte golpeó a Scott en la sien derecha, en un trallazo fulminante, que tiró fuera del lecho al vociferante sujeto, muerto en el acto. Brigitte saltó del lecho, corrió hacia el armario, y recogió su maletín, dirigiéndose acto seguido hacia la puerta. Se desvió hacia la mesita de noche, donde había dejado el cepillo para el cabello, lo recogió, y vio entonces la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos sobre la cama. La recogió también, y fue velozmente hacia la puerta, la abrió, y salió al pasillo.

Se dio cuenta de la situación enseguida, pero no se detuvo ni a pensar en ella, no tuvo la menor vacilación. Había allí tres de los altos y atléticos muchachos del doctor Xanfo, uno en calzoncillos y dos solo con los pantalones del pijama…, pero en la escalera se oían voces, pisadas precipitadas…, y en aquel momento se abría la puerta del cuarto de Jean Laterre y aparecía este.

Brigitte ni siquiera lo miró. Se adelantó hacia el hombre en calzoncillos, que se interponía entre ella y las escaleras, y alzó la pierna derecha, en un brutal golpe que acertó al bello ejemplar entre las piernas. El hombre lanzó un berrido, y cayó hacia delante, mientras Brigitte pasaba por su lado lanzándose escaleras abajo.

—¡Atrapadla! —Oyó gritar a Laterre.

Tras ella resonaban los pasos de los dos hombres de Xanfo, muy cerca. Brigitte se detuvo, y uno de ellos, lanzando un alarido, se detuvo, chocó con ella, y salió volando dando una vuelta, hacia el final de la escalera, mientras el otro conseguía detenerse y se

disponía a golpear a la prácticamente desnuda mujer blanca de ojos azules cuya presencia allí era imposible de explicar… para ellos. Brigitte adivinó el gesto del golpe, y giró con fuerza, golpeando con el maletín en pleno rostro al hombre, que lanzó un grito y cayó hacia atrás, pasando por encima de la barandilla y cayendo de cabeza a la planta baja.

Con la agilidad de una gata acosada, Brigitte llegó a la planta baja, corrió hacia la puerta, asió el pomo para abrirla…, y en ese momento oyó tras ella el grito de Xanfo:

—¡Deténgase o disparo!

Volvió la cabeza por simple automatismo, pues en realidad no estaba dispuesta a detenerse. Pero lo que vio la dejó clavada en el suelo, paralizada en el gesto inicial de abrir la puerta: Xanfo no la estaba apuntando con una vulgar pistola cuyo disparo, ciertamente, podía fallar, sino con un corto fusil de grueso cañón en cuyo extremo vislumbró Brigitte en el acto la granada. Una granada que la haría pedazos aunque explotase a más de cinco metros de ella.

Se quedó inmóvil, todavía de espaldas a la escalera, solo vuelta la cabeza. Aparecieron más hombres de Xanfo, y algunos de los científicos que se alojaban en el primer piso. En un instante, todos los ocupantes de la casa estaban en pie, algunos todavía dormidos, prácticamente. Unos cuantos hombres de Xanfo corrieron escaleras abajo, llegaron junto a Brigitte, y le quitaron el maletín y la sujetaron por los brazos. Xanfo y Laterre bajaron. Los dos estaban pálidos, desencajadas sus facciones.

Desde arriba llegó la voz de Evans:

—¡Scott está muerto!

También Evans bajó, no menos lívido que los demás. Xanfo se adelantó, colocó el corto fusil con la culata hacia Brigitte, y lanzó un golpe terrorífico hacia el rostro de la espía…

Si le hubiese acertado, las facciones de Brigitte habrían quedado estropeadas para siempre. Y quizás ella intuyó esto, porque esquivó el golpe con hábil quiebro de cintura, pese a estar sujeta por los brazos. Xanfo cayó sobre ella, impulsado por la fuerza del golpe.

—¡Te voy a destrozar…! —berreó.

Brigitte giró la cabeza hacia la derecha, y golpeó con la frente en la nariz del hombre que le sujetaba el brazo de aquel lado, con cuya mano sostenía todavía el cepillo para el cabello. El hombre lanzó un

alarido, la soltó, y se llevó las manos a la nariz. Xanfo estaba recuperando el equilibrio, para volver a golpear…, y fue entonces cuando apareció el estilete en el extremo del cepillo, y cuando Brigitte lanzó el implacable golpe.

Tal como esperaba, Xanfo lanzó un alarido horrible, y dejó caer el fusil lanza-granadas. Brigitte retiró el acero del vientre de Xanfo, y volvió los ojos hacia el hombre que la sujetaba por el brazo izquierdo, que lanzó un alarido al comprender, y retrocedió tan vivamente que cayó sentado al suelo. Entonces, *Baby* cayó sobre el fusil de Xanfo, lo asió…, y cuando iba a incorporarse, un enjambre de hombres de Xanfo cayó sobre ella.

La desproporción de fuerzas era excesiva.

Y uno de los fuertes golpes condujo a *Baby* Montfort a la oscuridad absoluta.

Pero regresó a la luz.

Se encontró sentada en un confortable sillón del salón, y amarrada concienzudamente a este por medio de finas cuerdas de nylon blancas. Estaba completamente desnuda, y le dolía todo el hermoso cuerpo, desde la nuca a los pies. Acabó de abrir los ojos, y suspiró, dolorida…

Delante de ella estaban Jean Laterre, Evans, y algunos de los hombres de Xanfo, mirándola con suma atención. Pero no del modo ávido con que mirarían a una mujer hermosa, sino con una fijeza escalofriante, hostil.

—¿Quién es usted? —murmuró Laterre.

Brigitte cerró los ojos, volvió a suspirar, y de nuevo miró a Laterre.

—Usted me conoce perfectamente —susurró—… No es la primera vez que nos enfrentamos, aunque usted quiera simular que nunca me ha visto. Sabe muy bien que soy *Baby*; la mujer que iba en el coche que cierto viejo negro simuló que quería hacer pedazos cuando aún le interesaba la supervivencia de Walter Bruckner. También soy la mujer que acudió a la trampa del *Iguacu* que tenía usted preparada para que todos creyeran que Nelson Silveira había muerto, a fin de que no lo molestasen más… Y también soy Louise Scrane, falsa ayudante de Jacques Van Lynthem… No es usted el único que puede adoptar varias personalidades, señor… Negro, o

señor Sllvelra-2, o señor Laterre, o señor John George Merrywale. ¿Cómo prefiere que le llame?

—Puestas así las cosas —sonrió Laterre—, creo que debe llamarme John George. Bien, no vale la pena continuar fingiendo, según parece. Es usted una persona de gran perseverancia e inteligencia, doctora Scrane. ¿Cómo pudo localizarme?

—La CIA tiene grandes recursos.

—Ya. ¿Trabaja usted para la CIA?

—No exactamente. Sin embargo, desde luego, esta casa está rodeada de agentes de la CIA debidamente armados y aleccionados respecto a su actitud si algo no funciona como es debido en lo que a mí se refiere.

—¿Eso quiere decir…?

—Que si no salgo yo viva de aquí, no saldrá nadie.

—Entiendo. Nos pone usted en una situación molesta, doctora Scrane.

—Lo celebro.

—¡La voy a…! —Se adelantó furiosamente Evans.

—No. Quieto, Evans. Para ser sincero, de muy buena gana yo mismo haría pedazos a la doctora Scrane, con mis manos…, pero parece que nos interesa más atenernos a la realidad de la situación. Cambiaremos nuestra vida y libertad por la de ella. Pero volveremos a encontrarnos, ¿verdad, doctora Scrane?

—Sin la menor duda. No olvido que usted me prometió hacerme Reina del Caribe.

John George Merrywale sonrió fríamente.

—Por favor, no me provoque… Vamos a tomarnos en serio la situación. ¿Cómo puede usted hacer saber a sus amigos cuál es la situación de todos?

—Puedo comunicarme con ellos por medio de una radio que hay camuflada en un paquete de cigarrillos.

—Ah, sí… ¿Se refiere a este?

Merrywale señaló la mesita baja, sobre la cual habían sido depositadas todas las cosas de Louise Scrane: la maleta, el maletín, el cepillo para el cabello, el paquete de cigarrillos, las ropas que había llevado antes de acostarse, los zapatos… Todo.

—Sí. ¿Qué ha sido del doctor Xanfo?

—Ha muerto.

Brigitte miró alrededor. Los hombres de Xanfo la contemplaban en silencio. Algunos de ellos todavía parecían no entender que aquella mujer de ojos azules era la misma negra de ojos oscuros que habían conocido como doctora Scrane.

—¿Y los científicos? —musitó.

—Están preparando sus cosas abajo, para marcharnos todos de aquí. Por culpa de usted, debemos levantar el campo de un lugar que tanto tiempo y dinero me costó instalar.

—Dinero de Walter Bruckner…, al que le demostró su agradecimiento enviando un asesino a eliminarlo.

—Al principio quería conservarlo con vida, pero comprendí que no podía ser. David hizo un buen trabajo… Por cierto —miró de pronto Merrywale a Evans—: ¿no sabemos nada de David?

—Todavía no.

—Bueno, si no regresa a tiempo tendrá que arreglárselas como pueda. ¿O quizá todo eso de Van Lynthem ha sido una trampa…? Claro que ha sido una trampa —la mirada de Laterre-Merrywale volvió a mostrarse gélida—… Sí, usted me está ocasionando demasiadas molestias, doctora Scrane. Tengo la certeza de que no miente: estamos rodeados, metidos todos en un gran cepo. ¿Cierto?

—Cierto.

John George Merrywale estuvo reflexionando un par de minutos. Por fin, tomó el paquete de cigarrillos, y lo colocó delante de *Baby*. Esta comprendió, y le dijo cómo debía hacer para que la radio entrase en funcionamiento.

—Bien —asintió Merrywale—. Ahora, escuche con atención: va a llamar usted a sus amigos, y les va a decir que quiero dos helicópteros delante de esta casa antes de una hora. Si esos helicópteros no llegan, les tiraré la cabeza de usted por una ventana. Y naturalmente, usted entiende que quiero esos helicópteros para escapar de aquí con mis hombres. ¿De acuerdo?

Brigitte asintió. Merrywale abrió el canal de llamada, y en el acto se oyó una voz de hombre:

—¿Sí?

—¿Simón? —musitó Brigitte.

—Buenas noches, *Baby*. Soy Simón, pero no el que usted espera. Está herido. Precisamente hace unos minutos acaba de salir del quirófano. Se salvará.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un hombre vino a matar a Van Lynthem. Lo detectamos, pero fue demasiado rápido para nosotros. Y demasiado listo. No sé cómo demonios pudo escapar… Por fortuna, no consiguió matar a Van Lynthem. ¿Todo bien en esa guarida de canallas?

Brigitte miró de reojo a Merrywale, que sonreía irónicamente.

—No, Simón. Por el contrario, todo muy mal. Me han descubierto. En estos momentos estoy amarrada a un sillón, y en situación que parece tener poco futuro. Todo depende de ustedes.

—¿Qué podemos hacer? ¡Desde luego, puedo reunir cien o ciento veinte hombres y…!

—No. No, no. Nada de eso. Lo primero que haría Laterre sería cortarme la cabeza. Él quiere dos helicópteros, y vía libre. Si antes de una hora ustedes no han traído dos helicópteros al jardín, me matarán. Y también lo harán si encuentran dificultades para abordar esos dos helicópteros y alejarse de Jamaica.

—Bien… Comprendo, sí. No sé qué hacer… El otro Simón seguramente encontraría alguna solución, pero yo no… Bueno, lo siento, pero… no se me ocurre nada.

—Es todo muy fácil —dijo con voz tensa Brigitte—: solo tiene que traer esos dos helicópteros y permitir que Laterre y los suyos escapen. Me llevarán con ellos como rehén, desde luego.

—Usted sabe que si lo hacemos así, la matarán de todos modos.

—Sí… Es de temer, en efecto.

—Entonces… ¿por qué facilitarles nada? ¿Por qué perder dos helicópteros además de perderla a usted?

—Simón —gimió angustiadamente Brigitte—… Simón, por Dios… ¿qué está diciendo? ¡Es una oportunidad que tengo, quizá Laterre me permita seguir viviendo! ¡No puede condenarme a muerte usted mismo!

Hubo unos segundos de silencio antes de volverse a oír la voz de Simón:

—Voy a reflexionar sobre el asunto. Llamaré yo dentro de quince minutos. ¿Está bien así?

Merrywale asintió con un gesto, y Brigitte lo hizo de viva voz, con tono suplicante, al borde del llanto:

—Sí, sí, está bien. Pero por favor. Simón… ¡Por favor, no me dejen ahora, yo he hecho todo lo que…!

La comunicación había sido cortada. Brigitte se mordió los labios, y Merrywale, tras vacilar, hizo bajar el cigarrillo. Luego, se llevó aparte a Evans, y estuvo hablando con él en voz baja tres o cuatro minutos. Evans asintió, hizo una seña a algunos de los hombres de Xanfo, y salieron todos del salón, donde solo quedaron Brigitte, Merrywale y cuatro de los hombres de Xanfo. Merrywale fue a sentarse de nuevo delante de Brigitte.

—En realidad —dijo con tono áspero— debería arrancarle a usted los ojos. ¿Se da cuenta del perjuicio que me ha ocasionado? No tengo más remedio que dejar a todos los hombres que he ido contratando o secuestrando. Evans se va a encargar de dejarlos a todos encerrados en el laboratorio, pues no es posible viajar con ellos. Todo lo que me deja usted son los muchachos y a Evans, que tendrá que ocuparse de reorganizarlo todo, partiendo de cero. Aunque quizá saquemos algo por la venta de los helicópteros. Ya veremos… Aunque, realmente, no tendría por qué ser difícil la reorganización. Puedo buscar un socio ambicioso como Walter Bruckner, y, a fin de cuentas, contando con Silveira, todo irá bien…

—¿Se va a llevar a Silveira?

—A él, sí. Es el hombre clave de todo este asunto.

—¿Qué asunto?

—Vamos, vamos —la miró aviesamente Merrywale—… Usted ha demostrado ser demasiado inteligente para necesitar explicaciones ahora, doctora Scrane. ¿No se le ocurre nada?

—Solo se me ocurre que si el Pan de Azúcar fuese un alimento en lugar de una roca de la Bahía de Guanabara, la jugada podría estar clara.

—¿Se da cuenta de lo bien que discierne usted, doctora? Siga, siga, por favor.

—Usted tiene a varios científicos trabajando en el laboratorio para conseguir productos que puedan destruir todos los sistemas alimentarios del planeta: la agricultura, la ganadería, la pesca… Cada uno de esos científicos, está elaborando, o ha elaborado ya, un producto determinado. Por ejemplo, ya dispone usted de un producto que utilizado como un… insecticida en el Medio Oeste de los Estados Unidos, habría terminado con toda vida vegetal en determinado radio desde el tugar en que fuese lanzado. Lo cual, sería una importante advertencia para el Gobierno. También podría

matar ganado en grandes cantidades, terminar con la vida en el mar Caribe, como ejemplo también… Entonces, todos tendrían que comprender que si usted quería, el mundo quedaría en poco tiempo sin posibilidad alguna de alimentación. Ni siquiera los países poderosos podrían solucionar el problema con la rapidez necesaria. En poco tiempo, la Humanidad, TODA LA HUMANIDAD, podría morir de hambre si usted lo deseaba. Pero, si los Gobiernos se avenían a razones, no habría problemas, sino todo lo contrario. Si aceptaban las condiciones de usted, no solo permitiría que el mundo continuase explotando sus habituales sistemas alimentarios, sino que usted, con el Pan de Azúcar, podría aliviar el hambre de una vez por todas en todo el mando. Fin de miseria en Asia y África, en el mundo entero. El Pan de Azúcar lo resolvería todo. Y a cambio… ¡pediría usted tan poco!

—¿Poco? —Rio Merrywale—. ¡Me parece que usted aún no lo ha comprendido todo!

—Oh, sí… Lo comprendí cuando usted dijo que podría darme un millón de dólares. O dos. O tres… Para usted, claro, dentro de un tiempo el dinero no tendrá importancia, pues tendrá todo el del mundo, si quiere. Pero cuando realmente comprendí lo que usted pretende y espera, fue cuando me dijo que podría nombrarme Reina del Caribe. Todavía tuve que reflexionar un poco, pero al fin lo comprendí. ¿Quién puede ofrecer un Reino del planeta Tierra? Pues, lógicamente, solo aquel que tenga poder sobre todos los reinos, sobre todo el planeta. Y ese quiere ser usted: el rey del planeta, gracias al Pan de Azúcar. Y si quiere que sea sincera con usted, lo de gobernar el planeta por medio del Pan de Azúcar no me parece ninguna mala idea…, comparada con otras ideas que he tenido que combatir también. No es usted, ni mucho menos, el primer Gran Loco que encuentro en mi camino…, aunque sí el más inofensivo, en líneas generales, pues persigue el poder sin haber planeado previamente millones de asesinatos. Todo lo contrario: proporcionaría alimento definitivamente a toda la Humanidad. Casi podríamos decir que es usted un hombre bueno…, si no fuese capaz de asesinar a sangre fría.

—Nadie es perfecto —rio Merrywale—. Yo lo sería si no fuese por la gran ambición de convertir el mundo en una propiedad privada, donde yo seré el rey y TODOS LOS DEMÁS serán esclavos.

Las vidas de los demás, como comprenderá, no tienen importancia para mí, por lo tanto… ¿Qué es lo único que importa en el mundo? YO. SOLAMENTE YO Y NADA MÁS QUE YO. ¿Dónde está el centro del mundo? En mí. Fuera de mí, la Vida carece de significado, de valor, de importancia en cualquier sentido. ¿Cómo puede haber algo que valga la pena si no estoy YO para valorarlo? Por lo tanto, ocurra lo que ocurra en el mundo, solo yo tengo importancia. ¡Y no me venga con esa tontería de que todos formamos parte del universo y su equilibrio, de que no somos nada por nosotros mismos, sino que lo somos como componentes de una masa de cuerpos o de espíritus…! Una persona es él y nada más. No hay otros mundos, ni otras vidas, no hay nada… Después de la Muerte, no hay nada. Pues bien: YO, que estoy vivo ahora, lo quiero todo, pese a quien pese. YO SOY TODO LO QUE HAY EN EL MUNDO QUE VALGA LA PENA… ¿Me comprende?

—Sí. Pero no lo apruebo.

—¿Y a mí qué me importa que usted, que no es nada para mí, me apruebe o me desapruebe? ¿A mí qué me imp…?

Bip-bip-bip-bip…

—¿Sí? —inquirió Brigitte, cuando Merrywale, rápidamente, le puso la radio delante de la boca.

—Está bien —dijo Simón—… Podemos tener esos dos aparatos dentro de un par de horas.

—No, no… ¡Una hora, Simón!

—Imposible. No podemos hacer milagros… Vamos a intentarlo todo, pero uno de los aparatos tiene que venir de lejos. Por lo menos transcurrirá hora y media.

Brigitte miró a Merrywale, que asintió.

—Está bien, hora y media, Simón. Y gracias.

Merrywale bajó el cigarrillo que servía de camuflaje a la conexión, y dejó el paquete sobre la mesita, junto a las demás cosas. Evans regresaba en aquel momento, acompañado de Nelson Silveira, vestido precipitadamente, revuelta su gran cabañera de color paja, que parecía más que nunca una escoba puesta al revés. Sus miopes ojos miraron a Brigitte un instante, y al verla desnuda mostraron una chispa de sorpresa, pero enseguida giraron hacia Merrywale.

—¿Qué es lo que está pasando exactamente? —preguntó.

—Nos vamos de viaje, profesor.

—¿Otra vez? ¿Adónde?

—Todavía no lo sé. Siéntese en un sillón, y espere. Eso es todo.

—¿Qué he de esperar?

—Simplemente, sabrá que ha de emprender viaje cuando oiga acercarse el sonido de unos motores…

Capítulo XVII

Oyeron el sonido del motor. Pero no de dos motores, sino de uno solo. Y no era de helicóptero, desde fuego. Lo estuvieron oyendo, cada vez con más fuerza, hasta que, de pronto, precisamente cuando lo estaban oyendo con más fuerza, delante mismo de la casa, dejaron de oírlo.

Evans, que había acudido a mirar por una ventana, se volvió con gesto atónito hacia Merrywale.

—Es una moto-carro… Acaba de apearse un viejo, que está cruzando el jardín. Parece un pordiosero…

Quedaron todos silenciosos. El sonido del timbre tardó todavía algunos segundos en oírse. Evans hizo una seña a dos de sus compañeros, y salieron del salón… Regresaron al poco, llevando entre ellos a un anciano encorvado, de sucias greñas grises y lentes de cristales casi tan gruesos como los de Nelson Silveira. El hombre parecía inquieto, y sus ojos se movían velozmente de un lado a otro, como queriendo verlo todo a la vez, para asegurarse de que no tenía nada que temer. Se quedó pasmado al ver a Brigitte.

—Dice que trae a David en su vehículo —lo señaló Evans.

—¿Quién es usted? —Lo miró fijamente Merrywale.

—Me llamo Jones… Chester Jones, señor… Encontré a su amigo David… Él me dijo que era amigo de un señor Laterre, y me dio esta dirección. Estaba herido…

—¿Por qué no avisó usted a la policía?

El viejo se quedó mirando atónito a Merrywale. Luego, de pronto, sonrió maliciosamente.

—Mire, señor, no me gusta mucho la policía, ¿sabe? Yo voy por ahí con mi vehículo recogiendo cosas, para luego ver si las puedo aprovechar. A veces encuentro cucharas de plata, o ruedas que aún pueden servir, o rollos de alambre de cobre…

—¿Por qué no avisó a la Policía?

—Señor, yo soy un pobre buscador de desperdicios… Su amigo me dijo que lo trajese aquí, y que usted, el señor Laterre, me daría mucho dinero… ¿Es usted el señor Laterre?

—¿David está en su vehículo?

—Sí señor… Pero está muy mal. Yo creo que la va a palmar, ¿comprende? Seguro que le han pegado unos cuantos tiros, lo sé. En una ocasión…

—Cierre ya la boca. Evans, id a buscar a David.

—Pero afuera están los de la CIA…

—No harán nada mientras tengamos a *Baby* aquí. Traed a David, vamos. ¿Dónde están los demás?

—Dos están vigilando la puerta del laboratorio, para impedir que esa gente intentase salir. Seis están recogiendo armas y otras cosas de la casa, y envolviendo los cadáveres de Scott y Xanfo.

—Está bien. Id vosotros tres. Los demás, quedaros aquí.

Evans salió acompañado de dos hombres, de modo que en el salón quedaron cuatro. Y también Merrywale, Silveira, Brigitte…, y el viejo mugriento, que no parecía muy tranquilo. Miraba a Brigitte, luego a Merrywale, a los demás, de nuevo a Brigitte…

—Bueno, señor —dijo de pronto—, creo que me voy. Si me diese usted…

—Quédese quieto ahí —gruñó Merrywale.

—Pero, señor —se le acercó el anciano—, sea bondadoso… ¿Qué he hecho yo? ¡Una buena obra, eso es lo que hecho! Y ahora, me he metido en un lío, lo sé. Pero yo no he visto nada, no sé nada, no he oído nada…

—En Silveira podemos confiar —dijo Brigitte.

La acción del anciano fue tan rápida que nadie tuvo tiempo ni de respingar. Estaba muy cerca de Merrywale cuando, de pronto, saltó hacia él, se colocó detrás, lo sujetó por el cuello con un brazo, y en su otra mano apareció una enorme navaja, que se abrió con seco chasquido. La hoja quedó casi clavada en la garganta de Merrywale, que intentó escapar de aquella presa.

Fue como si hubiese querido soltarse de un dogal de acero. Y para su asombro, y el de los demás, el anciano encorvado pareció crecer, ensancharse, convertirse en un ser poderoso, de largos brazos y fortísimas manos.

Y hasta la voz cambió:

—Si alguien se mueve, le corto el cuello a Laterre. Profesor Silveira, desate a *Baby*, por favor.

—Sí… Sí, enseguida…

Nelson Silveira fue en verdad rápido. Brigitte se puso en pie de un salto, se puso velozmente las primeras ropas que encontró en su maleta, y arrebató el fusil lanza-granadas de las manos del hombre que lo sostenía.

—Mi amor —dijo, mirando al viejo mugriento—, vamos a…

¡BBBOOOUUMMMMMM…!

La explosión fue tremenda, tan fuerte, ocasionando tal temblor de tierra, que todos fueron derribados. Todos los cristales saltaron en pedazos, los tabiques reventaron, los muebles fueron desplazados. Del techo comenzó a caer polvo blanco y pedazos de yeso… En un instante, todo quedó oculto por la violenta nube de oscuro polvo. Por encima de sus cabezas, se oía crujir el techo…

Número Uno se puso en pie enseguida. Había perdido la navaja y la cabellera postiza, y estaba rebozado en polvo, que todavía se arremolinaba por todas partes…

—¡Brigitte! —gritó—. ¡La ventana!

—¡Aquí, Uno!

Guiado por la voz, el espía corrió hacia Brigitte. Es decir, intentó correr, porque tropezó en algo y cayó. Pero ella seguía llamándole, y en pocos segundos, sin verse, estuvieron en contacto. Numero Uno tiró de las manos de ella.

—Vamos a la ventana; saltaremos…

—¡No! ¡Tenemos que sacar a Silveira! ¡Está aquí, a mis pies, vamos a agarrarlo entre…!

¡BOUUUMMMMM…!

Esta vez. Número Uno cayó sobre Brigitte, que a su vez cayó sobre el cuerpo de Nelson Silveira…, mientras más polvo, pedazos de madera y cascotes caían sobre la espalda de Número Uno… En alguna parte se oían toses, en otra gritos de dolor, lamentos… Angelo Tomasini sacudió la cabeza.

—Brigitte…

—Estoy… estoy bien, mi amor… Ayúdame a sacar a Nelson Silv…

—¡Deja a Silveira! ¡Nosotros…!

—¡No! ¡Tienes que ayudarme!

Número Uno solo tenía un temor en aquel momento: que se produjese otra explosión, y que Brigitte quedase enterrada bajo los escombros del techo, que iba a caer de un momento a otro. Sí, de un momento a otro, la casa iba a caer sobre ellos… Así que no tenían tiempo para discusiones. Se inclinó, tocó el cuerpo de Silveira, y lo alzó hacia sus hombros.

—Yo me ocupo de él… ¡A la ventana!

Pisando vidrios, trozos de madera, cascotes y cuerpos humanos, los dos espías se orientaron hacia la ventana. Brigitte fue la primera en salir, ayudó a Uno con el cuerpo de Silveira, y en pocos segundos los tres estuvieron fuera. Cargando Número Uno con el cuerpo de Silveira, se alejaron de la casa, cruzando el jardín, que estaba lleno de cristales…, y acudiendo al encuentro de los impresionados amigos de Merrywale, Evans y los demás, que parecían clavados al suelo contemplando cómo la casa crujía envuelta en polvo.

—¡Es la mujer! —gritó Evans—. ¡Matadl…!

No se oyó ningún disparo…, pero Evans lanzó un chillido, y saltó hacia atrás, con una bala en el vientre, mientras sacaba su pistola. Y posiblemente fue eso lo que provocó el aluvión de plomo que siguió al primer disparo. Sí, posiblemente, los agentes de la CIA que tenían controlada la casa, no estaban dispuestos a permitir que Evans, ni ninguno de sus amigos, disparase contra la agente *Baby*… De este modo, los tres hombres fueron abatidos, triturados, aplastados contra el suelo por un diluvio de balas cuya procedencia era imposible de adivinar.

Pasando por encima de ellos. Brigitte y Uno llegaron al motocarro, dentro del cual el espía colocó sin excesivos cuidados a Nelson Silveira, mientras Brigitte pasaba a colocarse ante el manillar del destartalado vehículo.

Colocado Silveira, Uno saltó al interior de la pequeña caja, en la que todavía estaba el cadáver de David.

—¡Vámonos! —gritó Uno. Brigitte asintió.

Pero, en aquel instante, veía aparecer una figura en el jardín, tambaleándose, procedente de la casa. Número Uno miró hacia allí, y, pese al aspecto de aquella figura, identificó también a John George Merrywale. Se tocó el pecho, pero no llevaba pistola, pues habría sido arriesgado en exceso presentarse armado de este modo en la casa, ya que lo lógico era que desconfiasen y lo registrasen…

—Déjalo —gruñó—: ya lo encontrarás en otra ocasión. Esa casa puede expl… ¡Brigitte! ¡Vuelve!

Pero Brigitte había visto algo que no había visto Número Uno, por la sencilla razón de que este solo estaba pendiente de ella, no le importaban los demás.

Por eso, fue Brigitte quien, al mismo tiempo que veía en las manos de Merrywale el fusil lanza-granadas, veía aparecer en el jardín a unos cuantos agentes de la CIA, blancos y negros.

Merrywale se detuvo en aquel momento, y se volvió hacia los hombres que llegaban.

Apenas se sostenía sobre sus piernas, pero alzó el fusil…

—¡MERRYWALE…! —gritó Brigitte, saltando del motocarro.

John George se volvió, siempre dando tumbos, como un borracho, y vio a la mujer causante de todos sus males. Lanzó un rugido de alegría, volvió a alzar el fusil con el que ya no mataría a varios agentes y colaboradores de la CIA, e intentó apuntar a la espía internacional…, que era demasiado rápida para él.

Se movió con tal rapidez, que incluso se anticipó a la acción de los hombres a los que acababa de salvar la vida: saltó hacia el cadáver de Evans, se apoderó de su pistola, giró por encima del cadáver, rodó alejándose, se estabilizó tendida boca abajo en el suelo, y disparó contra la cabeza de John George Merrywale cuando este todavía no había conseguido ni por asomo enfocarla con el fusil lanza-granadas.

Para *Baby*, el problema era mucho más simple, pues podía disparar en cualquier postura y en cualquier momento, con cualquier arma… y no fallar el disparo. Sobre todo, cuando se trataba de ejecutar al hombre que, entre otras cosas, había asesinado fríamente a dos Simones…

Una fracción de segundo después de que la bala disparada por *Baby* destrozase la cabeza de John George Merrywale, este era alcanzado por una descarga cerrada disparada por varios agentes de la Central Intelligence Agency.

Este es el final

—Pero… ¿a qué se debió la explosión? —preguntó Simón-Jamaica.

—Fueron dos explosiones —aclaró Brigitte—… El profesor Silveira nos explicó la causa cuando recobró el conocimiento. Al parecer, uno de los científicos prisioneros de Merrywale, estaba engañando a este, fabricando un explosivo con el que pensaba dominar la situación en cuanto lo tuviese terminado. Evidentemente, ya lo tenía terminado, y cuando lo encerraron en el laboratorio, comprendió que algo malo estaban tramando…, y utilizó el explosivo. Suponemos que lo que pretendió fue volar la puerta del laboratorio.

—¿Pero se hundió toda la casa?

—No… La casa, no. Pero no quedó vivo nadie en el laboratorio. Son otros crímenes que añadir a la lista de Merrywale, fuesen o no fuesen algunos de los científicos allí enterrados cómplices voluntarios suyos. Han muerto varias personas más, Simón.

—Pero esas personas estaban fabricando productos… nocivos para el ser humano…

—Así es.

Quedaron silenciosos. Simón-Jamaica, pálido pero en francas vías de recuperación, contemplaba desde su lecho en la clínica a la maravillosa espía de los ojos color cielo, y al hombre de rostro impávido y negra mirada que estaba tras ella. Era un hermoso día lleno de sol.

—Bueno —rio de pronto Simón—… ¡Creo que tengo como vecino de cuarto al profesor Silveira!

—Así es —sonrió Brigitte—. Se rompió un pie, y tuvimos que traerlo aquí.

El que ya no está es Van Lynthem… ¡Escapó de Jamaica en cuanto lo autorizamos! Bien, Simón… ¿De verdad está bien?

—Puede marcharse tranquila: no moriré de esta.

Brigitte *Baby* Montfort sonrió, se inclinó hacia el espía, y lo besó suavemente en los labios. Sobresaltado, Simón-Jamaica miró a Número Uno, que a su vez le contemplaba impávido… ¿O había en el fondo de sus negros ojos una chispa de guasa? No podía ser, claro, un tipo tan serio…

—Adiós, Simón.

—Hasta siempre —musitó Simón—. Y buena suerte… a los dos.

Brigitte y Uno salieron del cuarto, recorrieron un corto trecho de pasillo, y entraron en otra habitación. En esta, además de Silveira, que ocupaba el lecho y tenía un pie escayolado y en alto, había tres hombres más, que miraron vivamente a los visitantes.

—Venimos a despedirnos —sonrió Brigitte—… ¿Cómo está ese pie?

—Lo bastante bien como para emprender el viaje —musitó Silveira—… ¡Tengo tantos deseos de volver a mi Rio de Janeiro!

—Lo comprendo.

—¿Me visitarán algún día? Con la debida licencia, claro está: mi Gobierno ha decidido ocuparse seriamente de que en el futuro no sufra más contratiempos de ninguna clase. Dudo mucho que ni chinos, ni rusos, ni nadie puedan secuestrarme o pretender algo de mí sin pasar por encima del servicio secreto brasileño. Y a propósito de secretos: ¿dónde puedo escribirle a usted, para informarle del día en que podremos poner en marcha nuestro plan mundial contra el hambre?

—Envíe su mensaje a la Central de la CIA. Lo recibiré. Naturalmente, ahora que interviene directamente el Gobierno brasileño, ya sé que no necesita usted nada, profesor… Pero si alguna vez necesitase algo, pídamelo. Lo que sea. Yo a usted solo voy a pedirle una cosa: no deje nunca de investigar y trabajar hasta conseguir el Pan de Azúcar. ¿Prometido?

—Prometido.

—Hasta siempre, profesor Silveira.

—Adiós… Oh, un momento: estos señores son…

Brigitte alzó una mano, pidiendo silencio al miope investigador brasileiro.

—No, por favor… No diga nada más. Sé muy bien lo que son estos señores, y me parece que ellos tampoco precisan ninguna información sobre mí y sobre mi… acompañante. Pero vamos a

dejarlo así. Es como si nada hubiese pasado.

—Pero sí ha pasado algo…

—Nada que valga la pena —dijo con voz tensa la divina espía—. Nada que valga la pena si lo comparamos con lo que puede significar para el mundo pobre que usted consiga su Pan de Azúcar…

FIN

Notas

[5] Véase la aventura titulada *Metamorfosis*. < <

[6] Véase la aventura titulada *Operación Estrellas* < <

[7] Véase la aventura titulada *Conferencia en Rio de Janeiro*. < <

[8] Véase la aventura titulada *El Mar de la Tristeza Infinita*. < <